This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

7220.71.110

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

[illegible]

PÁJINAS LIBRES

Paris. — Tip. de Paul Dupont.

0

MANUEL G. PRADA

PÁJINAS LIBRES

PARIS
TIPOGRAFIA DE PAUL DUPONT
4, RUE DU BOULOI, 4

1894

SAL 7220.71.110
HARVARD COLLEGE LIBRARY
AUG 9 1922
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND

PRIMERA PARTE

CONFERENCIA

EN EL ATENEO DE LIMA.

I.

Señores:

Los hombres de jenio son cordilleras nevadas, los imitadores no pasan de riachuelos alimentados con el deshielo de la cumbre.

Pero no sólo hai el jenio que inventa i el injenio que rejuvenece i esplota lo inventado; abunda la mediocridad que remeda o copia. ¡Cuánta mala epopeya orijinaron la Iliada i la Odisea! ¡Cuánta mala trajedia las obras de Sófocles i Eurípides! ¡Cuánta mala canción las odas de Píndaro i Horacio! ¡Cuánta

mala égloga las pastorales de Teócrito i Virgilio! Todo lo bueno, todo lo grande, todo lo bello, fué maleado, empequeñecido i afeado por imitadores insipientes.

Siglos de siglos persistió la monomanía de componer variaciones sobre el tema greco-latino, i hubo en la literatura una Roma falsificada i una Grecia doblemente hechiza, porque todos miraban a los griegos con el cristal romano. Muchos quisieron seguir fielmente las huellas de latinos i helenos ¡ cómo si tras del hombre sano i fuerte pudiera caminar el cojo que vacila en sus muletas o el hemipléjico que s'enreda en sus mismos pies!

La imitación, que sirve para ejercitarse en lo manual o técnico de las artes, no debe considerarse como el arte mismo ni como su primordial objeto. Imitar equivale a moverse i fatigarse en el wagón de un ferrocarril: nos imajinamos realizar mucho i no hacemos más que seguir el impulso del motor.

En literatura, como en todo, el Perú vivió siempre de la imitación. Ayer imitamos a Quintana, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Trueba, i hoi continuamos la serie de imitaciones con Heine i Bécquer en el verso, con Catalina i Selgas en la prosa. Como Bécquer escribió composiciones poéticas de cortísimo aliento, i Selgas artículos no mui largos en frases diminutas i algo bíblicas, va cundiendo en el Perú el gusto por las rimas de dos cuartetas asonantadas i l'afición al articulillo erizado de antítesis, concetti i calembours, quiere decir, entramos en plena literatura frívola.

II.

Severo Catalina poseía sensibilidad esquisita, claro talento i vasta erudicción. Hebraizante con fe ciega en los dogmas del Catolicismo, salió a refutar la *Vida de Jesús*, cuando se hizo moda romper lanzas con Renan. Pasada la moda, se hundieron en el olvido refutaciones con refutadores, i Catalina sobrenada hoi, no por la *Contestación a Renan*, sino por la *Mujer*, que mui joven dió a luz con un prólogo de Campoamor.

En la *Mujer*, Catalina descubre miras opuestas a Balzac; pero no encierra el meollo de Aimé-Martin ni el jeneroso espíritu de Michelet. El libro ensalza tanto al bello sexo i despide un olor tan pronunciado a misticismo, que parece escrito con polvos de rosa disueltos en agua bendita. Obras con semejante índole entretienen a los dieciocho años, hacen sonreír a los veinticinco e infunden sueño a los treinta. No deben tomarse a lo serio, sino como el ditirambo de un seminarista que no ha perdido la gracia virjinal.

Ahí, la frase asmática de Saavedra Fajardo alterna con el período ético del mal Quevedo, del que maneja la pluma en horas menguadas. De cuando en cuando relampaguea el espíritu de un Lamennais correjido i espurgado por la Congregación del Indice.

En sus obras posteriores a la *Mujer*, Catalina

cambia de forma, pero no de fondo: abandona el estilo clausulado para valerse del período inacabable i lánguido de Mateo Alemán; pero continúa encorvándose bajo el yugo de la Fe, sin conocer las tormentas de la duda ni subir a las cumbres de la Razón.

Si con ninguno de sus escritos logra convencer al que niega ni afianzar al que vacila, tampoco inflama odios ni causa repulsión, porque en todas sus frases revela al creyente sincero i al hombre de corazón leal. En sus obras trasciende la melancolía, ese vago presentimiento, ese algo triste de los hombres destinados a morir jóvenes.

A Catalina siguió José Selgas i Carrasco. Después de publicar dos colecciones de versos, la *Primavera* i el *Estío*, Selgas descuidó la poesía i se lanzó denodadamente a la prosa.

Con erudición superficial i de segunda mano, con citas copiadas de controversistas franceses, emprende una cruzada contra Ciencia i civilización modernas. Se manifiesta agresivo, cáustico, mordaz, sangriento, i como todo hombre fácil en atacar, no sabe defenderse ni resistir cuando se ve acometido. Sirviéndose de armas que no maneja bien, trata de fulminar golpes mortales, i deja todo el cuerpo a merced del enemigo. Aunque algunas veces aturda, jamás derriba, porque sus argumentos recuerdan los ruidosos pero inofensivos ataques con vejiga llena de aire. Estrechado mucho, s'escurre como Voltaire, disparando un chiste.

Prescindiendo aquí de las ideas trasnochadas recalcitrantes, sería injusto negar a Selgas un injenio móvil, sutil i penetrante: acaso no hai hombre más paradojal en España. N'obstante, afanándose en rayar por agudo, peca más de una vez por incomprensible. Como abusa de l'antífrasis, no sabemos si habla con seriedad o se burla de nosotros.

En él no hai sucesión lójica de juicios, sino agrupamiento de ideas por lo jeneral inconexas. Puede tijeretearse por acápites cualquier escrito de Selgas, introducirse los retazos en una bola de lotería, sacarlos i leerlos, con probabilidad de obtener un nuevo artículo. No posee la concentración, el mucho en poco, i lejos de arrojar centigramos de oro en polvo, descarga lluvias de arena. Selgas parece un Castelar desmenuzado i teñido de carlista.

En el estilo, asmático entre los asmáticos, fatiga con los retruécanos, aburre con las antítesis, desconcierta con el rebuscamiento. Según la espresión de Voltaire, « pesa huevos de hormiga en balanzas formadas con tela de araña ». No se le debe llamar domador de frases, sino martirizador de vocablos. Juega con palabras, como los prestidijitadores japoneses con puñales; i estrae del tintero líneas i más líneas de frases cortas i abigarradas, como los embaucadores de ferias se sacan del estómago varas i más varas de cintas angostas i multicolores.

A más de ambiguo, flaquea por amanerado, descubriendo en cada jiro al escritor ganoso de producir efecto. Quiere manifestar injenio hasta en la colocación de signos ortográficos. Imposible leerle de seguido: la lectura de Selgas parece ascensión fatigosa

por interminable i oscura escalera salomónica: esperamos ráfagas de luz, momentos de tomar descanso; pero descanso i luz no llegan.

Nunca va en línea recta hacia el asunto, sino trazando curvas o ángulos, i retorciéndose i ovillándose; de modo que cuando nos le figuramos mui lejos de nosotros, se divierte en hacer cabriolas a nuestras espaldas. Como personaje de comedia mágica, se oculta en las nubes, i de repente asoma por un escotillón. Selgas, en fin, sube a la cuerda floja, da saltos mortales, realiza prodijios de ajilidad, hasta que pierde el equilibrio, suelta la vara i cae sobre los espectadores.

Tales son en bosquejo Catalina i Selgas, prosadores sin lejítima orijinalidad, pues se derivan de los gacetilleros parisienses. Viértase al francés los artículos de Catalina i Selgas (si Selgas puede traducirse), publíquese las versiones en cualquier diario del Sena, i pasarán confundidas entre las mil i mil producciones de los innumerables escritores franceses.

III

¿Quién es Heine, quién el hombre que forma escuela en Alemania, se populariza en Francia, penetra en Inglaterra, invade Rusia, se hace traducir en el Japón i viene a ejercer irresistible propaganda en

América i España? Nadie caracteriza con más precisión a Enrique Heine que él mismo cuando se llama «un ruiseñor alemán anidado en la peluca de »Voltaire», pues amalgama el sentimiento jermánico de un Schiller con la chispa francesa de un Rabelais.

Aunque artista consumado, no produce con serenidad i pulso firme de pintor que ilumina cuadros, sino con dolores de mujer que alumbra un niño. Su poesía, vaso de hiel con bordes azucarados, contiene, como lo declara en *Atta Troll*, «frenesí encaminado por la cordura, prudencia que desvaría, »quejidos de moribundo que repentinamente se »trasforman en carcajadas.»

Como piensa con el cerebro de Mefistófeles i siente con el corazón de Fausto, su ironía se acerca a lo satánico i su sensibilidad se roza con lo paradisiaco. La mujer le infunde ternuras de madre i lascivias de sátiro; su amor no se parece al lago azul en que se refleja el cielo, sino al torrente que huye hacia el mar, recojiendo el arroyuelo de las montañas i el albañal de las ciudades.

No le creamos cuando nos diga que «sólo amó »verdaderamente a muertos i estatuas»; por el contrario, pensemos que debió repetirnos como el antiguo minnesinge: «Yo me alimenté del amor, esa médula del alma». Nació con asombrosa precocidad de sentimientos. Niño, recitaba en la fiesta de un liceo el *Buzo* de Schiller; mas de pronto enmudece i queda como petrificado: sus ojos se habían fijado en los ojos azules de una hermosa joven. Amó con delirio a su prima Molly Heine i conservó siempre un

cariño entrañable a su madre. Verdad que una i otra no escapan a los dardos de su ironía, como no se libraba ni él mismo, porque era propio de Heine velar con un chiste sus pasiones, disimular con una risotada sus dolores; como la heroína del cuento, baila con un puñal en las entrañas; como Voltaire, está con una pierna en la tumba i hace piruetas con la otra.

Odió con toda su alma. Casi moribundo, teniendo que levantarse los párpados para ver, escribe sus memorias i esclama en un arranque de regocijo febril: « Los he cojido. Muertos o vivos no se m'escaparán ya. ¡ Ai del que lea estas líneas, si osó atacarme ! Heine no muere como un cualquiera, i las garras del tigre sobrevivirán al tigre mismo. »

L'audacia de Heine parecerá increíble a quien no esté familiarizado con la llaneza infantil de los autores alemanes; pocos habrán escrito rasgos más atrevidos ni valientes. A nadie respeta: zahiere a Schlegel, Hegel i Bœrne, arremete contra Gœthe, no perdona poeta de Suevia, se ríe socarronamente de madame Staël, moteja a Ballanche, llama a Villemain « un dómine ignorante », a Chateaubriand « un loco lúgubre », a Victor Hugo « un hombre jorobado moralmente. »

Prusiano, escarnece a Prusia i se mofa de la vieja Alemania i del antiguo i buen derecho glorificado por Uhland. Poco después que Arndt había cantado la formación de la patria jermánica, tibias aún las cenizas de Kœrner, Heine lleva el descaro hasta celebrar en los *Dos Granaderos* l'apoteosis de Napoleón Bonaparte, el hombre de Jena i Tilsitt. Nunca hizo gala de patriota, i un solo país amó invariablemente,

Francia, donde vivió gran parte de su vida, donde contrajo matrimonio, donde exhaló el último suspiro. En una carta dirijida a su amigo Cristian Sethe por los años de 1822, escribía ya: « Todo lo alemán m'es » antipático i tú eres alemán por desgracia. Todo lo » alemán me produce efecto de vomitivo. El idioma » alemán me destroza las orejas. »

En nada cree, salvo perfidia i belleza de la mujer amada. « Yo no creo en Diablo, infierno ni penas in- » fernales; sólo creo en tus ojos i en tu corazón dia- » bólico. » Llama a los dioses del Cristianismo « zorros con piel de cordero », al Catolicismo el « período mórbido de la Humanidad ». Para todas las relijiones tuvo siempre la carcajada de Voltaire, i aunque judío de nacimiento i luterano de conveniencia o capricho, sólo rindió culto literario a las divinidades griegas. Enfermo, acometido ya de la parálisis, recorre las galerías del Louvre i no vuelve los ojos a las madonas de los pintores italianos, sino que vertiendo lágrimas como un pagano del siglo IV, cae de rodillas ante la Venus de Milo.

La orijinalidad de Heine estriba en el modo cómico serio de sentir, en la independencia de pensar i en la franqueza d'espresarse; su forma no revela nada superior a Gœthe ni a Schiller, aunque se manifiesta más armonioso que Tieck, más conciso que Rückert, más plástico que Uhland. El mismo confesó que en su *Intermezzo lírico* había imitado la cadencia de los liedes compuestos por Wilhem Müller, que antes de aprender en las obras de Wilhem Schlegel los secretos de la métrica había cedido al influjo del canto popular jermánico. I tuvo razón: anteriormente

a Wilhem Müller, anteriormente al mismo Gœthe, el lied existía con toda su frescura, con toda su sencillez, con toda su flexibilidad. Remontándose hasta l'*Antolojía griega*, se ve que muchos epigramas helénicos tienen todos los caracteres del lied jermánico. Algunas composiciones del *Intermezzo lírico*, del *Regreso* i de la *Nueva Primavera*, figurarían sin desdoro junto a los epigramas de Meleagro, Rufino i Pablo el Silentario.

Sin embargo, nada tan inexacto como calificar a Heine de griego; no pasa de un greco-alejandrino que viajó por Asia, leyó a Luciano i hojeó l'*Antolojía* de Meleagro. El buen gusto helénico no abunda en Alemania; si las obras de los griegos parecen un ordenado parque inglés, las obras de los alemanes semejan un bosque virjen de América, no se penetra sin brújula ni machete. Heine, dotado de inspiración nómada i cosmopolita, coje sus argumentos donde los encuentra; pasa de la Biblia al Shah-nameh, del Shah-nameh al Ramayana, del Ramayana al Edda escandinavo i del Edda escandinavo a los romances castellanos, a las baladas escocesas o a los fabliaux franceses.

Poeta i alemán, cede a l'atracción de Gœthe, así como ningún filósofo jermánico resiste a la influencia de Kant. Heine sigue al cantor de *Fausto* como Schopenhauer al filósofo de la *Crítica de la Razón pura*. Cuando los hombres como Kant i Gœthe golpean la Tierra con sus plantas, el suelo retiembla por tan largo tiempo que jeneraciones enteras ceden al movimiento de trepidación.

Sin embargo, entre la nube de poetas que desde

principios del Siglo surjieron en Alemania, Enrique Heine se dibuja como una personalidad: se distingue de todos; no se confunde con ninguno. L'acritud de su carácter, la hiel de sus versos, deben atribuírse, más que a nativa malignidad, a las contrariedades de su vida, a su amor desgraciado, a sus continuas enfermedades, a la parálisis que años enteros le clavó en el lecho hasta victimarle en 1856. Célebre por sus cantos, es más célebre por sus dolores.

Pasar de Heine a Bécquer vale ir de maestro a discípulo que funda escuela. El pintor i poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer murió en la plenitud de la vida, sin haber podido encerrar en la tela ni el libro todas las creaciones fantásticas que revoloteaban en su cerebro.

De justa popularidad disfruta hoi en España i América, i su influencia literaria s'estiende con la rapidez de una corriente eléctrica. Mientras muchos no salen de la oscuridad aunque publiquen largos poemas i voluminosas novelas, él, con unos cuantos versos i unas cuantas leyendas, se coloca en primera línea, se granjea reputación universal.

Bécquer va jermanizando la poesía castellana, como Meléndez Valdez, Cienfuegos i Quintana l'afrancesaron, como Boscán i Garcilaso la italianizaron. Con sus ideas sencillas, con sus sentimientos sinceros i particularmente con su espresión parca i hasta económica, se levanta como un revolucionario para reaccionar contra la intemperancia verbosa de los poetas españoles.

Imita sin perder la individualidad; su obra no consiste en traducir con infiel maestría versos de poetas jermánicos, sino en dar al estilo la simpleza, la injenuidad, la trasparencia, la delicada ironía, en una palabra, todo el sabor del lied alemán. No tiene composiciones que recuerden *la Romería de Kevlaar*, *la Maldición del Poeta* o *la Novia de Corinto;* pero Heine, Uhland i Gœthe no escribieron un lied semejante a la última rima:

En la imponente nave
Del templo bizantino
Vi la gótica tumba á la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vidrios.

En algunas ideas parece alemán lejítimo, se penetra del espíritu jermánico, ve a la mujer como la ven los alemanes, i si por los rezagos místicos se aparta de Heine, por el idealismo se roza con los poetas de Suevia.

Cuando escribe:

Es una estatua inanimada... pero...
¡Es tan hermosa!

descubre al discípulo de Heine, al amante del *Intermezzo lírico;* cuando esclama:

¡I entonces comprendí por qué se llora!
¡I entonces comprendí por qué se mata!

deja traslucir al español de buena raza, al hombre qne lleva en sus venas sangre de *García del Castañar* i del *Alcalde de Zalamea*. De su viaje ideal por la tierra de Hermann i Trusnelda regresa con la

melancolía, esa flor nacida en las nieves del Norte i forma la fusión agradable i estraña de andaluz con alemán.

Gracias, talvez, al buen gusto de su editor i biógrafo, Bécquer se presenta con leve pero rico bagaje literario i logra escapar al defecto que Heine reconoció en sus propias obras, la monotonía. Cansa leer de seguido el *Intermezzo*, el *Regreso* i la *Nueva Primavera*, por la repetición de lo mismo con diferentes palabras, mientras se lee i se relee con incesante deleite la diminuta colección de *Rimas*. ¿Qué poeta o aficionado no las sabe de memoria?

Menos irónico i amargo que Heine, tan melancólico i apasionado, el poeta español se distingue del alemán por un tinte de resignación i bondad. Bécquer, herido en el corazón por mano de una mujer, desea curarse con algún bálsamo, se cubre de vendas i aguarda en la misericordia de algo superior al hombre; todo lo contrario de Heine que rasga las ligaduras de su herida, vierte agua corrosiva en la carne irritada, i levanta los puños amenazando a Tierra i Firmamento. Las composiciones de ambos tienen « un dejo de lágrimas i de amor » ; pero en las *Rimas* no hai ese abuso de caídas epigramáticas ni esas continuas carcajadas sardónicas que en el autor del *Intermezzo* dejeneran en una especie de tic nervioso. Atenuada, pues, algo tibia i, por decirlo así, más resistible a los ojos españoles, viene la inspiración de Heine después de incidir en el cerebro de Bécquer.

La estudiada neglijencia en el lenguaje, la rima jeneralmente asonantada, el ritmo suave aunque un tanto descuidado, hacen de Bécquer un versificador

sui géneris. No presenta novedades en la estrofa ni en el verso, como las presentan Iriarte, Espronceda, Zorrilla, l'Avellaneda i Sinibaldo de Mas; pero en lo antiguo ha marcado el sello de su individualidad. L'asonantada estrofa de cuatro versos, el eptasílabo i el endecasílabo dirán: por aquí pasó Bécquer.

Tiene a veces la ternura de Lamartine i recuerda la forma escultural i pictórica de Théophile Gautier. Algunas de sus composiciones son gráficas, parecen bultos de mármol o telas de colores. I hace mucho con poco trabajo, pues le bastan unos cuantos malletazos o pinceladas para que la estatua surja del bloque o la figura se destaque del lienzo.

En prosa imita los *Reisebilder* o *Cuadros de Viaje* del mismo Heine, i aunque en algunas ocasiones nos abruma con arquitecturas, como Victor Hugo en *Nuestra Señora de París*, sujiere la idea de un Juan Pablo sin nebulosidades de Selva negra o de un Hoffmann sin humo de pipa ni espuma de cerveza. Sus leyendas resisten el paralelo con *Trilby* de Nodier.

Tanto en verso como en prosa, oculta su arte con maestría sin poner en contradicción al hombre con el escritor; en sus obras palpamos la vida, sentimos los estremecimientos de los músculos i las vibraciones de los nervios. Posee, como ninguno, el dón raro i envidiable de hacerse amar por sus lectores.

Heine i Bécquer aparecen, pues, como maestro i vulgarizador del jermanismo en España. Vulgarizador, no iniciador, debe llamarse al poeta de las *Rimas*, porque antes dél se presentan con tendencias a la imitación alemana, Barrantes en las *Baladas*

españolas (1853), Augusto Ferrán en la *Soledad* (1860), i Ventura Ruiz Aguilera en el *Dolor de los Dolores* (1862). Pero estos jermanistas vinieron temprano, mientras Bécquer asomó en el instante propicio, cuando todos volvían los ojos a Prusia rodeada con el prestijio de sus victorias, cuando el Imperio Alemán acababa de ser proclamado en el castillo de Versailles.

Los que interpretan majistralmente a los alemanes imprimen el cuño español en el oro del Rhin; pero los que traducen al Heine de las traducciones francesas, los que imitan o calcan a Bécquer ¿se penetran del espíritu jermánico? Caminan a tientas, imitan i calcan por imitar i calcar; no merecen el calificativo de jermanistas o jermanizantes, sino de teutomaniacos. Sustituyen mal con mal: cambian el intimismo lagrimoso, dejeneración d'Espronceda i Zorrilla, con el individualismo nebuloso, dejeneración de Schiller i Heine.

A más de la poesía subjetiva del *Intermezzo lírico*, hai en Alemania la poesia objetiva de las baladas. ¿Por qué los jermanistas castellanos no aclimatan en su idioma el objetivismo alemán? ¿Por qué no toman el elemento dramático que predomina en las baladas de Bürger, Schiller, Uhland i muchas del mismo Heine? Ya que nuestra poesía se distingue por falta de perspectiva, relieve, claroscuro i ritmo ¿por qué no estudian la forma arquitectónica, escultural, pictórica i musical de Gœthe? Sí, Gœthe, a pesar de su frialdad marmórea (frialdad esplicable por el dominio

del injenio sobre la inspiración), tiene l'avasalladora fuerza del ritmo, i en sus versos parece realizar imposibles, como un'arquitectura en movimiento, como una música petrificada, como una pintura con palabras.

Hai que repetirlo, se imita sin saber cómo ni para qué. De la propensión estravagante a remedar inconsideramente, brotan innumerables composiciones híbridas. Al chubasco de las doloras, a la inundación de los sonetos, sigue hoi la garúa de las poesías homeopáticas i lilliputenses. ¿Qué periódico literario de América o España no encierra dos cuartetas asonantadas, con el indispensable título de *rima, imitación de un lied* o *bécquerismo?*

¡Qué disgusto i hastío no prueba uno al encontrarse con esos abortos embrionarios o monstruos bicéfalos, después de saborear el desbordamiento lírico de un Lamartine o la exuberancia épica de un Victor Hugo! Si la poesía castellana tiene que reducirse a inepcias i vaciedades propinadas en dosis infinitesimal, renunciemos de una vez a poetas i versos.

IV

Si refranes i cantos populares revelan el nacimiento de las literaturas, las composiciones alambicadas i pequeñas dan indicios de agotamiento i caducidad. El hombre anda con pasos cortos en la infancia i en la vejez. La decadencia se denuncia en el gusto por

las bagatelas, no en el naturalismo de un prosador como Zola ni en el ateísmo de un poeta como Richepin.

Hai escritos en que el período breve o sentencioso cuadra bien, i nadie se disgusta con las *Máximas* de un Vauvenargues ni con los *Pensamientos* de un Joubert. ¿Á quién no agradan el tono bíblico i el paralelismo hebreo de un Lamennais? Las pasiones violentas, los pensamientos delicados, las descripciones a vuelo de pájaro, exijen una poesía de corta dimensión; de ahí que en Grecia todos los escritores proporcionen materiales a l'*Antolojía*, desde Homero hasta Platón. Los sonetos entran por miles en Lope de Vega, un madrigal redime del olvido a Gutierre de Cetina i los epigramas de ocho versos popularizan el nombre de Iglesias. Pero las composiciones fujitivas de las verdaderos poetas son chispas de brillantes o frisos de mármol pentélico, mientras las cuartetas asonantadas de los bécqueristas son fragmento de sustancias opacas i amorfas. Las *rimas* distan un paso de los acrósticos, charadas, enigmas, logogrifos, laberintos i demás productos de las inteligencias que tienen por única actividad el bostezo.

En el orden físico, lo mui pequeño escapa de los cataclismos merced a su organización tenaz i relativamente perfecta, i en literatura, lo mui corto i mui bueno vive mucho. Donde perecen la historia i el poema, se salvan el cuento i la oda. Las producciones diminutas exijen un pensamiento orijinal i un estilo en armonía con el asunto: la forma les da mérito; n'olvidemos que sólo por la forma el carbono se llama unas veces carbón i otras veces diamante.

Si el pensamiento rasa con lo vulgar, si el estilo carece de plasticidad ¿qué nos ofrecen los escritores galo-jermánicos en su prosa asmática i en su verso microscópico? La exigüidad en la producción ¿denota economía de fuerzas o impotencia? Las rocas producen liquen porque no tienen sustancia para nutrir al cedro. Los que gozamos con la prosa i el verso de los maestros podemos alimentarnos con médula de leones ¿porqué someternos al réjimen de los dispépticos, a dieta medida? Si las naciones d'Europa figuran como los grandes paquidermos del reino intelectual, no representemos en el Perú a los microbios de la literatura.

La improvisación pertenece a tribuna i diario. A oradores i periodistas se les tolera el atropellamiento en ideas, la escabrosidad en estilo i hasta la indisciplina gramatical. Verdad que en lo improvisado se contiene muchas veces lo mejor i más orijinal de nuestro injenio, algo como la secreción espontánea de la goma en el árbol; pero, acostumbrándonos al trabajo incorrecto i precipitado, nos volvemos incapaces de componer obras destinadas a vivir. Lo que poco cuesta, poco dura. Los libros que admiran i deleitan a la Humanidad, fueron pensados i escritos en largas horas de soledad i recojimiento, costaron a sus autores el hierro de la sangre i el fósforo del cerebro.

Cierto que el mundo avanza i avanza: en la vorájine de las sociedades modernas, nos sentimos empujados a vivir lijeramente, a pasar desflorando las cosas; n'obstante, disponemos de ocios para leer una novela de Pérez Galdós o presenciar un drama de García Gutiérrez. Felizmente, no ha sonado la hora

de reducir el verso a seguidillas i la prosa a descosidos telegramas. Discernimos todavía que entre un centón de *rimas* seudo jermánicas i una poesía de Quintana o Núnez de Arce hai la distancia del médano al bloque de mármol. Sabemos que entre la prosa cortada, intercadente i antifonal, i la prosa de un verdadero escritor no cabe similitud, pues una sucesión de párrafos sin trabazón, desligados, incoherentes, no constituye discurso, así como no forman cadena las series de anillos desabracados i puestos en fila.

No imajinéis, señores, que se desea preconizar la prosa anémica, desmayada i heteróclita, que toma lo ficticio por natural, el énfasis por magnificencia, la obesidad por robustez; la prosa de inversiones violentas, d'exhumaciones arcaicas i de purismos seniles; la prosa de relativos entre relativos, de accidentes que modifican accidentes i de períodos inconmensurables i sin unidad; la prosa inventada por académicos españoles que tienden a resucitar el volapuk de la época terciaria; la prosa imitada por *correspondientes* americanos que en Venezuela i Colombia están momificando la valerosa i progresiva lengua castellana.

Entre la lluvia de frases que se ajitan con vertijinoso revoloteo de murciélago i l'aglomeración de períodos que se mueven con insoportable lentitud de serpiente amodorrada, existe la prosa natural, la prosa griega, la que brota espontáneamente cuando no seguimos las preocupaciones d'escuela ni adoptamos una manera convencional. Sainte-Beuve aconseja que « debe hacerse lo posible para escribir como se

habla », i nadie s'espresa con períodos elefantinos o desmesurados. Recapacitándolo con madurez, la buena prosa se reduce a conversación de jentes cultas. En ella no hai afeites, remilgamientos ni altisonancias: todo fluye i se desliza con llaneza, desenfado i soltura. Los arranques enérjicos sirven de modelo en materia de sencillez o naturalidad, tienen el aire de algo que se le ocurre a cualquiera con sólo cojer la pluma.

La llamada vestidura majestuosa de la lengua castellana consiste muchas veces en perifollo de lugareña con infulas de señorona, en pura fraseolojía que pugna directamente con el carácter de la época. El público se inclina siempre al escrito que nutre, en vez de sólo hartar, i prefiere la concisión i lucidez de un Condillac a la difusión i oscuridad de un bizantino. Quien escribe hoi i desca vivir mañana, debe pertenecer al día, a la hora, al momento en que maneja la pluma. Si un autor sale de su tiempo, ha de ser par'adivinar las cosas futuras, no para desenterrar ideas i palabras muertas.

Arcaísmo implica retroceso: a escritor arcaico, pensador retrógrado. Ningún autor con lenguaje avejentado, por más pensamientos juveniles que emplee, logrará nunca el favor del público, porque las ideas del Siglo injeridas en estilo vetusto recuerdan a las esencias balsámicas inyectadas en las arterias de un muerto: preservan de la fermentación cadavérica; pero no comunican lozanía, calor ni vida. Las razones que Cervantes i Garcilaso tuvieron para no espresarse como Juan de Mena o Alfonso el Sabio nos asisten hoi para no escribir como los hombres de los siglos XVI i XVII.

Las lenguas no se rejuvenecen con retrogradar a la forma primitiva, como el viejo no se quita las arrugas con envolverse en los pañales del niño ni con regresar al pecho de las nodrizas. Platón decía que « en materia de lenguaje el pueblo era un escelente maestro ». Los idiomas se vigorizan i retemplan en la fuente popular, más que en las reglas muertas de los gramáticos i en las exhumaciones prehistóricas de los eruditos. De las canciones, refranes i dichos del vulgo brotan las palabras orijinales, las frases gráficas, las construcciones atrevidas. Las multitudes trasforman las lenguas, como los infusiorios modifican los continentes.

El purismo no pasa de un'afectación, i como dice mui bien Balmes, « la afectación es intolerable, i la peor es la afectación de la naturalidad ». En el estilo de los puristas modernos nada se dobla con la suavidad de un'articulación, todo rechina i tropieza como gozne desengrasado i oxidado. En el arte se descubre el artificio. Comunmente se ve a escritores que en una cláusula emplean todo el corte gramatical del siglo XVII, i en otra varían de fraseo i cometen imperdonables galicismos de construcción : recuerdan a los pordioseros jóvenes que se disfrazan de viejos baldados, hasta que de repente arrojan las muletas i caminan con ajilidad i desembarazo.

Los puristas pecan también por oscuros ; i donde no hai nitidez en la elocución, falta claridad en el concepto. Cuando los pensamientos andan confundidos en el cerebro, como serpientes enroscadas en el interior de un frasco, las palabras chocan con las pa-

labras, como lima contra lima. En el prosador de largo aliento, las ideas desfilan bajo la bóveda del cráneo, como hilera de palomas blancas bajo la cúpula de un templo, i períodos fáciles suceden a períodos naturales, como vibraciones de lámina de bronce sacudida por manos de un coloso.

El escritor ha de hablar como todos hablamos, no como un Apolo que pronuncia oráculos anfibolójicos ni como una esfinje que propone enigmas indescifrables. ¿Para qué hacer gala de un vocabulario inusitado i abracadabrante? ¿Para qué el exajerado lujo en los modismos que imposibilitan o dificultan mucho la traducción? ¿Para qué un lenguaje natural en la vida i un lenguaje artificial en el libro? El terreno del amaneramiento i ampulosidad es ocasionado a peligros: quien vacila como Solís, puede resbalar como el Conde de Toreno i caer como frai Jerundio de Campazas.

Ni en poesía de buena lei caben atildamientos pueriles, retóricas d'estudiante, estilo enrevesado ni trasposiciones quebradizas: poeta que s'enreda en hipérbaton forzado hace pensar en el viajero que rodea en busca de puente, porque no encuentra vado i se intimida con el río. Toda licencia en el verso denuncia impotencia del versificador. Molière tiene derecho a llamarse el poeta cómico de los tiempos modernos, i ¿en qué se distingue el verso de Molière? Frai Luís de León brilla entre los mayores poetas líricos d'España, i ¿en qué se distingue el verso de frai Luís de León? « Repito, esclama Hermosilla, » que en los mejores versos de Garcilaso, Herrera, » aunque fué más atrevido, los Argensolas, Rioja y de-

» más, no hay arcaísmos ni licencias, ni las necesitan
» para ser bellísimos, como en efecto lo son. »

Media enorme distancia entre versificador i poeta: el versificador muele tamiza i espolvorea palabras; el poeta forja ritmos como los Cíclopes majaban el hierro, i arroja ideas grandiosas como los Titanes fulminaban peñascos. Los maestros claudican también: Victor Hugo i Quevedo son antitéticos; Gœthe i Dante, secos i oscuros; Lamartine, pampanoso; Lope de Vega, incorrecto; Calderón, gongórico; Quintana, hinchado; Campoamor, prosaico; pero ninguno incurre en afeminamientos: caen a veces como gladiador fatigado, nunca se desmayan como cortesano sin virilidad.

V

Góngora, Cienfuegos i Zorrilla, tres pecadores impenitentes de la literatura castellana, pero también tres verdaderos poetas, dan ejemplo de innovadores i hasta revolucionarios. Algo semejante realizan en las sagas nacionales los autores del *Romancero;* en la novela, Cervantes; en el teatro, Lope de Vega, Calderón i Echegaray. Se diría que los injenios españoles llevan en sus entrañas todo el calor i toda la rebeldía de los vientos africanos. Bárbaros si se quiere, pero bárbaros libres. Por eso el clasicismo de Racine i Boileau no pudo arraigar en España que se manifestó romántica con Lope de Vega i Calderón,

antes que Alemania con Tieck i Schlegel, antes que Francia con madame Staël i Chateaubriand. España tuvo por lei : ortodoja en relijión, heterodoja en literatura.

Basados, pues, en la tradición de independencia literaria, que puede remontarse hasta los poetas ibérico-latinos como Séneca i Lucano, dejemos las andaderas de la infancia i busquemos en otras literaturas nuevos elementos i nuevas impulsiones. Al espíritu de naciones ultramontanas i monárquicas prefiramos el espíritu libre i democrático del Siglo.

Volvamos los ojos a los autores castellanos, estudiemos sus obras maestras, enriquezcamos su armoniosa lengua; pero recordemos constantemente que la dependencia intelectual d'España significaría para nosotros la indefinida prolongación de la niñez. Del español nos separan ya las influencias del clima, los cruzamientos etnográficos, el íntimo roce con los europeos, la educación afrancesada i 64 años de tempestuosa vida republicana. La inmigración de los estranjeros, no viene al Perú como ráfaga momentánea, sino como atmósfera estable que desaloja a l'atmósfera española i penetra en nuestros pulmones modificándonos física i moralmente. Vamos perdiendo ya el desapego a la vida, desapego tan marcado en los antiguos españoles, i nos contajiamos con la tristeza jemebunda que distingue al indíjena peruano.

No hablamos hoi como hablaban los conquistadores : las lenguas americanas nos proveen de neolojismos que usamos con derecho, por no tener equivalentes en castellano, por espresar ideas esclusiva-

mente nuestras, por nombrar cosas íntimamente relacionadas con nuestra vida. Hasta en la pronunciación ¡cuánto hemos cambiado! Tendemos a elidir la *n* en la partícula *trans* i a cambiar por *s* la *x* de la preposición latina *ex*, antes de consonante, en principio de vocablo. Señores, el que habla en este momento ¿qué sería en España? Casi un bárbaro, que pronuncia la *ll* como la *y*, confunde la *b* con la *v* i no distingue la *s* de la *z* ni de la *c* en sus sonidos suaves.

Cien causas actúan sobre nosotros para diferenciarnos de nuestros padres: sigamos el empuje, marchemos hacia dónde el Siglo nos impele. Los literatos del Indostán fueron indostánicos, los literatos de Grecia fueron griegos, los literatos de América i del siglo XIX seamos americanos i del siglo XIX. I no tomemos por americanismo la prolija enumeración de nuestra fauna i de nuestra flora o la minuciosa pintura de nuestros fenómenos meteorolójicos, en lenguaje saturado de provincialismos ociosos i rebuscados. La nacionalidad del escritor se funda, no tanto en la copia fotográfica del escenario (casi el mismo en todas partes), como en la sincera espresión del yó i en la exacta figuración del medio social. Valmiki i Homero no valen porque hayan descrito amaneceres en el Ganjes o noches de Luna en el Pireo, sino porque evocan dos civilizaciones muertas.

Inútil resultaría la emancipación política, si en la forma nos limitáramos al exajerado purismo de Madrid, si en el fondo nos sometiéramos al *Syllabus* de Roma. Despojándonos de la tendencia que nos induce a preferir el follaje de las palabras al fruto de

las ideas i el repiqueteo del consonante a la música del ritmo, pensemos con la independencia jermánica i espresémonos en prosa como la prosa francesa o en verso como el verso inglés. A otros pueblos i otras épocas, otros gobiernos, otras relijiones, otras literaturas.

Acabemos ya el viaje milenario por rejiones de idealismo sin consistencia i regresemos al seno de la realidad, recordando que fuera de la Naturaleza no hai más que simbolismos ilusorios, fantasías mitolójicas, desvanecimientos metafísicos. A fuerza de ascender a cumbres enrarecidas, nos estamos volviendo vaporosos, aeriformes : ¡solidifiquémonos! Más vale ser hierro que nube.

Las Matemáticas, las Ciencias naturales i la Industria nada envidian a los siglos pasados; sólo la Literatura i el Arte claman porque venga un soplo del antiguo mundo helénico a perfumar de ambrosía el Universo, a desvanecer las místicas alucinaciones del fanatismo católico i a rehabilitar la materia injustamente vilipendiada por las hipocresías del tartufo.

Arrostrando el neolojismo, el estranjerismo i el provincialismo, que rejuvenecen i enriquecen el idioma, rompiendo el molde convencional de la forma cuando lo exijan las ideas i no profesando más relijión literaria que el respeto a la lójica, dejemos las encrucijadas de un sistema esclusivista i marchemos por el ancho i luminoso camino del Arte libre. No acatemos como oráculo el fallo de autoridades, sean quienes fueren, ni temamos atacar errores divinizados por muchedumbres inconscientes : lo

único infalible, la Ciencia; lo único inviolable, la verdad.

Lejos de aquí los teóricos i soñadores que trazan demarcaciones entre ciudadano i poeta. ¡Cómodo recurso par'almacenar fuerza i ahorrar vida mientras los buenos i sencillos se afanan, luchan i mueren por nosotros! Contra un Arquíloco i un Horacio, que arrojan el escudo i huyen del combate, protestan un Garcilaso en Fréjus i un Cervantes en Lepanto. Jenio de poeta, jenio de acción. Ercilla escribe en la noche lo que pelea en el día, Byron envidia las victorias de Bonaparte i corre a morir en Mesolonghi, Espronceda sube a las barricadas de París. Cuando Ugo Foscolo nos habla del « espíritu guerrero que ruje en sus entrañas », descubre al hombre inspirado i no se confunde con el simple aglomerador de consonantes. El poeta lejítimo se parece al árbol nacido en la cumbre de un monte: por las ramas, que forman la imajinación, pertenece a las nubes; por las raíces, que constituyen los afectos, se liga con el suelo.

Si los hombres de ayer trabajaron por nosotros, los de hoi estamos obligados a trabajar por los de mañana. Contamos con un acreedor, el porvenir. ¡Que nuestros poetas, en vez de pasar como interminable procesión de resucitadas plañideras que se dirijen a la danza macabra, desfilen como lejiones de hombres que llevan en su corazón el fuego de las pasiones fecundas; en sus labios, el presajio de la victoria; en sus mejillas, el color de la sangre, es decir, el tinte de la juventud, del amor i de las rosas! ¡Que nuestros prosadores, en lugar de afeminarse o

enervarse con la prosa cortesana i enfermiza, usen la prosa leal i sana, prefiriendo al crepúsculo de las sectas el día sin nubes de la Razón, viendo más allá del círculo estrecho de familia i patria el horizonte de la Humanidad!

No aguardemos la paz octaviana. Esperar un Siglo de oro se contará por muchos años como utopía en América i señaladamente en el Perú. Quizá nosotros muramos en el desierto, sin divisar la tierra prometida. De todas las jeneraciones nacidas en el país somos la jeneración más triste, más combatida, más probada. El terremoto derriba nuestras ciudades, el mar arrasa nuestros puertos, la helada i las criptógamas destruyen nuestras cosechas, la fiebre amarilla diezma nuestras poblaciones, la invasión estranjera tala, incendia i mata, i la guerra civil termina lo que la invasión empieza. A nuestros pies se abre un abismo, a nuestros costados se levantan dos muros de bronce; pero ¡no desmayemos! Imitemos al Gunnar de las leyendas escandinavas, al héroe que entona un himno valeroso, mientras en su cuerpo s'enroscan serpientes i se apacientan víboras.

Si hai placer en conquistar con la espada, no falta dulzura en iluminar con l'antorcha. Gloria por gloria, vale más dejar chispas de luz que regueros de sangre. Alejandro en el Indus, César en el Capitolio, Napoleón en Austerlitz, no eclipsan a Homero vagando por las ciudades griegas para entonar las rapsodias de la Iliada, a Bernardo de Palissy quemando sus muebles par'atizar un horno de porcelanas, a Galileo encerrado en una prisión i meditando en el

movimiento de la Tierra. Si merece pájinas de oro el guerrero que lleva la justicia encarnada en el hierro ¡cuán envidiable el escritor que huye de sectas o banderías, sigue las causas nobles, i al fin de la vida se acusa como Béranger de una sola frajilidad : « Haber sido el adulador de la desgracia! »

En ninguna parte conviene más que en las naciones sud américanas enaltecer el brillo de artes i ciencias sobre el deslumbramiento de victorias militares. Los americanos vivimos entre la época secundaria i la época terciaria, en el reinado de reptiles jigantescos i mamíferos colosales. Que palabra i pluma sirvan para lo que deben servir: lejos adulación i mentira. La intelijencia no tiene porqué abdicar ante la fuerza; por el contrario, la voz del hombre razonable i culto debe ser un correctivo a la obra perniciosa de cerebros rudimentarios.

La patria, que nos da el agua de sus ríos i los frutos de sus campos, tiene derecho a saber el empleo de nuestros brazos i la consagración de nuestra intelijencia. Ahora bien ¿qué responderíamos si hubiera llegado la hora de la cuenta? Eliminemos el diario, que periodista no quiere decir literato, i concretémonos a la verdadera literatura. En el artículo insustancial, plagado de antítesis, equívocos i chilindrinas; en la *rima* de dos cuartetas asonantadas, sin novedad, inspiración ni acentos rítmicos ¿se resume todo el alimento que reservamos al pueblo herido i mutilado por el enemigo estranjero? Semejante literatura no viene como lluvia de luciérnagas en noche tenebrosa, sino como danza de fuegos fatuos entre losas de cementerio.

Insistamos sobre la necesidad de trabajo i estudio. Novelas, poemas i dramas no emerjen del cerebro como islas en erupciones volcánicas. Las obras nacen de un modo fragmentario, con eyaculaciones sucesivas. Somos como ciertas fuentes que manan con intermitencias o a borbotones; el buen o mal gusto consiste en dirijir el agua por acueductos de mármol o cauces de tierra

Diderot practica cien oficios i va de taller en taller acopiando materiales para la *Enciclopedia*, Rousseau medita seis o siete horas buscando la palabra más precisa, Gœthe se confunde con los estudiantes alemanes para escuchar las lecciones del anatomista Loder, Augusto G. Schlegel emprende a los 50 años el estudio del sánscrito, Balzac sucumbe estenuado por la fatiga, Bello aprende griego en la vejez i copia sus manuscritos hasta ocho veces. Pero hai un ejemplo más digno de recordarse: el hombre que llamó al jenio « una larga paciencia », Buffon, escribe a los 70 años las *Épocas de la Naturaleza* i con su propia mano las trascribe 18 veces.

Baudelaine afirma que « jeneralmente los criollos » carecen de orijinalidad en los trabajos literarios i » de fuerza en la concepción o la espresión, como al- » mas femeninas creadas únicamente para contem- » plar i gozar. » Sin embargo, en América, en el Perú mismo, algunos hombres revelaron singulares aptitudes para las ciencias, las artes i la literatura; muchos, dejando la contemplación i el goce, perseveraron en labores fecundas i serias.

Digan lo que digan las mediocridades importantes i descontentadizas, nuestro público leyó todo lo digno

de leerse, i los Gobiernos costearon a menudo la-impresión de obras científicas i literarias o colmaron de beneficios a los autores. Con pocas i voluntarias esclusiones ¿ qué peruano de clara intelijencia no fué profesor de universidad, diputado, ministro, vocal de una corte, ajente financiero en Europa, cónsul o plenipotenciario? Quizá sufrimos dos calamidades: la protección oficial i desproporcionada al libro fósil o hueco i el acaparamiento de los cargos públicos por las medianías literarias.

Acusar a su país de ingratitud, recurso de ineptos i neglijentes. Escondamos luz en el cráneo, i llegaremos a la cumbre, porque la intelijencia, con la virtud ascendente del hidrójeno en el globo, sube dejando en las capas inferiores a l'aristocracia de la sangre i a l'aristocracia del dinero. Hoi el camino está llano para todos, hoi la imprenta se abre para todos, todos pueden hablar i mostrarse como son. Si hai sabios ocultos, que nos descubran su sabiduría; si hai literatos eminentes, que nos enseñen sus producciones; si hai políticos de amplio vuelo, que nos desenvuelvan sus planes; si hai guerreros invencibles, que nos desarrollen su táctica i estratejia; si hai industriales injeniosos, que nos patenticen sus descubrimientos o aplicaciones. No creamos en jenios mudos ni en modestias sobrehumanas: quien no alza la voz en el certamen del Siglo, es porque nada tiene que decir. No arguyan con obstáculos insuperables: el hombre de talento sólido, como el César de buena raza, atraviesa el Rubicón.

En fin, señores: el filósofo i economista Saint-Simon mantenía un criado que al rayar l'aurora le

despertaba repitiendo: — « Levántese usted, señor » conde, porque tiene mui grandes cosas que ha- » cer. » ¡Ojalá nuestras sociedades científicas, literarias i artísticas se unieran para decir constantemente al Perú: Abre los ojos, deja la horrorosa pesadilla de sangre, porque el Siglo avanza con pasos jigantescos, i tienes mucho camino que recorrer, i mucha herida que restañar, i mucha ruina que reconstruír!

1886.

DISCURSO

EN EL

PALACIO DE LA EXPOSICION

Señores:

La *Memoria* del señor Márquez manifiesta los progresos que el *Círculo literario* realizó hasta el día; la fiesta de hoi asegura los que realizará mañana.

En oposición a los políticos que nos cubrieron de vergüenza i oprobio se levantan los literatos que prometen lustre i nombradía. Después de los bárbaros que hirieron con la espada vienen los hombres cultos que desean civilizar con la pluma.

La nación debería regocijarse al ver que jóvenes predominan en las filas del *Círculo literario*: una

juventud que produce obras de arte es una Primavera que florece.

Sólo de jóvenes podía esperarse la franca libertad en la emisión de las ideas i l'altivez democrática en el estilo. Ellos, escandalizando a los timoratos i asustadizos, lanzan el pensamiento sin velarle con frases ambiguas ni mutilarle con restricciones oratorias: saben que si la verdad quema como el hierro candente, ilumina i fecunda como el Sol.

Para pensar i escribir libremente, par' acometer empresas fecundas, se necesita aprovechar el fujitivo entusiasmo de la edad en que el músculo guarda vigor i el cerebro lucidez. Cuando pasa la juventud, cuando mostramos la frente emblanquecida por las canas i escondemos la consciencia ennegrecida por las prevaricaciones, empiezan las sinuosidades en las ideas, las transacciones con el error i hasta los pueriles miedos de ultratumba. ¡ Cuántos hombres dejan ver en sus últimos años la capucha del monje bajo el gorro frijio de la libertad !

El pensamiento esclavo no merece llamarse pensamiento ; i la literatura que desdeña o teme basarse en las deducciones de la Ciencia positiva puede constituir una restauración arqueolójica, digna de archivarse en las galerías de un museo ; pero no un edificio viviente que arranque el aplauso de los contemporáneos i despierte l'admiración de la posteridad. Las hipótesis de la Ciencia no atesoran menos inspiración que todas las afirmaciones de las añejas teogonias. La poesía humana i útil, la que salva el mar de los siglos i vive más joven cuanto más vieja, tuvo carácter de verdadera, porque todo el arte del

poeta consiste en vestir de púrpura la verdad i hacerla moverse a compás del ritmo.

Las Musas de l'antigüedad duermen el sueño de la muerte bajo el artístico mármol de Paros, la Fe de la edad media desciende a hundirse en el polvo de las catacumbas; pero las fuentes de la inspiración no se agotan ni se agotarán. La Ciencia tiene flores inmortales de donde pueden las abejas estraer miel de poesía.

El Arte ocupa la misma jerarquía que la Relijión i la Ciencia. Como posee la música o el ritmo, escede a la Ciencia en l'armonía; i como no depende de creencias locales ni se manchó jamás con sangre, escede a la Relijión en lo universal i lo inmaculado.

Para muchos necios i también para unos cuantos sabios, el artista se reduce a un sér estraviado en el camino de la vida ¡cómo si la disquisición del filósofo, el escolio del erudito, el discurso del orador, el artículo del periodista o el informe del abogado, fueran superiores al cuadro del pintor, a la partitura del músico, al monumento del arquitecto, a la estatua del escultor, al himno del poeta! El hombre que pierde los cabellos de su frente i acorta la vista de sus ojos, velando por engrosar las pájinas de un libro consagrado a la instrucción o entretenimiento de sus semejantes, merece tanta gloria como el misionero que va de montaña en montaña predicando el amor entre los hombres, como el médico que lucha brazo a brazo con la muerte en la ciudad asolada por la peste, como el soldado que pelea valerosamente en el campo de batalla.

Concluyo, señores, empleando el yo importuno i

enojoso. No cuento con bagaje literario, i sucedo en la presidencia del *Círculo* al escritor que supo deleitarnos con la *Sabatina* i la *Novia del Colejial;* carezco de iniciativa, i me veo desde hoi a la cabeza de un'agrupación destinada a convertirse en el partido radical de nuestra literatura. Mas una consideración me alienta : yo no vengo a guiar, sino a ser arrastrado por el buen camino.

1887.

DISCURSO

EN EL TEATRO OLIMPO

SEÑORES:

Vengo a ser arrastrado por el buen camino, dije en 1887 al asumir la presidencia del *Círculo literario;* i hoi me cumple decir que en el año trascurrido no fuí el capitán a la cabeza de su compañía, sino el recluta enrolado a las filas de hombres sin arrugas en la frente ni repliegues en el corazón.

Felizmente, lejos de dar estériles vueltas al rededor de una columna como el personaje de la leyenda popular, nos dirijimos hacia las rejiones de la luz, i ya divisamos el país donde retumban las tempestades.

El *Círculo literario*, la pacífica sociedad de poetas i soñadores, tiende a convertirse en centro militan-

te i propagandista. ¿De dónde nacen los impulsos de radicalismo en literatura? Aquí llegan ráfagas de los huracanes que azotan a las capitales europeas, repercuten voces de la Francia incrédula i republicana. Hai aquí una juventud que lucha abiertamente por destrozar los vínculos que nos unen a lo pasado, una juventud que desea matar con muerte violenta lo que parece destinado a sucumbir con agonía importunamente larga, una juventud, en fin, que se impacienta por suprimir obstáculos i abrirse camino para enarbolar la bandera roja en los desmantelados torreones de la literatura nacional.

Los propósitos no pueden ser más osados: se ha emprendido la ruta; mas partir no significa llegar. Al punto que hemos arribado, conviene orientarse, ver qué valen nuestras fuerzas, quién debe guiarnos i contra qué resistencias vamos a luchar.

I.

¿Qué valen nuestras fuerzas?

Ni nosotros podemos medirlas con exactitud. Cada día contamos con nuevas adhesiones, nuestro número crece hora por hora. Ayer fuímos un grupo, hoi somos una lejión, mañana seremos muchas falanjes. Parece que a la voz de aliento lanzada por el *Círculo literario* de Lima, toda la juventud ilustrada del Perú despierta i se contajia con la fiebre saludable de marchar adelante.

Como no reina aqui el provincialismo ni la mezquina preocupación de nacionalidad, muchos jóve-

nes de nuestras provincias i del estranjero colaboran con nosotros. Los hombres de nacionalidad distinta i de sentimientos i aspiraciones iguales son como bosques de árboles jigantescos: tienen separados los troncos, pero confunden sus raíces i entrelazan sus copas: se juntan por lo más profundo i lo más elevado.

Estamos en el período de formación: apenas si movemos la pluma o desplegamos los labios. Lo que hemos hecho vale poco, nada, en comparación de lo que podemos i debemos hacer.

Lejos la jactancia ridícula de saberlo todo i la vanidad pueril de creernos privilejiados talentos; nuestro poder estriba en la unión: todos los rayos del Sol, difundidos en la superficie de la Tierra, no bastan a inflamar un solo grano de pólvora, mientras unos cuantos haces de luz solar, reunidos en un espejo ustorio, prenden la mina que hace volar al monte de granito.

Cuando llegue la hora oportuna, cuando resuene el clarín i nuestras guerrillas se desplieguen por las más humildes provincias de la república, el Perú contemplará una cruzada contra el espíritu decrépito de lo pasado, una guerra contra todo lo que implique retroceso en la Ciencia, en el Arte i en la Literatura.

II

¿Quién debe guiarnos?

Ningún escritor nacional ni español.

Aquí nadie tiene que arrogarse el título de maes-

tro, porque todos somos discípulos o aficionados. Contamos bonitas composiciones en verso, pero no podemos citar un gran poeta; poseemos bonitos i hasta buenos artículos en prosa, pero carecemos de un gran prosador. ¿Dónde la obra, en prosa o verso, que se imponga por cualidades superiores? Cítese la novela, el drama, el poema... Nacidos ayer a la vida independiente, nuestras producciones intelectuales se parecen a la grama salobre de las playas recién abandonadas por el mar.

Cultivamos una literatura de transición, vacilaciones, tanteos i luces crepusculares. De la poesía van desapareciendo las descoloridas imitaciones de Bécquer; pero en la prosa reina siempre la mala *tradición*, ese monstruo enjendrado por las falsificaciones agridulcetes de la historia i la caricatura microscópica de la novela.

El Perú no cuenta hoi con un literato que por el caudal i atrevimiento de sus ideas se levante a l'altura de los escritores europeos, ni que en el estilo se liberte de la imitación seudo purista o del romanticismo trasnochado. Hai gala de arcaísmos, lujo de refranes i hasta choque de palabras grandilocuentes; pero ¿dónde brotan las ideas? Se oye ruido de muchas alas; mas no se mira volar el águila.

En nuestra sangre fermentan los vicios i virtudes de nuestros abuelos: nada nuevo aprenderemos de la España monarquista i ultramontana. Hai en l'antigua Metrópoli una juventud republicana i libre pensadora que trabaja por difundir jérmenes de vida en el Mar muerto de la Monarquía española; pero no conocemos los escritos i apenas sabemos los nombres

desa juventud; ella no se acuerda de nosotros, nos desdeña i nos olvida. La España que viene hacia el Perú, la que nos llama i quiere deslumbrarnos con títulos académicos, es la de Nocedal en relijión, de Cánovas en política i de los Guerra i Orbe en literatura.

Regresar a España para introducir nuevamente su sangre en nuestras venas i sus semillas en nuestra literatura equivale a retrogadar. El enfermo que deseara trasfundir en sus venas otra sangre, elejiría la de un amigo fuerte i joven, no la de un abuelo decrépito i estenuado. La renovación de las simientes debe considerarse también como precepto literario: siempre la misma semilla en el mismo terreno hace dejenerar la especie.

Sainte-Beuve dice muy bien: « En la misma » lengua no escoje uno sus maestros sin acercár- » seles demasiado ni ser absorbido por ellos; sucede » como en los matrimonios de familia, que nada vi- » goroso producen. Para sus relijiones i sus alianzas » hai que alejarse más. »

Los taladores de selvas primitivas, los arrojadores de semillas nuevas no pertenecen a España: Hegel i Schopenhauer nacieron en Alemania, Darwin i Spencer en Inglaterra, Fourier i Auguste Comte en Francia.

A los representantes oficiales de la literatura española se les debe aplicar lo que Biot decía de las congregaciones docentes: « Se parecen a las antiguas » estatuas que servían para guiar a los viajeros i hoi » mismo, desde hace miles de años, continúan se- » ñalando con el dedo inmóvil caminos que ya no » existen. »

III

¿Contra qué resistencias vamos a luchar?

En las naciones europeas existen: una nobleza rica, influyente i de tradiciones arraigadas; un clero respetable, tanto por el saber como por l'austeridad de conducta; una burguesía mercantil que pretende convertir en blasones los billetes de banco; i unos campesinos fanáticos por ignorancia i monarquistas por costumbre. Esa nobleza i ese clero, esa burguesía i esos campesinos, oponen tenaces resistencias al espíritu democrático i racionalista.

Nada igual ocurre en el Perú.

Aquí no existe nobleza; i a la idea de linaje puro, sonríe maliciosamente el que sabe cómo vivieron las familias nobles del Perú en tiempo del Coloniaje, señaladamente en el siglo XVII.

Aquí, el clero carece de saber, intelijencia o virtud, i no forma un cuerpo unido ni homojéneo: cura, fraile i clérigo se repelen, viven divorciados por antagonismo hereditario.

Aquí no conocemos la burguesía europea; hai sí una especie de clase media, intelijente, de buen sentido, trabajadora, católica, pero indiferente a luchas relijiosas, amante de su país, pero hastiada con la política de que sólo recibe perjuicios, desengaños i deshonra.

Aquí, el pueblo de la sierra, cuerpo inerte, obedece al primer empuje; el de la costa, cuerpo flotante, cede a todos los vientos i a todas las olas. Hoi

el pueblo, que no debe llamarse cristiano, sino fetiquista, oye i sigue al sacerdote; pero el día que impere en las leyes la completa libertad, escuchará i seguirá también al filósofo.

No existen, pues, en nuestro país elementos para constituír un partido reaccionario capaz de oponer resistencias insuperables.

Partido sin jefe no se llama partido. ¿Quién se apellida aquí Francia, García Moreno, siquiera Núñez? Los mal nombrados partidos del Perú son fragmentos orgánicos que se ajitan i claman por un cerebro, pedazos de serpiente que palpitan, saltan i quieren unirse con una cabeza que no existe. Hai cráneos, pero no cerebros. Ninguno de nuestros hombres públicos asoma con l'actitud vertical que se necesita para seducir i mandar; todos se alejan encorvados, llevando en sus espaldas una montaña de ignominias.

Esceptuando la Independencia i el 2 de Mayo, en el Perú no se vertió una sola gota de sangre por una idea ni se hizo revolución alguna por un principio: las causas fueron partidos; los partidos, luchas subterráneas de ambiciones personales. Las novísimas agrupaciones de conservadores o clericales confirman hoi la regla; se presentan como cuerpos amorfos, sedimentarios, formados por el detritus de nuestros malos partidos. Todos los pecadores en política, todos los hijos pródigos de la democracia, todos los hombres que sienten ya en su carne el olor a polvo de tumbas, acuden a buscar perdón i olvido en quien olvida i perdona, se refujian en esas casas de misericordia llamadas partidos retrégrados.

No puede negarse la influencia del clero secular en Lima, Cajamarca i Arequipa Si algunos hombres respiran el aire sano del siglo XIX, casi todas las mujeres se asfixian en l'atmósfera de la edad media. La mujer, la parte sensible de la Humanidad, no pertenece a la parte pensadora: está en nuestros brazos, pero no en nuestro cerebro; siente, pero no piensa con nosotros, porque vive en místico desposorio con el sacerdote católico, porque ha celebrado bodas negras con los hombres del error, de la oscuridad i de la muerte.

Para salvar a la mujer i con la mujer al niño, nos veremos frente a frente del clero secular, disperso en reducidas agrupaciones, abroquelado con la *Lei de Imprenta* i armado con la Teolojía.

Dejemos a la prensa relijiosa calumniar i mentir: el sembrador de ideas no combate con fulminadores de improperios ni con amasadores de lodo. El gañán que abre surcos donde ha de jerminar trigo no se detiene a pisotear gusanos removidos i sacados al Sol con la punta del arado.

No temamos la Teolojía con sus fantasmagorías estramundanas. Cuando Europa invadió Asia, los hijos del Oriente quisieron detener a los hijos del Norte con jigantescos ídolos de madera, cartón i trapo: cuando los hombres de hoi invadimos el país de las tinieblas, surjen los hombres de ayer creyendo amedrantarnos con fantasmas i simulacros de la superstición.

El filósofo no retrocede, sigue adelante, penetra en el templo i rasga el velo, porque sabe que en el santuario no hai más que un sacerdote con todas

las flaquezas de la humanidad, i un ídolo sin labios para responder a las amenazas de nuestros labios ni brazos para detener los formidables golpes de nuestros brazos.

IV

Sea cual fuere el programa del *Círculo literario,* hai tres cosas que no podemos olvidar: la honradez en el escritor, la verdad en el estilo i la verdad en las ideas. Señores, recordémoslo siempre: sólo con la honradez en el escritor, sólo con la verdad en los escritos, haremos del *Círculo literario* una institución útil, respetable, invencible.

En vano los hombres del poder desdeñan al escritor público i disimulan con la sonrisa del desdén los calofríos del miedo a la verdad: si hai algo más fuerte que el hierro, más duradero que el granito i más destructor que el fuego, es la palabra de un hombre honrado.

Desgraciadamente, nada se prostituyó más en el Perú que la palabra: ella debía unir i dividió, debía civilizar i embruteció, debía censurar i aduló. En nuestro desquiciamiento jeneral, la pluma tiene la misma culpa que la espada.

El diario carece de prestijio, no representa la fuerza intelijente de la razón, sino la embestida ciega de las malas pasiones. Desd'el editorial ampuloso i kilométrico hasta la crónica insustancial i chocarrera, se oye la diatriba sórdida, la envidia solapada i algo como crujido de carne viva, despedazada por

dientes de hiena. Esas frases gastadas i pensamientos triviales que se vacian en las enormes i amenazadoras columnas del periódico, recuerdan el bullicioso río de fango i piedras que se precipita a rellenar las hondonadas i requebrajaduras de un valle.

Si desde la guerra con Chile el nivel moral del país continúa descendiendo, nadie contribuyó más al descenso que el literato con sus adulaciones i mentiras, que el periodista con su improbidad i mala fe. Ambos, que debieron convertirse en acusadores i justicieros de los grandes criminales políticos, se hicieron encubridores i cómplices. El publicista rodeó con atmósfera de simpatías a detentadores de la hacienda nacional, i el poeta prodigó versos a caudillos salpicados con sangre de las guerras civiles. Las sediciones de pretorianos, las dictaduras de Bajo Imperio, las persecuciones i destierros, los asesinatos en las cuadras de los cuarteles, los saqueos al tesoro público, todo fué posible, porque tiranos i ladrones contaron con el silencio u el aplauso de una prensa cobarde, venal o cortesana.

Como en el *Ahasverus* d'Edgar Quinet pasan a los ojos del poeta las mujeres resucitadas, llevando en el corazón la herida del amor incurable, así mañana, ante las miradas de la posteridad, desfilarán nuestros escritores, queriendo ocultar en el pecho la lepra de la venalidad.

Es, señores, que hai la literatura de los hombres eternamente postrados, como los esfinjes de piedra en el Ejipto esclavo, i la literatura de los hombres eternamente de pie, como el Apolo de mármol en la Grecia libre.

Apartándonos d'escuelas i sistemas, adquiriremos verdad en estilo i en ideas. Clasicismo i romanticismo, idealismo i realismo, cuestiones de nombres, pura logomaquia. No hai más que obras buenas o malas: obra buena quiere decir verdad en forma clara i concisa; obra mala, mentira en ideas i forma.

Verdad en estilo i lenguaje vale tanto como verdad en el fondo. Hablar hoi con idiotismos i vocablos de otros siglos, significa mentir, falsificar el idioma. Como las palabras espresan ideas, tienen su medio propio en que nacen i viven; injerir en un escrito moderno una frase anticuada, equivale a incrustar en la frente de un vivo el ojo cristalizado de una momia.

En todas las literaturas abundan escritores arcaicos, aplaudidos por las academias i desdeñados por el público; pero no se conoce en la historia el movimiento regresivo de todo un pueblo hacia las formas primitivas de su lengua.

El idioma es a las palabras como los períodos jeolójicos a las especies; la especie una vez desaparecida no reaparece jamás. Pudo Cuvier reconstituír la osamenta de animales fósiles; pero no imajinó restablecer las funciones fisiolójicas, devolver el músculo vivo al esqueleto muerto. Así, el escritor anticuado compone obras que tienen la rijidez del alambre i la frialdad del mármol, pero no la morbidez de la carne ni el calor de la sangre.

El estilo, para coronar su verdad, tiene que adaptarse a nuestro carácter i a nuestra época. Hombres de imajinación ardiente i voluntad inclinada a ceder,

necesitamos un estilo que seduzca con imájenes brillantes i se imponga con arranques imperativos. Aquí nos deleitamos con estilo salpicado de figuras i nos arrebatamos con frases duras i frías como la hoja de una espada.

La palabra que se dirija hoi a nuestro pueblo debe despertar a todos, poner en pie a todos, ajitar a todos, como campana de incendio en avanzadas horas de la noche. Después de San Juan i Miraflores, en el cobarde abatimiento que nos envilece i nos abruma, nadie tiene derecho de repetir miserias i puerilidades, todos vivimos en la obligación de pronunciar frases que levanten los pensamientos i fortalezcan los corazones.

Algo muere, pero también algo nace: muere la mentira con las lucubraciones metafísicas i teolójicas, nace la verdad con la Ciencia positiva. Una vieja Atlántida se hunde poco a poco bajo las aguas del Océano; pero un nuevo i hermoso continente surje del mar, ostentando su flora sin espinos i su fauna sin tigres.

Empiece ya en nuestra literatura el reinado de la Ciencia. Los hombres no quieren deleitarse hoi con música de estrofas insulsas i bien pulidas ni con períodos altisonantes i vacíos: todos, desde el niño hasta el viejo, tenemos hambre i sed de verdades. Sí, verdades, aunque sean pedestres: a vestirse con alas de cera para elevarse unos cuantos metros i caer, es preferible tener pies musculosos i triple calzado de bronce para marchar en triunfo sobre espinas i rocas de la Tierra.

Cortesanos, políticos i diplomáticos no piensan

así: llaman prudencia al miedo, a la confabulación de callarse, a la mentira sin palabras. Cierto, el camino de la sinceridad no está circundado de rosas: cada verdad salida de nuestros labios concita un odio implacable, cada paso en línea recta significa un amigo menos. La verdad aísla; no importa: nada más solitario que las cumbres, ni más luminoso.

Rompamos el pacto infame i tácito de hablar a media voz. Dejemos la encrucijada por el camino real i la ambigüedad por la palabra precisa. Al atacar el error i acomoter contra sus secuaces, no propinemos cintarazos con espada metida en la funda: arrojemos estocadas a fondo, con hoja libre, limpia, centelleando al Sol.

Venga, pues, la verdad en su desnudez hermosa i casta, sin el velo de la sátira ni la vestidura del apólogo: el niño delicado i la mujer meticulosa endulzan las orillas del vaso que guarda el medicamento heroico, pero acibarado; el hombre apura de un solo trago la más amarga pócima, siempre que encierre vida i salud.

En fin, señores, seamos verdaderos, aunque la verdad cause nuestra desgracia: con tal que l'antorcha ilumine ¡poco importa si quema la mano que la enciende i l'ajita!

Seamos verdaderos, aunque la verdad desquicie una nación entera: ¡poco importan las lágrimas, los dolores i los sacrificios de una sola jeneración, si esas lágrimas, si esos dolores, si esos sacrificios redundan en provecho de cien jeneraciones!

Seamos verdaderos, aunque la verdad convierta

al Globo en escombros i ceniza: ¡poco importa la ruina de la Tierra, si por sus soledades silenciosas i muertas sigue retumbando eternamente el eco de la verdad!

1888

DISCURSO

EN EL

ENTIERRO DE LUIS MARQUEZ

No vengo a derramar públicas lágrimas por el hombre libertado ya del horror de pensar i del oprobio de vivir: consagro un recuerdo al fundador del *Círculo literario*, doi el último adios al poeta, nada más.

Los héroes de los antiguos tiempos lloraban como niños i mujeres; los hombres de hoi no sabemos, no queremos llorar, i cuando sentimos que las lágrimas pugnan por subir a nuestros ojos, realizamos un supremo esfuerzo para detenerlas en lo íntimo del corazón.

Gastados precozmente en el uso de la vida, como la piedra contra el acero, conservamos, sin embargo, el culto a los muertos que se resume en el culto

a nosotros mismos, pues en el sepulcro de los seres queridos encerramos un amor, un'alegría o una esperanza. Al acompañar hasta la última morada los restos de un hombre idolatrado, pensamos enterrar a otro, i nos enterramos a nosotros mismos.

Aunque existir no sea más que vacilar entre un mal cierto i conocido — la vida, i otro mal dudoso e ignorado — la muerte, amamos la roca estéril en que nacemos, a modo de aquellos árboles que ahondan sus raíces en las grietas de los peñascos; suspiramos por un Sol que ve con tanta indiferencia nuestra cuna como nuestro sepulcro; i sentimos la desolación de las ruinas cuando alguno de los nuestros cae devorado por ese abismo implacable en que nosotros nos despeñaremos mañana.

En vano repiten los antiguos por boca de Menandro: « Mueren jóvenes los predilectos de los dioses »; en vano también murmuran los ilusos de hoi: « Es horrible morir, dulce haber muerto ». Los que no tienen idea segura de lo que puede seguir a esa inmersión en las tinieblas, llamada muerte, balancean del desaliento a la esperanza; i cuando se hallan al pie de una tumba querida, empiezan por reclinar la frente en el mármol frio, silencioso e impenetrable, i acaban por lanzar una mirada de indignación i despecho hacia esa inmensidad más fría, más silenciosa i más impenetrable que la piedra de los sepulcros.

¡La vida!... ¡La muerte!... Platón, después de medio siglo de meditaciones i desvelos, supo tanto sobre la vida i la muerte, como sabe hoi el labrador que mece la cuna de sus hijos o se reclina en la pie-

dra que marca la fosa de sus abuelos. Pasaron siglos de siglos, pasarán nuevos siglos de siglos; i los hombres quedaremos siempre mudos i aterrados ante el secreto inviolable de la cuna i del sepulcro. ¡Filosofías! ¡Relijiones! ¡Sondas arrojadas a profundizar lo insondable! ¡Torres de Babel levantadas par' ascender a lo inaccesible! Al hombre, a este puñado de polvo que la casualidad reúne i la casualidad dispersa, no le quedan más que dos verdades: la pesadilla amarga de la existencia i el hecho brutal de la muerte.

Sin embargo ¿todo aparece en la vida color de sangre? ¿Habitamos un planeta de sólo tinieblas i horrores? Las frases homéricas « Tierra-madre, dulce vida » ¿son ilusiones de poetas, o hai instantes en que saboreamos la dulzura de vivir i contemplamos a la Tierra como buena i amorosa madre? Tal vez; pero en el combate diario, en casi todas las horas de nuestro desaliento, pensamos como Lucrecio: « Si los dioses existen, se bastan a sí, gozan tranquilamente de su inmortalidad sin acordarse de nosotros ».

Mas ¿a qué vanas palabras en el lugar del silencio? La vida, esa negra interrogación, oculta su clara respuesta aquí, en estos nichos abiertos, en estas bocas de fieras hambrientas que amenazan devorarnos.

¡Adiós, amigo! Tú, que de los labios destilabas la miel ática de los chistes, probaste ya el acibarado veneno de l'agonía. Tú atravesaste ya por el tenebroso puente que nos lleva deste mundo al país de que ningún viajero regresó jamás. Tú sabes ya si la

Naturaleza es amiga bondadosa que nos acoje en su seno para infundirnos sueño de felices visiones, o madre sin entrañas que guarda para sí la salud, la juventud i la eternidad, reservando para sus hijos las enfermedades, la vejez i la nada!

1888

SEGUNDA PARTE

GRAU

Épocas hai en que todo un pueblo se personifica en un solo individuo: Grecia en Alejandro, Roma en César, España en Carlos V, Inglaterra en Cromwell, Francia en Napoleón, América en Bolívar. El Perú de 1879 no era Prado, La Puerta ni Piérola, era Grau.

Cuando el *Huáscar* zarpaba de algún puerto en busca de aventuras, siempre arriesgadas, aunque a veces infructuosas, todos volvían los ojos al Comandante de la nave, todos le seguían con las alas del corazón, todos estaban con él. Nadie ignoraba que el triunfo rayaba en lo imposible, atendida la superio-

ridad de la escuadra chilena; pero el orgullo nacional se lisonjeaba de ver en el *Huáscar* un caballero andante de los mares, una imajen del famoso paladín que no contaba sus enemigos antes del combate, porque aguardaba contarlos vencidos o muertos.

Nosotros, lejítimos herederos de la caballerosidad española, nos embriagábamos con el perfume de acciones heroicas, en tanto que otros, menos ilusos que nosotros i más imbuídos en las máximas del Siglo, desdeñaban el humo de la gloria i s'engolosinaban con el manjar de victorias fáciles i baratas.

I¡ mereciamos disculpa!

El *Huáscar* forzaba los bloqueos, daba caza a los trasportes, sorprendía las escuadras, bombardeaba los puertos, escapaba ileso de las celadas o persecuciones, i más que nave, parecía un sér viviente con vuelo de águila, vista de lince i astucia de zorro. Merced al *Huáscar*, el mundo que sigue la causa de los vencedores, olvidaba nuestros desastres i nos quemaba incienso; merced al *Huáscar*, los corazones menos abiertos a la esperanza cobraban entusiasmo i sentían el jeneroso estímulo del sacrificio; merced al *Huáscar*, en fin, el enemigo se desconcertaba en sus planes, tenía vacilaciones desalentadoras i devoraba el despecho de la vanidad humillada, porque el *Monitor*, vijilando las costas del Sur, apareciendo en el instante menos aguardado, parecía decir a l'ambición de Chile: «Tú no pasarás de aquí.» Todo esto debimos al *Huáscar*, i el alma del *Monitor* era Grau.

II

Nació Miguel Grau en Piura el año 1834. Nada notable ocurre en su infancia, i sólo merece consignarse que, después de recibir la instrucción primaria en la *Escuela náutica de Paita*, se trasladó a Lima para continuar su educación en el colejio del poeta Fernando Velarde.

A la muerte del discípulo, el maestro le consagró una entusiasta composición en verso. Descartando las exajeraciones, naturales a un poeta sentimental i romántico, se puede colejir por los endecasílabos de Velarde, que Grau era un niño tranquilo i silencioso, quién sabe taciturno.

> Nunca fuiste risueño ni elocuente
> Y tu faz pocas veces sonreía,
> Pero inspirabas entusiasmo ardiente,
> Cariñosa y profunda simpatía.

Mui pronto debió de hastiarse con los estudios i más aún con el réjimen escolar, cuando al empezar l'adolescencia s'enrola en la tripulación de un buque mercante. Seis o siete años navegó por América, Europa i Asia, queriendo ser piloto práctico antes que marino teórico, prefiriendo costear continentes i correr temporales a navegar mecido constantemente por las olas del Pacífico.

Consideró la marina mercante como una escuela transitoria, no como una profesión estable, pues al

creerse con aptitudes para gobernar un buque, ingresó a l'Armada nacional. ¿A qué seguir paso a paso la carrera del guardia marina en 1857, del capitán de navío en 1873, del contralmirante en 1879? Reconstituir conforme a plan matemático la existencia de un personaje, conceder intención al más insignificante de sus actos, ver augurios de proezas en los juegos inocentes del niño, es fantasear una leyenda, no escribrir una biografía. En el ordinario curso de la vida, el hombre camina prosaicamente, a ras del suelo, i sólo se descubre superior a los demás, con intermitencias, en los instantes supremos.

El año 1865 hubo momento en que Grau se atrajo las miradas de toda la nación, en que tuvo pendiente de sus manos la suerte del país. Conducía de los astilleros ingleses un buque de guerra a tiempo que la República se habia revolucionado para deshacer el tratado Vivanco-Pareja. Plegándose a los revolucionarios, entregándoles el dominio del mar, Grau contribuyó eficazmente al derrumbamiento de Pezet.

La popularidad de Grau empieza al encenderse la guerra contra Chile. Antes pudo confundirse con sus émulos i compañeros de armas o diseñarse con las figuras más notables del cuadro; pero en los días de la prueba se dibujó de cuerpo entero, se destacó sobre todos, les eclipsó a todos. Fué comparado con Noel i Gálvez, i disfrutó como Washington la dicha de ser « el primero en el amor de sus conciudadanos. » El Perú todo le apostrofaba como Napoleón a Gœthe: « Eres un hombre. »

III

I lo era, tanto por el valor como por las otras cualidades morales. En su vida, en su persona, en la más insignificante de sus acciones, se conformaba con el tipo lejendario del marino.

Humano hasta el esceso, practicaba jenerosidades que en el fragor de la guerra concluían por sublevar nuestra cólera. Hoi mismo, al recordar la saña implacable del Chileno vencedor, deploramos la exajerada clemencia de Grau en la noche de Iquique. Para comprenderle i disculparle, se necesita realizar un esfuerzo, acallar las punzadas de la herida entreabierta, ver los acontecimientos desde mayor altura. Entonces se roconoce que no son grandes los tigres que matan por matar o hieren por herir, sino los hombres que hasta en el vértigo de la lucha saben economizar vidas i ahorrar dolores.

Sencillo, arraigado a las tradiciones relijiosas, ajeno a las dudas del filósofo, hacia gala de cristiano i demandaba l'absolución del sacerdote antes de partir con la bendición de todos los corazones. Siendo sinceramente relijioso, no conocía la codicia — esa vitalidad de los hombres yertos, ni la cólera violenta — ese momentáneo valor de los cobardes, ni la soberbia — ese calor maldito que sólo enjendra víboras en el pecho. A tanto llegaba la humildad de su carácter que hostigado un día por las alabanzas de de los necios que asedian a los hombres de mérito,

esclamó : « Vamos, yo no soi más que un pobre ma-
» rinero que trata de servir a su patria. »

Por su silencio en el peligro, parecía hijo de otros climas, pues nunca daba indicios del bullicioso atolondramiento que distingue a los pueblos meridionales. Si alguna vez hubiera querido arengar a su tripulación, habría dicho espartanamente, como Nelson en Trafalgar : « La patria confía en que todos cum-
» plan con su deber. » Hasta en el porte familiar se manitestaba sobrio de palabras : lejos dél la verbosidad que falsifica la elocuencia i remeda el talento. Hablaba como anticipándose al pensamiento de sus interlecutores, como temiendo desagradarles con la más leve contradicción. Su cerebro discernía con lentitud, su palabra fluía con largos intervalos de silencio, i su voz de timbre femenino contrastaba notablemente con sus facciones varoniles i toscas.

Ese marino forjado en el yunque de los espíritus fuertes, inflexible en aplicar a los culpables todo el rigor de las ordenanzas, se hallaba dotado de sensibilidad esquisita, amaba tiernamente a sus hijos, tenía marcada predilección por los niños. Sin embargo, su enerjía moral no s'enervaba con el sentimiento, como lo probó en 1865 al adherirse a la revolución : rechazando ascensos i pingües ofertas de oro, desoyendo las sujestiones o consejos de sus más íntimos amigos, resistiendo a los ruegos e intimaciones de su mismo padre, hizo lo que le parecía mejor, cumplió con su deber.

Tan inmaculado en la vida privada como en la pública, tan honrado en el salón de la casa como en el camarote del buque, formaba contraste con nues-

tros políticos i nuestros guerreros, existía como un verdadero anacronismo.

Como flor de sus virtudes, trascendía la resignación : nadie conocía más el peligro, i marchaba de frente, con los ojos abiertos, con la serenidad en el semblante. En él, nada cómico ni estudiado : personificaba la naturalidad. Al ver su rostro leal i abierto, al cojer su mano áspera i encallecida, se palpaba que la sangre venía de un corazón noble i jeneroso.

Tal era el hombre que en buque mal artillado, con marinería inesperta, se vió rodeado i acometido por toda la escuadra chilena el 8 de Octubre de 1879.

IV

En el combate homérico de uno contra siete, pudo Grau rendirse al enemigo ; pero comprendió que por voluntad nacional estaba condenado a morir, que sus compatriotas no le habrían perdonado el mendigar la vida en la escala de los buques vencedores.

Efectivamente. Si a los admiradores de Grau se les hubiera preguntado qué exijían del Comandante del *Huáscar* el 8 de Octubre, todos habrían respondido con el Horacio de Corneille : « ¡ Que muriera !

Todo podía sufrirse con estoica resignación, menos el *Huáscar* a flote con su Comandante vivo. Necesitábamos el sacrificio de los buenos i humildes para borrar el oprobio de malos i soberbios. Sin Grau en

la Punta de Angamos, sin Bolognesi en el Morro de Arica ¿tendríamos derecho de llamarnos nación? ¡Qué escándalos no dimos al mundo, desde las ridículas escaramuzas hasta las inesplicables dispersiones en masa, desde la fuga traidora de los caudillos hasta las sediciones bizantinas, desde las maquinaciones subterráneas de los ambiciosos vulgares hasta las tristes arlequinadas de los héroes funambulescos!

En la guerra con Chile, no sólo derramamos la sangre, exhibimos la lepra. Se disculpa el encalle de una fragata con tripulación novel i capitán atolondrado, se perdona la derrota de un ejército indisciplinado con jefes ineptos o cobardes, se concibe el amilanamiento de un pueblo por los continuos descalabros en mar i tierra; pero no se disculpa, no se perdona ni se concibe, la reversión del orden moral, el completo desbarajuste de la vida pública, la danza macabra de polichinelas con disfraz de Alejandros i Césares.

Sin embargo, en el grotesco i sombrío drama de la derrota, surjieron de cuando en cuando figuras luminosas i simpáticas. La guerra, con todos sus males, nos hizo el bien de probar que todavía sabemos enjendrar hombres de temple viril. Alentémonos, pues: la rosa no florece en el pantano; i el pueblo en que nacen un Grau i un Bolognesi no está muerto ni completamente dejenerado. Regocijémonos, si es posible: la tristeza de los injustamente vencidos conoce alegrías sinceras, así como el sueño de los vencedores implacables tiene despertamientos amargos, pesadillas horrorosas.

La columna rostral erijida para conmemorar el 2 de Mayo, se corona con la victoria en actitud de subir al cielo, es decir, a la rejión impasible que no escucha los ayes de la víctima ni las imprecaciones del verdugo. El futuro monumento de Grau ostentará en su parte más encumbrada un coloso en ademán d'estender el brazo derecho hacia los mares del Sur.

Catalina de Rusia fijó en una calle meridional de Sanpetersburgo un cartel que decía: « Por aquí es el camino a Constantinopla. » Cuando la raza eslava siente impulsos de caminar hacia las « tierras verdes » ¿no recuerda las tentadoras palabras de Catalina? Si Grau se levantara hoi del sepulcro, nos diría... Es inútil repetir sus palabras: todos adivinamos ya qué deberes hemos de cumplir, adónde tenemos que dirijirnos mañana.

1885

DISCURSO

EN EL POLITEAMA

I.

Señores:

Los que pisan el umbral de la vida se juntan hoi para dar una lección a los que se acercan a las puertas del sepulcro. La fiesta que presenciamos tiene mucho de patriotismo i algo de ironía: el niño quiere rescatar con el oro lo que el hombre no supo defender con el hierro.

Los viejos deben temblar ante los niños, porque la jeneración que se levanta es siempre acusadora i juez de la jeneración que desciende. De aquí, de estos grupos alegres i bulliciosos, saldrá el pensador

austero i taciturno; de aquí, el poeta que fulmine las estrofas de acero retemplado; de aquí, el historiador que marque la frente del culpable con un sello de indeleble ignominia.

Niños, sed hombres temprano, madrugad a la vida, porque ninguna jeneración recibió herencia más triste, porque ninguna tuvo deberes más sagrados que cumplir, errores más graves que remediar ni venganzas más justas que satisfacer.

En la orjía de la época independiente, vuestros antepasados bebieron el vino jeneroso i dejaron las heces. Siendo superiores a vuestros padres, tendréis derecho para escribir el bochornoso epitafio de una jeneración que se va, manchada con la guerra civil de medio siglo, con la quiebra fraudulenta i con la mutilación del territorio nacional.

Si en estos momentos fuera oportuno recordar vergüenzas i renovar dolores, no acusaríamos a unos ni disculparíamos a otros. ¿Quién puede arrojar la primera piedra?

La mano brutal de Chile despedazó nuestra carne i machacó nuestros huesos; pero los verdaderos vencedores, las armas del enemigo, fueron nuestra ignorancia i nuestro espíritu de servidumbre.

II.

Sin especialistas, o más bien dicho, con aficionados que presumían de omniscientes, vivimos de ensayo en ensayo: ensayos de aficionados en Diplomacia, ensayos de aficionados en Economía política,

ensayos de aficionados en Lejislación, i hasta ensayos de aficionados en Táctica i Estratejia. El Perú fué cuerpo vivo, espuesto sobre el mármol de un anfiteatro, para sufrir las amputaciones de cirujanos que tenían ojos con cataratas seniles i manos con temblores de paralítico. Vimos al abogado dirijir l' hacienda pública, al médico emprender obras de injeniatura, al teólogo fantasear sobre política interior, al marino decretar en administración de justicia, al comerciante mandar cuerpos d'ejército... ¡Cuánto no vimos en esa fermentación tumultuosa de todas las mediocridades, en esas vertijinosas apariciones i desapariciones de figuras sin consistencia de hombre, en ese continuo cambio de papeles, en esa Babel, en fin, donde la ignorancia vanidosa i vocinglera se sobrepuso siempre al saber humilde i silencioso!

Con las muchedumbres libres aunque indisciplinadas de la Revolución, Francia marchó a la victoria; con los ejércitos de indios disciplinados i sin libertad, el Perú irá siempre a la derrota. Si del indio hicimos un siervo ¿qué patria defenderá? Como el siervo de la edad media, sólo combatirá por el señor feudal.

Y, aunque sea duro i hasta cruel repetirlo aquí, no imajinéis, señores, que el espíritu de servidumbre sea peculiar a sólo el indio de la puna: también los mestizos de la costa recordamos tener en nuestras venas sangre de los súbditos de Felipe II mezclada con sangre de los súbditos de Huayna-Capac. Nuestra columna vertebral tiende a inclinarse.

La nobleza española dejó su descendencia dejene-

rada i despilfarradora: el vencedor de la Independencia legó su prole de militares i oficinistas. A sembrar el trigo i estraer el metal, la juventud de la jeneración pasada prefirió atrofiar el cerebro en las cuadras de los cuarteles i apergaminar la piel en las oficinas del Estado. Los hombres aptos para las rudas labores del campo i de la mina, buscaron el manjar caído del festín de los gobiernos, ejercieron una insaciable succión en los jugos del erario nacional i sobrepusieron el caudillo que daba el pan i los honores a la patria que exijía el oro i los sacrificios. Por eso, aunque siempre existieron en el Perú liberales i conservadores, nunca hubo un verdadero partido liberal ni un verdadero partido conservador, sino tres grandes divisiones: los gobiernistas, los conspiradores i los indiferentes por egoísmo, imbecilidad o desengaño. Por eso, en el momento supremo de la lucha, no fuimos contra el enemigo un coloso de bronce, sino una agrupación de limaduras de plomo; no una patria unida i fuerte, sino una serie de individuos atraídos por el interés particular i repelidos entre sí por el espíritu de bandería. Por eso, cuando el más oscuro soldado del ejército invasor no tenía en sus labios más nombre que Chile, nosotros, desde el primer jeneral hasta el último recluta, repetíamos el nombre de un caudillo, éramos siervos de la edad media que invocábamos al señor feudal.

Indios de punas i serranías, mestizos de la costa, todos fuimos ignorantes i siervos; i no vencimos ni podíamos vencer.

III

Si la ignorancia de los gobernantes i la servidumbre de los gobernados fueron nuestros vencedores, acudamos a la Ciencia, ese redentor que nos enseña a suavizar la tiranía de la Naturaleza, adoremos la Libertad, esa madre enjendradora de hombres fuertes.

No hablo, señores, de la ciencia momificada que va reduciéndose a polvo en nuestras universidades retrógradas: hablo de la Ciencia robustecida con la sangre del Siglo, de la Ciencia con ideas de radio jigantesco, de la Ciencia que trasciende a juventud i sabe a miel de panales griegos, de la Ciencia positiva que en sólo un siglo de aplicaciones industriales ha producido más bienes a la Humanidad que milenios enteros de Teolojía i Metafísica.

Hablo, señores, de la libertad para todos, i principalmente para los más desvalidos. No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos i estranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico i los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera. Trescientos años há que el indio rastrea en las capas inferiores de la civilización, siendo un híbrido con los vicios del bárbaro i sin las virtudes del europeo: enseñadle siquiera a leer i escribir, i veréis si en un cuarto de siglo se levanta o no a la dignidad de hombre. A vosotros, maestros de escuela, toca galvanizar una raza que se adormece bajo la tiranía del juez de paz,

del gobernador i del cura, esa trinidad embrutecedora del indio.

Cuando tengamos pueblo sin espíritu de servidumbre, i militares i políticos a l'altura del Siglo, recuperaremos Arica i Tacna, i entonces i sólo entonces, marcharemos sobre Iquique i Tarapacá, daremos el golpe decisivo, primero i último.

Para ese gran día, que al fin llegará porque el porvenir nos debe una victoria, fiemos sólo en la luz de nuestro cerebro i en la fuerza de nuestros brazos. Pasaron los tiempos en que únicamente el valor decidía de los combates: hoi la guerra es un problema, la Ciencia resuelve la ecuación. Abandonemos el romanticismo internacional i la fe en los auxilios sobrehumanos: la Tierra escarnece a los vencidos, i el Cielo no tiene rayos para el verdugo.

En esta obra de reconstitución i venganza no contemos con los hombres del pasado: los troncos añosos i carcomidos produjeron ya sus flores de aroma deletéreo i sus frutas de sabor amargo. ¡ Que vengan árboles nuevos a dar flores nuevas i frutas nuevas ! ¡ Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra !

IV

¿ Por qué desesperar ? No hemos venido aquí para derramar lágrimas sobre las ruinas de una segunda Jerusalén, sino a fortalecernos con la esperanza. Dejemos a Boabdil llorar como mujer, nosotros esperemos como hombres.

Nunca menos que ahora conviene el abatimiento

del ánimo cobarde ni las quejas del pecho sin virilidad: hoi que Tacna rompe su silencio i nos envía el recuerdo del hermano cautivo al hermano libre, elevémonos unas cuantas pulgadas sobre el fango de las ambiciones personales, i a las palabras de amor i esperanza, respondamos con palabras de aliento i fraternidad.

¿Por qué desalentarse? Nuestro clima, nuestro suelo ¿son acaso los últimos del Universo? En la tierra no hay oro par'adquirir las riquezas que debe producir una sola Primavera del Perú. ¿Acaso nuestro cerebro tiene la forma rudimentaria de los cerebros hotentotes, o nuestra carne fué amasada con el barro de Sodoma? Nuestros pueblos de la sierra son hombres amodorrados, no estatuas petrificadas.

No carece nuestra raza d'electricidad en los nervios ni de fósforo en el cerebro; nos falta si consistencia en el músculo i hierro en la sangre. Anémicos i nerviosos, no sabemos amar ni odiar con firmeza. Versátiles en política, amamos hoi a un caudillo hasta sacrificar nuestros derechos en aras de la dictadura; i le odiamos mañana hasta derribarle i hundirle bajo un aluvión de lodo i sangre. Sin paciencia de aguardar el bien, exijimos improvisar lo que es obra de la incubación tardía, queremos que un hombre repare en un dia las faltas de cuatro jeneraciones. La historia de muchos Gobiernos del Perú cabe en tres palabras: imbecilidad en acción; pero la vida toda del pueblo se resume en otras tres: versatilidad en movimiento.

Si somos versátiles en amor, no somos menos en odio: el puñal está penetrando en nuestras entrañas i

ya perdonamos al asesino. Alguien ha talado nuestros campos i quemado nuestras ciudades i mutilado nuestro territorio i asaltado nuestras riquezas i convertido el país entero en ruina de un cementerio: pues bien, señores, ese alguien a quien jurábamos rencor eterno i venganza implacable, empieza a ser contado en el número de nuestros amigos, no es aborrecido por nosotros con todo el fuego de la sangre, con toda la cólera del corazón.

Ya que hipocresía i mentira forman los polos de la Diplomacia, dejemos a los Gobiernos mentir hipócritamente jurándose amistad i olvido. Nosotros, hombres libres reunidos aquí para escuchar palabras de lealtad i franqueza, nosotros que no tememos esplicaciones ni respetamos susceptibilidades, nosotros levantemos la voz para enderezar el esqueleto destas muchedumbres encorvadas, hagamos por oxijenar est'atmósfera viciada con la respiración de tantos organismos infectos, i lancemos una chispa que inflame en el corazón del pueblo el fuego par' amar con firmeza todo lo que se debe amar, i para odiar con firmeza también todo lo que se debe odiar.

¡Ojalá, señores, la lección dada hoi por los *Colejios libres de Lima* halle ejemplo en los más humildes caseríos de la República! ¡Ojalá todas las frases repetidas en fiestas semejantes no sean melifluas alocuciones destinadas a morir entre las paredes de un teatro, sino rudos martillazos que retumben por todos los ámbitos del país! ¡Ojalá cada una de mis palabras se convierta en trueno que repercuta en el corazón de todos los peruanos i despierte los dos sentimientos capaces de rejenerarnos i sal-

varnos: el amor a la patria i el odio a Chile! Coloquemos nuestra mano sobre el pecho, el corazón nos dirá si debemos aborrecerle...

Si el odio injusto pierde a los individuos, el odio justo salva siempre a las naciones. Por el odio a Prusia, hoi Francia es poderosa como nunca. Cuando París vencido se ajita, Berlín vencedor se pone de pie. Todos los días, a cada momento, admiramos las proezas de los hombres que triunfaron en las llanuras de Maratón o se hicieron matar en los desfiladeros de las Termópilas; i bien, «la grandeza moral » de los antiguos helenos consistía en el amor cons- » tante a sus amigos i en el odio inmutable a sus » enemigos.» No fomentemos, pues, en nosotros mismos los sentimientos anodinos del guardador de serrallos, sino las pasiones formidables del hombre nacido para enjendrar a los futuros vengadores. No diga el mundo que el recuerdo de la injuria se borró de nuestra memoria antes que desapareciera de nuestras espaldas la roncha levantada por el látigo chileno.

Verdad, hoi nada podemos, somos impotentes; pero aticemos el rencor, revolvámonos en nuestro despecho como la fiera se revuelca en las espinas; i si no tenemos garras para desgarrar ni dientes para morder ¡que siquiera los mal apagados rujidos de nuestra cólera viril vayan de cuando en cuando a turbar el sueño del orgulloso vencedor!

1888.

PERU I CHILE

I

El Perú no sufrió calamidad más desastrosa que la guerra con Chile. Las campañas de la Independencia i la segunda lucha con España nos costaron preciosas vidas i grandes sacrificios; pero nos dieron vida propia, nombradía i levantaron el espíritu nacional. El 9 de Diciembre nacimos, el 2 de Mayo crecimos, nos ajigantamos.

Es que en 1824 i 1866 no sufrimos el empequeñecimiento de la derrota. La sangre derramada en los campos de batalla, los capitales destruídos en el incendio, las riquezas perdidas en el saqueo de las poblaciones, mui poco significan en comparación de

los males que inficionan el organismo de las naciones vencidas. El perjuicio causado por nuestro vencedor no está en los asesinatos, en las devastaciones ni en las rapiñas: está en lo que nos deja i nos enseña.

Chile se lleva huano, salitre i largos jirones de territorio; pero nos deja el amilanamiento, la pequeñez d'espíritu, la conformidad con la derrota i el tedio de vivir modesta i honradamente. Se nota en los ánimos, apatía que subleva, pereza que produce rabia, envilecimiento que mueve a náuseas.

Chile nos enseña su ferocidad araucana. En la última contienda civil nos mostramos crueles hasta la barbarie, hicimos ver que el roce con un enemigo implacable i sanguinario había endurecido nuestras entrañas. Brotaron, de no sabemos dónde, almas en cólera o fieras desconocidas en la fauna peruana. La injénita mansedumbre del carácter nacional tuvo regresiones a la fiereza primitiva. En la nación magnánima (donde las discordias civiles terminaron siempre con el olvido para los errores comunes i la conmiseración para el hermano caído), queda hoi, después de la lucha, el odio d'enemigos vascuences, el rencor de tigre a tigre. Rencor i odio que deberíamos reservar para el enemigo de todos, los atizamos contra nosotros mismos. De nuestro sueño cataléptico despertamos para sólo esgrimir los puños i lanzarnos imprecaciones de muerte.

Es que en el comercio íntimo, en el trato duradero i en la conquista secular, se opera fusión de razas con amalgamiento de vicios i virtudes; mientras en la invasión destructora i violenta, vencido i vencedor olvidan las virtudes propias i adquieren los vicios

del estraño. Los pueblos más civilizados ocultan su reverso salvaje i bestial: en la guerra se verifica el choque de hombre contra hombre por el lado bestial i salvaje.

Si el Perú se contajió con la ferocidad auracana, Chile se contaminó con el virus peruano. El contacto de ambas naciones recuerda el abrazo de Almanzor, un medio de comunicarse la peste. Nadie ignora que nuestro vencedor de ayer se ve atacado ya por el cáncer de la más sórdida corrupción pública: las prensas de Santiago i Valparaíso lo dicen a todas horas i en todos los tonos. Chile retrata hoi al Perú de la *Consolidación* i del *Contrato Dreyfus*: entra por el camino que nosotros seguíamos, será lo que fuimos. El mendigo que hace poco se llamaba feliz con la raja de sandía i el puñado de porotos, se ahitará mañana en los opíparos festines del magnate improvisado. Con facilidad se vuelve pródigo el tahur que entra pobre a la casa juego i sale rico por un golpe de fortuna.

Pero no veamos una compensación de nuestras calamidades en la corrupción política de nuestro enemigo, ni pensemos abandonarle nuestra riqueza i nuestro territorio como un presente griego, ni creamos que en su organismo acabamos de inocular un jermen de muerte prematura.

Chile, con todas sus miserias, nos vencerá mañana i siempre, si continuamos siendo lo que fuimos i lo que somos. Rodeado con el prestijio de sus victorias, posee crédito; así que en toda guerra tendrá dinero, i con el dinero, soldados i buques, rifles i cañones, amigos i espías.

De loco debe tacharse al pueblo que para robustecerse no abriga más esperanza que la debilitación de los pueblos limítrofes. Ver encorvarse al vecino ¿equivale a crecer nosotros? Ver sangrar un enemigo ¿da una gota de sangre a nuestras venas? El decaimiento de Chile, debería regocijarnos, si el nuestro cesara o fuera menor, si en tanto que él se achica nosotros creciéramos; pero sucede que mientras Chile decrece en progresión aritmética, nosotros lo hacemos en progresión jeométrica. La fuerza de las naciones se oculta en ellas mismas, viene de su elevación moral. La luz del gas que arde a nuestros ojos, irradia los rayos del Sol almacenados en las entrañas de la Tierra; el hombre que nos deslumbra con su jenerosidad o su heroísmo, descubre las virtudes incubadas lentamente al calor de una buena educación.

II

De veinte años a la fecha, desde las victorias de Prusia, el mundo europeo tiende a convertir sus hombres en soldados i sus poblaciones en cuarteles. A la plaga de los individuos — el alcoholismo, responde la peste de las naciones — el militarismo. Nadie se pregunta si habrá conflagración universal, sólo se quiere adivinar quién desenvainará la espada, dónde será el campo de batalla, qué naciones quedarán arrolladas, pisoteadas i pulverizadas. Todos aguardan la crisis suprema, porque saben que los bebedores de sangre sufren también sus ataques de delirium tremens.

Chile con el instinto de imitación, natural a los pueblos juveniles, remeda el espíritu guerrero de Alemania i enarbola en América el estandarte de la conquista. El Imperio Alemán apresó con sus garras de águila Alsacia i Lorena; Chile cojió con sus uñas de buitre Iquique i Tarapacá, i, para ser más que Alemania, piensa cojer Arica, Tacna i acaso el Perú entero.

Entre tanto ¿qué hacemos nosotros? Viviendo en la rejión de las teorías, olvidamos que los estados no se rijen por humanitarismo romántico ni ponen la mejilla izquierda cuando reciben una bofetada en la derecha; olvidamos que ante la inmolación de un pueblo todos observan una prudencia egoísta, cuando no cubren de flores al vencedor i abruman de ignominias al vencido; olvidamos, por último, que en las relaciones individuales los hombres menos civilizados conservan un resto de pudor social i guardan las apariencias de guiarse por la filantropía, mientras en la vida internacional las naciones más cultas se quitan la epidermis civilizada i proceden como salvajes en la selva.

Nosotros no caímos porque las guerras civiles nos debilitaran o nos esquilmaran. Luchas más desgarradoras i tenaces que las nuestras tuvieron l'Arjentina, Venezuela, Colombia i particularmente Méjico. Caímos porque Chile, que vela mientras el Perú duerme, nos sorprendió pobres i sin crédito, desprevenidos i mal armados, sin ejército ni marina.

¡Ojalá hubiéramos pasado por algunas de aquellas revoluciones radicales que remueven de alto a bajo la sociedad i la dividen en dos bandos sin consentir

indiferentes o egoístas! Desgraciadamente, como las tempestades en el Océano, todas nuestras sediciones de cuartel se deslizaron por la superficie sin alcanzar a sacudir el fondo.

Si las sediciones de pretorianos denuncian decadencia, los continuos levantamientos populares manifiestan superabundancia de vida. Las naciones jóvenes poseen un sobrante de fuerza que dirijen contra su propio organismo cuando no l'emplean en l'agricultura, la industria, las artes o la conquista. Los pueblos se ajitan para su bien, como los niños saltan i corren para lubrificar sus articulaciones i desarrollar sus músculos. Las guerras civiles sirven de aprendizaje para las guerras esteriores: son la jimnasia de las naciones. Santas las llamó Joseph de Maistre, i Chateaubriand sostuvo que retemplaban i rejeneraban a los pueblos.

Nuestro enemigo nos aventajó en el espíritu práctico i hasta en la humildad que le hizo buscar la luz en todas partes i aceptar el bien viniera de dónde viniera. Estranjeros rejeneraron sus universidades, estranjeros redactaron sus códigos, estranjeros arreglaron su hacienda pública, estranjeros le adiestraron en dirijir contra nosotros la puntería de los cañones Krupp.

Nosotros procedimos en sentido inverso: figurándonos que nuestro empirismo semiteolójico i semiescolástico era el summum de la sabiduría, cerramos el paso a todo lo que no fuera esclusivamente nacional i nos entregamos ciegamente a la iniciativa de nuestros hombres. I ¿qué tuvimos? lo de siempre: buenos sabios que de la instrucción pública

hicieron un caos, buenos hacendistas que nunca organizaron un solo presupuesto, buenos diplomáticos que celebraron convenciones funestas, buenos marinos que encallaron los buques i buenos militares que perdieron las batallas.

Hoi mismo, después del tremendo cataclismo, nos adormecemos en la confianza, olvidamos que Chile nos daría mil vidas para deleitarse en quitárnoslas una por una, i seguimos educando a la juventud, no para hombres que han de luchar en los campos de batalla, sino para funcionarios pasivos que han de ankilozar sus articulaciones entre los cuatro muros de una oficina. Continuamos con todas nuestras preocupaciones de casta i secta, con todas nuestras pequeñeces de campanario. Si persona estraña viene a ofrecernos luz o a querer inocularnos el fermento de la vida moderna, nos sublevamos en masa, nos creemos ofendidos en el orgullo nacional, i llamamos dignidad herida a lo que en todas partes se nombra ignorancia presuntuosa i desvergonzada. Cuando pluma estranjera censura nuestros vicios sociales o descubre las miserias de nuestros hombres públicos, estallamos de ira i pregonamos a la faz del mundo que en los negocios del Perú deben mezclarse únicamente los peruanos, que nuestros hombres públicos no pertenecen al tribunal del jénero humano, sino a la jurisdicción privativa de sus compatriotas... Afirmaciones de topo que nada concibe más allá de la topera, esclusivismos de infusorio que limita su radio visual a la gota de agua.

III

Nada tan hermoso como derribar fronteras i destruír el sentimiento egoísta de las nacionalidades par'hacer de la Tierra un solo pueblo i de la Humanidad una sola familia. Todos los espíritus elevados i jenerosos converjen hoi al cosmopolitismo, todos repetirían con Schopenhauer que « el patriotismo es la » pasión de los necios i la más necia de todas las pa- » siones. » Pero, mientras llega la hora de la paz universal, mientras vivimos en una comarca de corderos i lobos, hai que andar prevenidos para mostrarse corderos con el cordero i lobos con el lobo.

Tenemos que cerrar el paso a la conquista i defender palmo a palmo nuestro territorio, porque la patria no es sólo el pedazo de tierra que hoi bebe nuestras lágrimas i mañana beberá nuestra sangre, sino también el molde especial en que se vacia nuestro sér, o mejor dicho, l'atmósfera intelectual i moral que respiramos. Tanto debe el hombre al país en que nace como el árbol al terreno en que arraiga. Conquistarnos equivale a modificar súbitamente nuestro modo d'existir, a sumerjirnos en otro medio ambiente para condenarnos a l'asfixia.

Y no todo se reduce a nuestro mezquino interés personal. Gozamos de las propiedades nacionales como se goza de un bien usufructuario: si de nuestros padres heredamos un territorio grande i libre, un territorio grande i libre debemos legar a nues-

tros descendientes, ahorrándoles l'afrenta de nacer en país vencido i mutilado, evitándoles el sacrificio de recuperar a costa de su sangre los bienes i derechos que nosotros no supimos defender a costa de la nuestra. Nada tan cobarde como la jeneración que paga sus deudas endosándolas a las jeneraciones futuras.

Ideas más nobles obligan también a repeler todo ataque i vengar todo atropellamiento. « Sufrir una » injuria es dar alas a la violencia i contribuir cobar- » demente al triunfo de la injusticia. Si el derecho » vulnerado cediera sin resistir, el mundo caería » mui pronto en garras de la iniquidad. » (1).

Los hombres de ayer, que olvidaron todo eso, desfilan a nuestros ojos, sofocando en su pecho la voz del remordimiento i queriendo borrar de su frente las indelebles manchas de lodo i sangre; los hombres de hoi seremos execrados por la jeneración de mañana, si no damos a nuestros músculos vigor para herir i a nuestro cerebro luz para saber dirijir el golpe.

Necesitamos verificar una evolución par'adaptarnos al medio internacional en que vivimos. Por carácter, por la benignidad del clima, por la riqueza del país, por la facilidad de vivir holgadamente con poco trabajo, somos pacíficos, anticonquistadores, amigos del reposo i refractarios a la emigración. Por nuestra posición jeográfica, rodeados del Ecuador, el Brasil, Bolivia i Chile, condenados fatalmente a ser campo de batalla donde se rifen los destinos

(1) Louis Ménard. — *La moral avant les philosophes.*

de Sud América, tenemos que trasformarnos en nación belicosa. El porvenir nos emplaza para una guerra defensiva. O combatientes o esclavos.

Cierto, el querer caprichoso no basta para crear instintos nacionales o improvisar acontecimientos; pero la voluntad, firme i guiada por la Ciencia, logra modificar el mundo esterno, variar lentamente la condición moral de las sociedades i convertir al hombre en la verdadera Providencia de la Humanidad. Hai animal submarino que, a falta de ojos, adquiere antenas para caminar a tientas en las profundidades tenebrosas, i ¡un pueblo hundido en el oprobio de la derrota no puede crearse pasiones para odiar ni fuerzas para vengarse!

La evolución salvadora se verificará por movimiento simultáneo del organismo social, no por la simple iniciativa de los mandatarios. ¿Por qué aguardar todo de arriba? La desconfianza en nosotros mismos, el pernicioso sistema de centralizar todo en manos del Gobierno, la manía de someternos humildemente al impulso de la Capital, influyeron desastrosamente en la fortuna del país. Especie de ciegos acostumbrados al lazarillo, quedamos inmóviles al sentirnos solos. Cuando en la guerra perdimos Lima, nos encontramos sin ojos, sin cerebro, como decapitados. En la nación bien organizada el pueblo no vive como el pasajero que descansadamente dormita en su camarote i de cuando en cuando abre los ojos para saber por curiosidad el número de leguas recorridas: por el contrario, todos mandan, todos trabajan, todos velan, porque hacen a la vez de capitán, de tripulación i de pasajeros.

IV

Hai un valor que en los lances supremos conduce al sacrificio, i otro valor que en la existencia diaria se ciñe al cumplimiento de vulgares deberes. No necesitamos ahora del valor poético i acaso fácil porque sólo requiere un momento de resolución; necesitamos sí del valor prosaico i acaso difícil porque exije constancia en el trabajo i conformidad en la medianía. Morir violentamente, a la luz del Sol, entre el aplauso de la muchedumbre, causa menos amargura que perecer lentamente, en la oscuridad i silencio de una mina.

Estamos caídos, pero no clavados contra una peña; mutilados, pero no impotentes; desangrados, pero no muertos. Unos cuantos años de cordura, un ahorro de fuerzas, i nos veremos en condiciones de actuar con eficacia. Seamos una perenne amenaza, ya que todavía no podemos ser más. Con nuestro rencor siempre vivo, con nuestra severa actitud de hombres, mantendremos al enemigo en continua zozobra, le obligaremos a gastar oro en descomunales armamentos i agotaremos sus jugos. Un día de progreso en el Perú es una noche de pesadilla en Chile.

Hablar de revancha inmediata, de próxima revindicación a mano armada, toca en delirio; lo seguro, lo cuerdo, estriba en apercibirse para la obra de mañana. Trabajemos con la paciencia de la hormiga, i acometamos con la destreza del gavilán. Que la co-

dicia de Chile engulla huano i salitre; ya vendrá la hora de que su carne coma hierro i plomo.

Dejemos a otros el soñar revindicaciones sin combates o evoluciones sin víctimas, i pensemos que lo malo no está en derramar sangre, sino en derramarla infructuosamente. Los pueblos no cuentan con más derechos que los defendidos o conquistados con el hierro; i la libertad nace en las barricadas o campos de batalla, no en protocolos diplomáticos ni ergos i distingos de los doctores de Salamanca.

Digan lo que digan ilusos i sentimentales, quien vence, vence. El vencedor, aunque pulverice al vencido i cometa delitos de lesa humanidad, deslumbra i seduce al mundo. En la mascarada de la historia, todo crimen con l'aureola del buen éxito se conquista el nombre de virtud.

Si algo cuesta salir vencido, respondan los habitantes de Iquique i Tarapacá, condenados a vivir de huéspedes en su propia casa; respondan los de Arica i Tacna, destinados a esperar dudoso rescate, como navegantes cautivados por piratas arjelinos.

Nosotros, que vemos el Sol sin que nos dé sombra la figura del invasor, no alcanzamos a imajinar la reprimida cólera de los peruanos sometidos a la dominación de Chile. Ellos confían i esperan en nosotros. No hablan; pero en silencio nos tienden los brazos, en silencio vuelven los ojos hacia nosotros, en silencio paran el oído aguardando escuchar el rumor de nuestros pasos. Como la Polonia de Victor Hugo, las poblaciones del Sur esperan, i esperan, i nadie va.

Y ¿quién ha de ir? Antes que nosotros vayamos

hacia ellas, alguien regresará contra nosotros. Chile n'olvida el camino del Perú, volverá. I sus venidas son de temerse, porque recuerdan las invasiones de los hunos i las razzías de los árabes: él destruye todo lo inmueble, desde la casa del rico hacendado hasta la choza del pobre indio; él traslada a Santiago todo lo mueble, desd'el laboratorio de la escuela hasta el urinario de la plaza pública. Quien fabrique un'habitación, trabaje una mina o siembre un campo, debe pensar que fabrica, trabaja o siembra para Chile. La madre que se regocije con su hijo primojénito, debe pensar que ha de verle acribillado por balas chilenas; el padre que s'enorgullezca con su hija predilecta, debe pensar que ha de verla violada por un soldado chileno.

Mientras se desgalgue la segunda invasión, atengámonos a ver en todas nuestras cuestiones financieras o internacionales la solapada intervención de Chile, cuando no la injerencia escandalosa i las órdenes conminatorias. Resuelto el problema de Arica i Tacna, suscitará nuevas complicaciones para mantenernos en continuo jaque; i el dia que aparente olvidarnos o finja sentimimientos benévolos, será cuando piense más en nosotros i fragüe mayores perfidias en nuestro daño. No satisfecho con habernos herido i espoliado ni con hacernos sentir a cada momento la humillación de la derrota, Chile buscará frívolos achaques para denigrarnos i acometernos, porque persigue la obra sistemática i brutal de imprimirnos en la cara un afrentoso estigma, de clavarnos un puñal en el corazón.

1888.

---

15 DE JULIO

I

La mejor manera de honrar la memoria de los hombres sacrificados por una idea consiste en imitar su ejemplo, no en lamentarse como plañideras ni en rezar como cartujos. Nos haríamos dignos de Bolognesi i Grau, si en vez de limitarnos a enterrar montones de polvo i huesos, sepultáramos hoi todas nuestras miserias i todos nuestros vicios. Los vivos seríamos superiores a los muertos, si trazáramos una línea de luz i dijéramos : aquí termina un pasado de ignominias, aquí empieza un porvenir de rejeneración.

Un soplo de ira sacude el corazón más indiferente

al recordar que todo sacrificio fué inútil, al ver que hoi se reduce a procesión fúnebre lo que pudo ser una marcha triunfal hacia l'apoteosis.

Cuando el 2 de Mayo conducíamos al cementerio los cadáveres de nuestros guerreros, destrozados por las bombas españolas, no parecíamos una muchedumbre de sombras escoltando una caravana de ataúdes.

En vano queremos regocijarnos con el recuerdo de acciones heroicas, en vano intentamos seducir al mundo con la justicia de nuestra causa i l'alevosía del enemigo implacable: todos escondemos en el pecho la tristeza del derrotado, todos mostramos en la frente la humillación del vencido.

Como los sacerdotes del Paganismo ya decrépito no podían encontrarse cara a cara sin sonreír maliciosamente, así los hijos deste pueblo desmembrado i abatido no podemos mirarnos frente a frente sin sonrojarnos de vergüenza.

Esta fúnebre ceremonia recuerda el careo del criminal con la víctima. Estos muertos, si nos honran i nos vindican, también nos acusan. Si estérilmente se sacrificaron ¿de quién fué la culpa?

Más que recordar acciones mil veces recordadas, más que ensalzar nombres mil veces ensalzados, convendría pensar en estos momentos por qué caímos al abismo cuando podíamos estar de pie sobre la cumbre, por qué fuimos vencidos cuando teníamos derecho i obligación de vencer, por qué no marchamos hoi por el camino de la revindicación i la venganza.

Pero ¿a qué salpicar de lodo la cara de los vivos mientras cubrimos de flores la tumba de los muertos?

Sepultemos con amor a los buenos que nos honran, dejemos en paz a los malos que nos envilecieron i nos envilecen.

II

Todos habríamos deseado que la traslación de nuestros muertos se hubiera reducido a ceremonia de familia ; pero la Diplomacia no lo quiso : el hermano en duelo tuvo que verse entre los restos del hermano asesinado i l'aborrecida figura del matador. Nuestro enemigo acaba d'enviarnos con ironía sangrienta a los mismos que en el campo de batalla negaron cuartel al prisionero i al herido, a los mismos que en el templo bendijeron i glorificaron el robo, el asesinato i el incendio.

Chile, como el tirano que mataba sus mujeres i después saciaba en el cadáver su apetito de fiera con delirio jenesiaco, chupó ayer nuestra sangre, trituró nuestros músculos, i quiere hoi celebrar con nosotros un contubernio imposible, sobre el polvo de un cementerio.

No creamos en la sinceridad de sus palabras ni en la buena fe de sus actos : hoi se abraza contra nosotros para con la fuerza del abrazo hundir más i más el puñal que nos clavó en las entrañas. Dejemos ya de alucinarnos : en nuestro enemigo, el hábito de aborrecernos se ha convertido en instinto de raza. En el pueblo chileno, la guerra contra el Perú se parece a la guerra santa entre musulmanes : hasta las piedras de las calles se levantarían para venir a gol-

pear, destrozar i desmenuzar nuestro cráneo. Chile, como el Alejandro crapuloso en el festín de Dryden, mataría siete veces a nuestros muertos; más aún: como el Otelo de Shakspeare, se gozaría en matarnos eternamente.

Aquí, al rededor destos sepulcros, debemos reunirnos fielmente, no par'hablar de confraternidad americana i olvido de las injurias, sino para despertar el odio cuando se adormezca en nuestros corazones, para reabrir i enconar la herida cuando el tiempo quiera cicatrizar lo que no debe cicatrizarse nunca.

Tenderemos la mano al vencedor, después que una jeneración más varonil i más aguerrida que la jeneración presente haya desencadenado sobre el territorio enemigo la tempestad de asolación que Chile hizo pasar sobre nosotros, después que la sangre de sus habitantes haya corrido como nuestra sangre, después que sus campos hayan sido talados como nuestros campos, después que sus poblaciones hayan ardido como nuestras poblaciones.

Entre tanto, nada de insultos procaces, de provocaciones insensatas ni d'empresas aventuradas o prematuras; pero tampoco, nada de adulacionos i bajezas, nada de convertirse los diplomáticos en lacayos palaciegos, ni los presidentes de la República en humildes caporales de Chile. Vamos creciendo lentamente, ocultamente, como el banco de corales en las inmensidades del Océano. En la escuela, en el taller, en el cuartel, en el hogar, en todas partes, sembremos grano a grano la buena semilla. Acumulemos gota a gota el deseo de la revancha; i cuando

las gotas hayan formado un mar i tenga fuerza nuestro brazo i esté cultivada nuestra intelijencia... entonces cumplamos con nuestro deber.

Recordemos que al vencido le queda un sólo consuelo : no esperar clemencia del vencedor. Seamos prácticos : n'olvidemos que las repúblicas rejidas por espíritu de vagas teorías son mujeres jóvenes i ardorosas condenadas a las estériles caricias de un viejo impotente. Abramos los ojos si no queremos que la jeneración naciente sea mañana lo que nosotros somos hoi : enterradores de muertos i lamentadores de infortunios.

En fin, no imajinemos que con haber agotado las flores de los jardines, las figuras de la Retórica i los responsos de la Liturjia, hemos hecho cuanto un pueblo tiene que hacer por la memoria de sus buenos hijos. Hoi celebramos una ceremonia provisional. Los funerales de Atila fueron batallas sangrientas. El funeral digno de Grau i Bolognesi le celebraremos mañana, es decir, le celebrará la jeneración gloriosa que gane a Chile la batalla campal, que nos devuelva Arica i Tacna, Iquique i Tarapacá.

1890.

TERCERA PARTE

VIJIL

I

Francisco de Paula González Vijil nació en Tacna el 13 de Setiembre de 1792.

En los *Apuntes acerca de mi vida*, o breve autobiografía inédita que redactó en Diciembre de 1867, dice:

« Mis padres fueron el señor don Joaquín González » Vigil y la señora doña Micaela Yáñez. Era yo el pri- » mogénito de mis hermanos, y por esta circuns- » tancia me dedicaron mis padres al estudio.

» Recibí la beca en el seminario conciliar de Are- » quipa el 16 de Julio de 1803, cuando era obispo el » señor Chávez de la Rosa, insigne protector, padre

dicia de Chile engulla huano i salitre; ya vendrá la hora de que su carne coma hierro i plomo.

Dejemos a otros el soñar revindicaciones sin combates o evoluciones sin víctimas, i pensemos que lo malo no está en derramar sangre, sino en derramarla infructuosamente. Los pueblos no cuentan con más derechos que los defendidos o conquistados con el hierro; i la libertad nace en las barricadas o campos de batalla, no en protocolos diplomáticos ni ergos i distingos de los doctores de Salamanca.

Digan lo que digan ilusos i sentimentales, quien vence, vence. El vencedor, aunque pulverice al vencido i cometa delitos de lesa humanidad, deslumbra i seduce al mundo. En la mascarada de la historia, todo crimen con l'aureola del buen éxito se conquista el nombre de virtud.

Si algo cuesta salir vencido, respondan los habitantes de Iquique i Tarapacá, condenados a vivir de huéspedes en su propia casa; respondan los de Arica i Tacna, destinados a esperar dudoso rescate, como navegantes cautivados por piratas arjelinos.

Nosotros, que vemos el Sol sin que nos dé sombra la figura del invasor, no alcanzamos a imajinar la reprimida cólera de los peruanos sometidos a la dominación de Chile. Ellos confían i esperan en nosotros. No hablan; pero en silencio nos tienden los brazos, en silencio vuelven los ojos hacia nosotros, en silencio paran el oído aguardando escuchar el rumor de nuestros pasos. Como la Polonia de Victor Hugo, las poblaciones del Sur esperan, i esperan, i nadie va.

Y ¿quién ha de ir? Antes que nosotros vayamos

hacia ellas, alguien regresará contra nosotros. Chile n'olvida el camino del Perú, volverá. I sus venidas son de temerse, porque recuerdan las invasiones de los hunos i las razzías de los árabes: él destruye todo lo inmueble, desde la casa del rico hacendado hasta la choza del pobre indio; él traslada a Santiago todo lo mueble, desd'el laboratorio de la escuela hasta el urinario de la plaza pública. Quien fabrique un'habitación, trabaje una mina o siembre un campo, debe pensar que fabrica, trabaja o siembra para Chile. La madre que se regocije con su hijo primojénito, debe pensar que ha de verle acribillado por balas chilenas; el padre que s'enorgullezca con su hija predilecta, debe pensar que ha de verla violada por un soldado chileno.

Mientras se desgalgue la segunda invasión, atengámonos a ver en todas nuestras cuestiones financieras o internacionales la solapada intervención de Chile, cuando no la injerencia escandalosa i las órdenes conminatorias. Resuelto el problema de Arica i Tacna, suscitará nuevas complicaciones para mantenernos en continuo jaque; i el día que aparente olvidarnos o finja sentimimientos benévolos, será cuando piense más en nosotros i fragüe mayores perfidias en nuestro daño. No satisfecho con habernos herido i espoliado ni con hacernos sentir a cada momento la humillación de la derrota, Chile buscará frívolos achaques para denigrarnos i acometernos, porque persigue la obra sistemática i brutal de imprimirnos en la cara un afrentoso estigma, de clavarnos un puñal en el corazón.

1888.

---

15 DE JULIO

I

La mejor manera de honrar la memoria de los hombres sacrificados por una idea consiste en imitar su ejemplo, no en lamentarse como plañideras ni en rezar como cartujos. Nos haríamos dignos de Bolognesi i Grau, si en vez de limitarnos a enterrar montones de polvo i huesos, sepultáramos hoi todas nuestras miserias i todos nuestros vicios. Los vivos seríamos superiores a los muertos, si trazáramos una línea de luz i dijéramos : aquí termina un pasado de ignominias, aquí empieza un porvenir de rejeneración.

Un soplo de ira sacude el corazón más indiferente

al recordar que todo sacrificio fué inútil, al ver que hoi se reduce a procesión fúnebre lo que pudo ser una marcha triunfal hacia l'apoteosis.

Cuando el 2 de Mayo conducíamos al cementerio los cadáveres de nuestros guerreros, destrozados por las bombas españolas, no parecíamos una muchedumbre de sombras escoltando una caravana de ataúdes.

En vano queremos regocijarnos con el recuerdo de acciones heroicas, en vano intentamos seducir al mundo con la justicia de nuestra causa i l'alevosía del enemigo implacable : todos escondemos en el pecho la tristeza del derrotado, todos mostramos en la frente la humillación del vencido.

Como los sacerdotes del Paganismo ya decrépito no podían encontrarse cara a cara sin sonreír maliciosamente, así los hijos deste pueblo desmembrado i abatido no podemos mirarnos frente a frente sin sonrojarnos de vergüenza.

Esta fúnebre ceremonia recuerda el careo del criminal con la víctima. Estos muertos, si nos honran i nos vindican, también nos acusan. Si estérilmente se sacrificaron ¿de quién fué la culpa?

Más que recordar acciones mil veces recordadas, más que ensalzar nombres mil veces ensalzados, convendría pensar en estos momentos por qué caímos al abismo cuando podíamos estar de pie sobre la cumbre, por qué fuimos vencidos cuando teníamos derecho i obligación de vencer, por qué no marchamos hoi por el camino de la revindicación i la venganza.

Pero ¿a qué salpicar de lodo la cara de los vivos mientras cubrimos de flores la tumba de los muertos?

» vincia de mi nacimiento; asistí á las juntas pre-
» paratorias, y no firmé la representación que hicie-
» ron cincuenta y dos diputados pidiendo que se
» suspendiera la instalación del Congreso, como su-
» cedió...

» En 1827 fuí elegido nuevamente diputado, y
» aunque mi salud no se hallaba en buen estado,
» concurrí á las sesiones que acabaron en 1828. Es-
» cribí algunos artículos en el *Eco de la Opinión*.
» Concluído el Congreso, navegué para Chile en
» busca de la salud, contando con lo que había eco-
» nomizado de las dietas de diputado, y regresé á Tac-
» na en 1830.

» Elegido diputado en 1831 para el Congreso de
» 1832, fuí a Arequipa, pues el Supremo Gobierno
» me había nombrado rector del Colegio de la Inde-
» pendencia. Recibí en la universidad de San Agus-
» tín de Arequipa el grado de doctor en derecho, por
» haber sido de los miembros fundadores de la *Aca-*
» *demia lauretana*. De Arequipa vine á Lima por la
» segunda vez, como miembro de la Cámara de di-
» putados, y entonces se hizo la acusación en que tu-
» vimos parte veintidos diputados (1832).

» En 1833 fuí elegido diputado á la Convención
» por mi provincia y por la de Arequipa. Escribí en
» el *Constitucional* de esa época; y confieso ahora,
» arrepentido y avergonzado, que me dejé llevar de
» la exaltación de partido, como lo he notado en el
» ejemplar de la Biblioteca y otro mío, número 20, el
» 15 de febrero de 1834...

» En Tacna hice oposición el 14 de Marzo de 1836
» en una junta pública, al conato de varios sujetos

» para que la provincia se separase de la capital de
» la República y de la del departamento y se pusiese
» bajo la protección del General Santa Cruz, Presi-
» dente de Bolivia, que se hallaba de auxiliar en el
» Perú.

» En 1839, después de la victoria de Yungay y la
» caída de la Confederación, contradije al comisiona-
» do del Prefecto de Arequipa, que llevaba el encar-
» go de trabajar en reducir el nuevo departamento
» á su antiguo estado, reincorporando sus provin-
» cias al departamento de Arequipa... Poco después
» fuí conducido por soldados, para ir al destierro,
» de orden del General que entonces ejercía poder
» absoluto en el Sur; lo que tuvo la aprobación del
» Presidente Gamarra: me creyeron cómplice en la
» Confederación... El 28 de Julio zarpó para Valpa-
» raíso el buque que nos llevaba desterrados.

» De Chile volví á Tacna en Enero de 1840 ».

L'actividad en la vida pública de Vijil terminó por 1848 cuando vino por segunda vez a desempeñar en Lima el cargo de bibliotecario. Tenía ya concluída la primera parte de su obra *Defensa de l'autoridad de los Gobiernos contra las pretensiones de la Curia romana*, i de ahí en adelante, vivió esclusivamente consagrado a sus estudios predilectos i publicación de sus escritos.

No quiere ya mezclarse en la política militante i hasta s'esquiva de intervenir en las discusiones parlamentarias, alegando por escusa el mal estado de su salud. Así, en 1851 asiste mui poco a las sesiones del Congreso i en 1866 s'exime de admitir la senaduría. Quién sabe sentía el prematuro cansancio de

la edad, quién sabe estaba desengañado de la vida pública. Habían trascurrido algunos años desde la Independencia i se cumplía la predicción de Bolívar: « Estos países caerán infaliblemente en manos de la » multitud desenfrenada para pasar después á las de » tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y » razas, devorados por todos los crímenes y estin- » guidos por la ferocidad ».

Aunque fué ocho veces electo diputado i una vez senador, aunque luchó con denuedo i enerjía en las Cámaras o fuera dellas, Vijil nunca figuró en sitio culminante ni pudo ejercer acción decisiva i capital sobre los graves acontecimientos del país. Con su carácter de clérigo laico se había colocado en situación delicadísima. En pueblos como Francia, un Lakanal es miembro de l'Academia de Ciencias, un Daunou *par*, un Sieyès *director* i *cónsul;* pero en naciones como el Perú, el clérigo que rompe con la Iglesia vive condenado al aislamiento, a una especie de secuestro social. Dichoso si le dejan morir en calma. Vijil ministro de justicia, Vijil vocal de una corte, Vijil presidente de la República, habría suscitado una oposición jeneral. Por eso, mientras clérigos públicamente simoniacos i libertinos, pero ortodojos, eran ministros i obispos, él, públicamente impecable, pero heterodojo, murió de simple bibliotecario.

Con sus ideas políticas no produjo tanto ruido como con sus ideas relijiosas: se manifestó siempre republicano moderado, liberal a estilo de los revolucionarios franceses de 1848. Defendió la libertad de consciencia, la tolerancia de cultos, el matrimonio

civil i el divorcio; pero siempre tuvo la concepción romana del Estado omnipotente. Así, al quitar a la Iglesia los privilejios i l'autoridad suprema sobre las consciencias, no lo hacía tanto para emancipar completamente al individuo cuanto para consolidar i ensanchar el poder del Estado.

Cómo siempre sostuvo las mismas convicciones, cómo permaneció firme i leal mientras sus antiguos correlijionarios cedían i prevaricaban, se rodeó de inmenso prestijio, aunque no de muchos discípulos o imitadores. Mil aplaudían su actitud i le daban razón; nadie le imitaba o le seguía. Confinado en su biblioteca, representaba el papel de jefe honorario de un partido liberal sin liberales, como quien dice, jeneral de un ejército sin soldados.

III

Pero al ahuyentarse de l'arena política, Vijil no se ntrodujo en campo más tranquilo. A las ajitaciones del hombre público sucedieron las penuarias del escritor, el ímprobo afán de años enteros en conseguir recursos para costear la impresión de sus libros. Su primera obra, empezada en 1836 i concluída en 1845, no pudo salir a luz hasta 1848 i 1849.

« En 1845, dice en los *Apuntes*, vine por la cuarta » vez á Lima á buscar suscripciones para imprimir » la primera parte de la obra, interrumpida en el » destierro y concluída en Tacna después del re- » greso.

« Mucho he sufrido en la impresión de mis escri-
» tos por falta de fondos para costearla. Muchas ver-
» güenzas he pasado. Escribía á sujetos de esta capi-
» tal y de fuera de ella para que me hiciesen el favor
» de buscarme suscripciones; y como éstas no alcan-
» zaron a los gastos hechos, quedé adeudado y tuve
» que enajenar dentro de la familia la parte que me
» tocaba entre mis hermanos para pagar á mis acree-
» dores...

» Publicada la obra en 1848 y 1849, la condenó en
» un *breve* especial el papa Pío IX á solicitud del
» del señor arzobispo de esa época. Con motivo de la
» condenación escribí una carta al Papa i analicé su
» *breve*: la carta y el análisis fueron condenados por
» la Congregación del Indice, lo que fué plenamente
» aprobado por el Pontífice. »

Dos condenaciones seguidas: no bastó más para que Vijil se convirtiera en objeto de admiración para unos i materia d'escándalo para otros. Un hereje que, en lugar de amilanarse con los anatemas, erguía la cabeza i s'encaraba con el Sumo Pontífice, era cosa nunca vista en el Perú. Olavide no había sido más que un hereje inédito, un impío de salón, un seudo filósofo que terminó por arriar bandera i cantar la palidonia.

Soportando los insultos i calumnias de la *jente santa*, sin protección alguna de los Gobiernos, atenido a sus propias fuerzas, Vijil continuó por más de veinticinco años en su obra de propagandista i defensor del Estado contra la Iglesia. Los *Apuntes* contienen la enumeración de sus principales trabajos.

« En 1852 publiqué el *Compendio* de la obra con-

» denada y un cuaderno de *Adiciones a la Defensa* » *de la autoridad de los Gobiernos contra las preten-* » *siones de la Curia romana*, á que siguió luego la » condenación.

» En 1856 publiqué la segunda parte *Defensa de* » *la autoridad de los Obispos*, y en 1857 su *Compen-* » *dio*, así como la *Ojeada al Equilibrio*, segunda » edición aumentada de la que hice en 1853...

» En 1858 hice publicar en Bruselas un volumen » contra la *Bula dogmàtica* de 8 de Diciembre de 1854.

» En 1859 compuse y se publicó el *Catecismo pa-* » *triótico*. En 1861 el *Compendio de los Jesuitas*. » En 1862 el tomo primero de los *Opúsculos socia-* » *les y potíticos;* otros se hallan impresos separada- » mente ó en periódicos y la mayor parte inéditos. » Escribí en el *Constitucional* de 1858; en la *América* » y en la *Democracia* de 1862. En 1863 publiqué la » obra de los *Jesuítas*. Publicados están igualmente » en 1863 cinco opúsculos sobre tolerancia y libertad » civil de cultos y otro en defensa de los anteriores; » corren éstos en un volumen.

» También en 1863 publiqué un *Manual de De-* » *recho público eclesiástico para el uso de la juven-* » *tud americana* y unos *Diálogos sobre la existencia* » *de Dios y de la vida futura*. Uno y otro trabajo fue- » ron condenados por la Congregación del Indice el » 25 de Abril de 1864, lo que fué aprobado por el » papa Pío IX el 29 del mismo mes. Con motivo de » la condenación de los *Diálogos*, en que defendí la » existencia de Dios y de la vida futura, tengo escrita » una segunda carta a Pío IX, que no he querido re- » mitírsela.

» En 1867 he trabajado la impugnación de un fo-
» lleto intitulado *Examen comparativo de la monar-*
» *quia y de la república*. Además un *Bosquejo histó-*
» *rico de Bartolomé de las Casas*, *Defensa de Bossuet*
» *y de Fenelón*, y varios opúsculos sobre diferentes
» acontecimientos del año. »

Como se ha visto ya, Vijil redactó los *Apuntes* en Diciembre de 1867; pero algunos años después, agregó esta nota bibliográfica:

» Posteriormente se ha publicado un volumen en
» 1871 que contiene mis tres cartas á Pío IX, la pri-
» mera con motivo de la condenación de la *Defensa*
» *de la autoridad de los Gobiernos*, la segunda por la
» condenación de los *Diálogos*, i la tercera á conse-
» cuencia de la Infalibilidad. Contiene varios docu-
» mentos al caso. »

Deja inédita una obra capital en que, apartándose de cuestiones canónicas i curialísticas, se muestra francamente racionalista i refuta uno por uno todos los dogmas católicos, desde el pecado orijinal hasta la divinidad de Jesucristo. Libro pesado en la forma i poco nuevo en el fondo, no hará olvidar las obras conjéneres de Peyrat, Larroque i principalmente de Strauss. Publicado hoi, a los veinte o veinticinco años d'escrito, después de los profundos trabajos emprendidos por alemanes, ingleses i franceses, el libro produciría entre los eruditos i exejetas europeos el mismo efecto que la resurrección de un hombre muerto en el siglo XVI.

Pero, si la obra inédita no encierra el mérito de la novedad, conserva gran valor documentario para conocer la evolución sicolójica del autor i esplicar-

nos su modo de proceder en la tarea de propagandista.

Dice en el *Prólogo:*

« En un campo limpio y llano basta el riego y el » arado con algunas operaciones más, para echar la » semilla del fruto que se intenta recoger; pero cuando » hay árboles, plantas y malezas que es preciso des» cuajar, ha de preceder otra suerte de trabajo, á » veces duro y prolongado, hasta llegar al objeto prin» cipal.

» Estas reglas fundadas en la prudencia me han ser» vido de guía en mis estudios y en los trabajos que » he emprendido en servicio de mi patria y de toda la » América. En países católicos, donde hay una creen» cia profundamente arraigada y la religión católica » ocupa lugar entre las leyes fundamentales del Es» tado, no es dable ni conveniente y pudiera ser en » extremo perjudicial emitir la última idea que se » tiene en el ánimo, emitirla exabrupto; lo que á más » de acarrear escándalo y gran perturbación en las » consciencias, produciría un efecto contrario al que » se intentaba y retardaría en vez de verificar su rea» lización »

« Por tanto, quise proceder gradualmente. »

Vijil en su evolución relijiosa se despojó de las creencias católicas; pero quedó confinado en una especie de cristianismo liberal o vago teísmo cristiano. Al decir que « dejó al clérigo entregado a » los teólogos i se quedó de hombre », tuvo por conveniente agregar: « aunque siempre cristiano, por» que el Evangelio es la relijión de todo hombre de » bien, pero como estaba en la cabeza y en el corazón

» de Jesucristo. » En sus *Diálogos*, más dignos del padre Almeida que de Platón, defiende con tanto ahinco la existencia de Dios i la inmortalidad del alma, descubre tanta confianza en el poderío de sus razones, que el lector menos maligno disfruta el placer de sonreírse, ya que no tiene la felicidad de convencerse.

Ante las formidables acometidas de los revolucionarios modernos contra el orden social i relijioso, los ataques del heterodojo peruano parecen el tiro de un mosquete junto a la descarga de un cañón Krupp. Sin embargo, en este pueblo de secular fanatismo español, los escritos de Vijil pasan hoi mismo por atrevidas novedades, aparecen como trochas en el corazón de una selva primitiva.

IV

Al revés de Olavide, que en los últimos años vivió tristemente, viéndose desdeñado por los ortodojos como antiguo apóstata i por los heterodojos como nuevo prevaricador, Vijil tuvo una vejez honrosa i se conquistó la suprema gloria que apetece un anciano, verse respetado i creído. Cómo desde sus primeros años supo rodearse de simpatía, cómo logró imponerse con su austeridad i buena fe, no sufrió persecuciones i pudo ejercer libremente su propaganda o apostolado solitario.

Murió en Lima el 9 de Junio de 1875. Los sacerdotes asediaron su agonía par'arrancarle una re-

tractación *in extremis* o tener ocasión de inventarla; pero él rechazó todas las insinuaciones i murió laicamente, « en los brazos del buen Jesús », como repetía en los últimos momentos.

Temeroso alguna vez de que su cadáver fuera objeto de profanaciones, había designado como sepulcro la isla de San Lorenzo hasta que sus restos pudieran ser trasladados a Tacna. Pero sus temores no se realizaron; Lima en 1875 no era ya el Lima que algunos años antes apedreaba en las calles a los diputados que en la Convención defendían la libertad de cultos. Como algunas provincias de la República, sin amedrentarse con los anatemas de Pío IX elejían representante de la nación al escomulgado; así el pueblo de la Capital, sin oír las imprecaciones clericales, condujo en hombros el cadáver del impenitente.

I el pueblo tuvo razón: pocas vidas tan puras, tan llenas, tan dignas de ser imitadas, como la vida de Vijil. Puede atacarse la forma i el fondo de sus escritos, puede tacharse hoi sus libros de anticuados o insuficientes, puede, en fin, derribarse todo el edificio levantado por su intelijencia; pero una cosa permanecerá invulnerable i de pie, el hombre.

Vijil consumió en el estudio los dilatados años de su existencia, se mantuvo libre de miserias en un' atmósfera saturada de todas las malas pasiones i atravesó ileso las vergonzosas épocas de corrupción en que los más fuertes cayeron i los más limpios se mancharon. Cuando llegó la hora de partir a lo Desconocido, se hundió en el sepulcro sin pronunciar una cobarde retractación ni amilanarse con alu-

cinaciones i espejismos de ultratumba. En resumen, supo vivir i morir como filósofo.

Vendiendo su patrimonio para costear la publicación de sus libros, soterrándose por más de treinta años entre los pergaminos de una biblioteca, luchando sin miedo ni jactancia para llevar a cabo la magna empresa de secularizar la vida, trabajando constantemente en dar luz a los miopes del entendimiento i vigor a los enfermos de la voluntad, contestando cortésmente o con leves ironías a los ataques brutales de la superstición i la ignorancia, se presenta como un ejemplo i también como un'acusación.

Lutero, al romper con la Iglesia, sintió una incesante cólera, interrumpida por gritos de un remordimiento que le hacía envidiar a los muertos; Vijil, al perder las creencias de los primeros años, conservó la injénita mansedumbre de carácter. Bastaba contemplar una sola vez su fisonomía para convencerse que había matado el odio en su corazón. Pero no hai que atribuír su imperturbable mansedumbre a timidez o cobardía: bajo l'apacibilidad del semblante, ocultaba la fortaleza del hombre manso. El supo encararse con Santa Cruz, Gamarra i Castilla cuando muchos enmudecían i temblaban. Como escritor, figura en el número de los osados i valientes. Atacar el fanatismo en sociedad de fanáticos ¿no vale tanto como salir a la barricada o al campo de batalla?

Entre sus muchas cualidades resaltaba « la enerjía » moral de la voluntad. » Nunca se abatió. En las épocas de mayor producción cerebral tuvo que lu-

char con su propia naturaleza débil i enfermiza. Postrado en cama, acometido de constantes hemorrajias, acosado por fuertes dolores neuráljicos, pensaba i producía sin tener aliento para redactar sus ideas. Obligado a permanecer horas enteras inmóvil i d'espaldas, ni áun podía leer. Entonces le servía de plumario i lector un muchacho hemipléjico, ignorantísimo, que en la escritura empleaba una ortografía bárbara, i en la lectura de libros franceses o latinos una pronunciación estrafálaria.

Al tratarse de Vijil, sus adversarios pronuncian como argumento máximo la misma palabra que ayer escucharon Lutero i Calvino, que hoi escuchan Renan i el padre Jacinto, apostasía. Cargo pueril: si los hombres maduros no se hubieran despojado de los errores adquiridos en la niñez ni de las ilusiones forjadas en la juventud, la Humanidad no habría salido de cavernas i bosques. El fanático, olvidando que nada definitivo hai en el pensamiento del hombre, se inmoviliza en una secta o partido; mientras el verdadero pensador evoluciona incesantemente, considerando toda creencia política o relijiosa como hipótesis provisional.

Se debe acusar a Vijil por exajeración de las buenas cualidades, no por esceso de las malas. Era un altruísta con subido color de optimismo. Poseía sencillez infantil que no le dejaba ver lo ridículo de ciertas acciones o palabras. Sólo por inefable candor pudo haber escrito al fin de los *Apuntes :*

« Si mis trabajos fueran en adelante apreciados ó
» mereciesen alguna consideración, yo pido en re-
» compensa á los gobernantes de mi patria que sir-

» van lealmente y hagan felices á unos pueblos tan » digno de serlo por muchos títulos ».

Gobernantes i gobernados no tendrán su *vademecum* en las obras de Vijil, porque jeneralmente pecan de indijestas, porque no poseen la majia del estilo : más que leídas i estudiadas, serán discutidas i citatadas de segunda mano. Pero, leídas o no, su autor merece un grato recuerdo : los hombres que en el Perú combatan por la Razón i la Ciencia contra la Fe i la ignorancia, deben agradecer mucho al verdadero precursor, al viejo soldado que allanó el camino, que luchó en la vanguardia, que dió i recibió los primeros golpes.

En fin, por la fortaleza de carácter, por la sinceridades de convicciones, por lo inmaculado de la vida, Vijil redime las culpas de toda una jeneración. No tuvo rivales ni deja sucesores, i descuella en el Perú como solitaria columna de mármol en las orillas de un río cenagoso.

1890

INSTRUCCION LAICA

> Je ne veux pas que les prêtres se mêlent de l'éducation publique.
>
> Napoleón.

I

Cojamos un plano de Lima, señalemos con líneas rojas los edificios ocupados por congregaciones relijiosas, como los médicos marcan en el mapamundi los lugares invadidos por una epidemia, i veremos que nos amenaza irrresistible inundación clerical. Padres de los Sagrados Corazones, Redentoristas, Salesianos, Jesuítas i Descalzos, todos fundan o se preparan a fundar escuelas. Hasta nuestros viejos i moribundos conventos pugnan por rejuvenecerse i revivir para constituírse en corporaciones docentes.

De la Capital, las congregaciones irradian a toda la República : reinan en Arequipa, dominan en Caja-

marga, invaden Huánuco, s'estienden a Puno, i terminarán por adueñarse de las últimas rancherías o pagos. Todo con tolerancia de Congresos, anuencia de Gobiernos i beneplácito de Munipalidades i Beneficencias.

Nuestros obispos, que todavía guardan en sus cerebros el pliegue de la edad media, no estiman el mérito de la propaganda tolerante i se hacen odiosos con la intransijencia del sectario; pero el sacerdote estranjero, que viene amaestrado con la esperiencia de pueblos más cultos i obedece a la consigna de corporaciones bien organizadas, procede con dulzura i miramientos, con lentitud i cautela. Avanza dos pasos i retrocede uno. Evita discordias, no ataca de frente, i jamás se impacienta porque confía en el auxilio del tiempo: *patiens quia æterna.*

Todos los sacerdotes estranjeros van al mismo fin i se valen de iguales medios, desd' el Visitador domínico hasta el Delegado apostólico, desd'el azucarado padre francés que representa la metamórfosis masculina de madame de Pompadour, hasta el grotesco fraile catalán que personifica la evolución mística del torero.

Trabajan como las hormigas blancas en el maderaje de una casa o las madréporas en las aguas del mar; notamos la magnititud de la obra cuando las vigas se desploman sobre nuestra cabeza o el arrecife despedaza la quilla de nuestro buque.

Repitiendo con Leibniz que « el dueño de la edu» cación es dueño del mundo », quieren apoderarse del niño, i han empezado por casi monopolizar en Lima la educación de las mujeres.

Los colejios dirijidos por señoras laicas viven difícil i precariamente, porque las madres de familia prefieren que sus hijas s'eduquen en el Sagrado Corazón, los Sagrados Corazones o el Buen Pastor. Sin embargo, las directoras desos planteles renombrados hacen de las niñas todo lo que se quiera, reinas o cortesanas, menos buenas esposas i buenas madres. La moral de las monjas se reduce al cultivo de la vanidad; la relijión, a la inconsciente repetición de ceremonias supersticiosas; la ciencia, a nada o cosa que vale tanto como la moral i la relijión. Una señorita, con diploma de tercer grado, sabe de Jeografía lo suficiente para ignorar si a Calcuta se va por mar o por tierra, i conoce de idiomas lo indispensable para chapurrar un francés de Gascogne o balbucir un inglés del Canadá. Eso sí, todas las jóvenes educadas por monjas salen eximias bordadoras en esterlín: bordan zapatillas para el papá, que no las usa, i relojeras para el hermano, que no posee reloj.

Hai más: todos esos colejios, fundados so capa de instruir a las mujeres, tienen por fin la propaganda relijiosa más o menos fanática. Ajentes de corporacios masculinas, las monjas o madres colaboran en una obra que talvez no conocen a fondo. El clero no aparece muchas veces, pero se deja sentir siempre. Los clérigos en la sociedad recuerdan a los cuerpos opacos en el Firmamento: aunque no se descubren a la vista, manifiestan su presencia por las perturbaciones que causan en los astros vecinos.

Hai más aún: monjas i madres no reparan en medio alguno para satisfacer su voracidad de adqui-

rir dinero. Padecen el mal del oro i hasta presentan síntomas de cleptomanía. No sólo esquilman con *estraordinarios* a las familias de las educandas, sino llevan a cabo el réjimen de nutrición homeopática. Alimentadas deficientemente en la época del desarrollo, las niñas no almacenan fuerza para más tarde. Por eso, al concluír su educación, en la flor de la edad, parecen eternamente cansadas, como sumidas en vejez prematura. Tales mujeres ¿ qué pueden concebir al ser madres? una prole anémica, raquítica, destinada a consumir como artículos de primera necesidad el hierro i el aceite de bacalao. En las familias acomodadas, no estraña ver hoi niños con vientres descolgados i fofos, piernas torcidas, pechos hundidos, espinazos en arco, i lo que más prueba el empobrecimiento de una raza, fisonomías seniles, caras de viejo. Nos amenaza, pues, una evolución a la inversa, un retroceso al tipo ancetral. Pero semejante calamidad no entristece a las *buenas madres* ni a los *buenos padres* : el buen católico no resume la perfección humana en el dicho del antiguo filósofo : « entendimiento sano en cuerpo sano ».

Con la educación de los hombres no sucede cosa mejor.

Los niños, contaminados con el mal ejemplo de un hogar invertido i fanático, van a colejios de clérigos donde acaban de malearse, o a colejios de seglares donde no logran correjirse.

Estos últimos niños forman el menor número,

pues hasta los individuos que hacen gala de incrédulos, ceden a las influencias de familia i no vacilan en confiar sus hijos a los clérigos, imajinándose que el hombre maduro se despoja fácilmente de los errores adquiridos en la infancia.

Cierto, una mala educación primaria se corrije con una buena instrucción media i superior; mas ¿quién las da en el Perú? Aquí no s'educa i apenas se instruye. La enseñanza libre superior no existe, la media i primaria luchan desesperadamente por vivir sufriendo la competencia de los clérigos; la enseñansa oficial, en todos sus ramos, se reduce a inoculación morbosa. Al peruano que termina su instrucción le quedan dos trabajos, si quiere vivir intelectualmente con su siglo: olvidar lo aprendido i aprender de nuevo. Hai que ser *auto pedagogo*.

No puede haber instrucción sólida en país donde no existen escuelas normales, donde todas las lecciones del preceptor se limitan a desgreñada repetición de manuales estractados de obras añejas i recalcitrantes, donde el profesorado, en vez de carrera esclusiva, se considera, particularmente en las universidades, como destino suplementario i de lujo.

¿Quién remedia el mal? ¿El pomposamente llamado *Consejo superior de Instrucción pública?* triste remedo del *Conseil supérieur de l'Instruction publique*, es un cónclave de legos, una camarilla dominada por l'astucia i la charlatanería. ¿Los Ministros de instrucción? más ocupados de las cuestiones políticas que de los intereses sociales, pasan i pasan, como nubes secas, sin dejar un solo buen recuerdo. ¿Los Congresos? tienen bastante con su labor

de aprobar contratos, discutir proyectos que no paran en leyes o dictar presupuestos que no se cumple.

A más, el Gobierno descuida la instrucción industrial i profesional. La *Escuela de artes i oficios* fué convertida en cuartel, el *Instituto de Agricultura* en hacienda de pan llevar. La *Escuela de construcciones civiles i de minas*, con todas sus apariencias de satisfacer una imperiosa necesidad, constituye el mayorazgo de unos cuantos profesores, el privilejio de unos pocos alumnos i el ataque directo a los intereses de la mayoría. ¿Hai acaso derecho de inverter injentes sumas en formar anualmente una docena de injenieros, mientras miles de hombres carecen d'escuelas donde aprender los rudimentos más indispensables?

El fomento de la instrucción científica o superior, a costa de la industrial i primaria, ensancha más el abismo que separa las distintas clases sociales: de un lado están los hombres que saben algo i creen saberlo todo; de otro lado, los que nada saben ni esperan saber. ¿Qué vale la instrucción que se levanta en lugar d'estenderse? Si los privilejiados adquieran ciencia profunda, i por consiguiente humana, servirían de ajentes civilizadores i benéficos; pero no, resultan sabios a medias, con intelijencia suficiente par' aguzar la malicia, sin moralidad necesaria para refrenar los malos instintos: globos a medio inflar, vuelan a ras del suelo, arrancando con el ancla los techos de las casas i las plantas de los sembrios.

Al hablar de las universidades rusas, dice Tolstoi que « preparan, no los espíritus que necesita el jé-

» nero humano, sino los espíritus que necesita una » sociedad pervertida (1) ». De nuestras universidades surjen lejiones de abogados que se lanzan a la política, como los *pabellones negros* se arrojan a los mares de la China. Para nuestros doctores in utroque no hai ciencias de observación i d'esperimento, sino alegatos con *pidos* i *suplicos* : fuera de sus Códigos i de su Práctica forense, nada saben; sin embargo, son nuestra materia prima de donde salen el financista, el diplomático, el pedagogo, el literato i hasta el coronel. Al recibirse de abogado, un hombre obtiene en el Perú diploma de omnisciencia i patente de corso. No merecen un panejírico nuestros militares, llevan sobre la consciencia mui graves delitos; pero, si quiere juzgárseles con imparcialidad, debe recordarse que al oído de todo sátrapa con entorchados zumbó siempre un abogado de alma hebrea i corazón cartajinés.

Si el Foro peruano forjará las armas para contrarrestar la invasión negra, estamos lucidos. Todos nuestros doctores pertenecen a la *Unión católica*, a l'*Adoración perpetua* i a l'*Archicofradía de nuestra Señora del rosario*.

II

Para enseñar Injeniatura, Medicina o Filosofía, buscamos injenieros, médicos o filósofos, mientras para educar personas destinadas a establecer familia

(1) La liberté dans l'école.

i vivir en sociedad, elejimos individuos que rompen sus vínculos con la Humanidad i no saben lo que encierra el corazón de una mujer o de un niño. La educación puede llamarse un enjendramiento síquico: nacen cerebros defectuosos de cerebros mutilados. ¿Cómo formará, pues, hombres útiles a sus semejantes el iluso que hace gala de romper con todo lo humano, de no pertenecer a la Tierra sino al Cielo? Mírese desd'el punto de vista que se le mire, el clérigo carece de los requisitos necesarios para ejercer el majisterio.

Tiene algo rijido, marmóreo i antipático el individuo que vive segregado de sus semejantes i atraviesa por el mundo con la mirada fija en no sabemos qué i la esperanza cifrada en algo que no llega. Ese vacío del corazón sin el amor de una mujer, ese despecho de no ser padre o serlo clandestinamente, hacen del mal sacerdote un alma en cólera, del bueno un insondable pozo de melancolía. Nada tan insoportable como las jenialidades histéricas o las melosidades jemebundas de los clérigos, que poseen todos los defectos de las solteronas i ninguna de las buenas cualidades femeninas: especie de hermafroditas o andrójinos, reúnen los vicios de ambos sexos.

La crónica judicial de las congregaciones docentes prueba con hechos nauseabundos el riesgo de poner al niño en comercio íntimo con el sacerdote. A mayor misticismo i ascetismo del segundo, mayor riesgo del primero. Lo relijioso i lo voluptuoso andan tan unidos que el místico suele concluír por encerrarse en el harén, como el libertino acaba muchas veces por desvanecerse en las nubes. La predilección

de las mujeres por Jesús i de los hombres por María ¿no revela que hasta en la devoción intervienen la voluptuosidad i el sexo? Las penitencias i oraciones actúan como despertadores sensuales. Las santas, al salir de sus éstasis, se retorcían como serpientes en el fuego i rompían en jaculatorias que remedaban los suspiros del orgasmo; los santos eremitas, después de velar noches enteras en arrodillamientos i maceraciones, sentían en su carne las tenazadas de la lujuria i, como leones, rujían al recuerdo de las prostitutas romanas.

Vestidos siempre de negro desde los pies a la cabeza, arropados en la sotana, los clérigos no parecen hombres que se mueven como nosotros, sino ataúdes que marchan solos. Si limpios, son el cuello de mostacillas, los puños de hilo bordado, las hebillas de plata, los polvos de arroz, el almizcle de la mujer pública i todas las frivolidades que patentizan el afeminamiento del sexo; si desaseados, son la barba eternamente a medio crecer, el rostro lubrificado con la grasa de la primera comunión, la lluvia de caspa en los hombros, la uña con el implacable filete oscuro i el olor a mugre revuelta con sudor avinagrado.

Sin embargo, sueñan con cernerse sobre la Humanidad, cómo si hubieran caído de un astro incorruptible i gozaran d'exención divina. Emparedados en su yó, creyéndose superiores a los demás hombres, personifican el orgullo; i cuando quieren mostrarse humildes, s'humildad, como el harapo de Diójenes, deja traslucir la soberbia. I nada más natural: una clase que se juzga en posesión de la ver-

dad, que se cree investida de carácter sagrado, que piensa remitir los pecados del mendigo i del rei, que sueña con hacer bajar a Dios del Cielo, debe rebozar de orgullo i ver a seglares o profanos como seres inferiores.

La Pedagojía clerical se basa en el internado, quiere decir, en la secuestración: secuestración lejos de la familia, par'amortiguar en el niño los afectos naturales; secuestración lejos de la sociedad, par'hacer del niño un ciudadano de Roma i no del Universo; secuestración lejos de la vida, para guiar al niño por la tradición o voz de los muertos.

La enseñanza clerical se funda en el dogma. Como los antiguos hacían jirar planetas, Sol i estrellas al rededor de la Tierra, los sacerdotes hacen moverse todos los conocimientos humanos en torno de la Biblia. Todo lo acomodan, lo achican, lo agrándan, lo vuelven, lo revuelven, lo desfiguran i lo deforman para conformarlo con las sutiles i sofísticas interpretaciones de textos dudosos i oscuros. Tienen una Filosofía ortodoja, una Historia ortodoja, un'Astronomía ortodoja i hasta una Medicina ortodoja. Acostumbrados a vivir en las sombras teolójicas, segregan oscuridad, como el viejo minero de *Jerminal*, que de tanto respirar entre carbón de piedra, concluyó por escupir negro. I esas tinieblas les favorecen, pues « las relijiones, como las luciérnagas, ne» cesitan de oscuridad para brillar (1) ».

(1) Schopenhauer.

Fueron más benefactores de la Humanidad Tales i Pitágoras con sus teoremas que todos los teólogos con sus nebulosas controversias i todos los concilios con sus declaraciones dogmáticas; i sin embargo, los doctores de la Iglesia reconocen con Bellarmino « más ciencia en la cabeza de un párvulo instruído » en el *Catecismo* que en las cabezas de todos los » filósofos paganos i maestros de Israel ».

¿Qué resulta de una enseñanza fundada en el *Catecismo*? El niño abandona desde temprano el mundo real, para vivir en una rejión fantasmagórica. Adaptándose a un medio milagroso donde, en lugar de leyes inmutables, reinan voluntades flexibles, irregulares i arbitrarias, concluye por tomar a lo serio los mitos i leyendas de los libros sagrados, como un campesino puede creer verídicas las novelas de Dumas o vivientes las figuras de una linterna májica. Esas serpientes que discurren con las argucias de un doctor en Jurisprudencia; esos ánjeles que s'entretienen en seducir a las hijas de los hombres, usando las estratajemas de don Juan Tenorio; esos guerreros que en el fragor de una batalla inmovilizan el Sol, de la misma manera que un relojero detiene el péndulo de un cronómetro; ese Dios que hoi crea i mañana se arrepiente de haber creado i compone i recompone su obra, como artista caprichoso i voluble que se divierte en modelar i desbaratar figuras de arcilla plástica; ese Universo, en fin, eternamente perturbado por lo ilójico i lo sobrenatural; ejercen perniciosa influencia en el niño, le acostumbran a lo falso i maravilloso, le hacen concebir posible lo absurdo, le matan en jermen toda concepción sana i

positiva de la Naturaleza, le trasforman en receptáculo pasivo de todos los errores. Los sacerdotes convierten al hombre en una especie de palimsesto : obliteran del cerebro la Razón para grabar la Fe, como los copistas de la edad media borraban del pergamino un discurso de Cicerón para escribir la crónica de un convento.

Por eso, nada más refractario al espíritu de la Ciencia que los cerebros deformados por una educación ortodoja : convencidos de lo absurdo, siguen creyendo « por lo mismo que es absurdo ». Se consigue hacer entrar en razón a mil judíos o mahometanos, primero que a un solo católico. Los buenos creyentes, los católicos rancios, son como esas botellas de vidrio que en su vientre guardan una bola más gruesa que el gollete : hai que romper la botella para sacar la bola.

Lo anticientífico de la educación relijiosa ¿se compensa con lo moral? Pasó ya el tiempo en que no se admitía perfección humana fuera del Catolicismo, i hoi se reconoce que tanta belleza moral cabe en judío como en budista, en protestante como en mahometano, en deísta como en ateo. Talvez, en la moralidad del último s'encierran mayor desinterés i mayor nobleza : quien practica el bien por la remuneración póstuma no se distingue mucho del prestamista usurario que da hoi uno para recibir mañana diez.

Los principios de moral, las leyes de justicia, no son adquisiciones de la Relijión, sino de la Filosofía : las relijiones en contacto de la civilización se humanizan i se perfeccionan. Todos los pueblos que llegan a cierto grado de cultura ensanchan el horizonte de

sus ideas morales i adquieren nociones de justicia, porque en la vida de las sociedades, como en la evolución de la Tierra, hai sus épocas de reptiles i sus épocas de hombres. ¿Qué buen precepto del Cristianismo no s'encuentra en los filósofos del Indostán, Persia, Judea, Grecia o Roma? El Cristianismo se redujo a la reacción del fanatismo judío i oriental contra la sana i hermosa civilización helénica; pero fué una reacción *sui géneris* en que el vencedor no hizo más que engrandecerse con las últimas grandezas del vencido.

Del Catolicismo puede repetirse que en su doctrina « lo buen no es nuevo i lo nuevo no es bueno ». En efecto. Una relijión que se afana por considerar la Tierra como un tránsito i la vida futura como una habitación definitiva, concluye por entregar el mundo a los fuertes i audaces. Si el *valle de lágrimas* nos ofrece poco i la Eternidad nos promete mucho, dejemos para otros lo menos i guardemos para nosotros lo más. Viviendo espiritualmente sin preocuparnos de la materia, dejemos que en nuestro cuerpo desaseado i repugnante nuestra alma florezca i perfume como rosa en un cementerio. Un católico, para mostrarse lójico, debe darse integralmente a la Iglesia, convirtiéndose, primero en niño como dice Jesucristo, después en cadáver como prescribe Ignacio de Loyola.

Y todos los males de la educación católica los palpamos ya. Por más de setenta años ¡ qué ! por más de tres siglos nuestros pueblos se alimentaron con leche esterilizada de todo microbio impío, no conocieron más nodriza que el cura i el perceptor católico, i ¿ qué

aprendieron? « Algunas ceremonias relijiosas, unos » cuantos ritos católicos, es decir, se convirtieron es- » teriormente sin que una sola chispa del espíritu » cristiano haya penetrado en sus almas ». (1) Si del pueblo ascendemos a las clases superiores, veremos que la Relijión no sirvió de correctivo a la inmoralidad privada ni al sensualismo público. Los que se distinguieron por la depravación de costumbres o el jitanismo político, recibieron educación esencialmente católica, vivieron i murieron en el seno de la Iglesia.

Como último recurso para enaltecer la educación clerical, no debe alejarse la buena fe de los profesores : buena fe tiene el mahometano que muere salmodiando versículos del Korán ; buena fe, el negro del Congo que suprime a su madre con intención de trasformarla en espíritu bienhechor i poderoso ; buena fe, el indostán que se arroja en tierra para ser destrozado por el carro de Vichnú ; buena fe, el salvaje que para ganarse la benevolencia de un fetiche se pintarrajea con sangre de su enemigo ; buena fe, el fakiro que por veinte años permanece sentado en una silla herizada de clavos agudos, imajinándose que la podre de sus heridas le servirá de bálsamo en el otro mundo. No, la buena fe no basta ; i como para curarnos de una enfermedad, no buscamos injenieros de buena fe, sino médicos de buen saber, así, para educar niños, no debemos recurrir a teólogos de buena fe, sino a educacionistas que sepan bien lo que son la mujer i el niño.

(1) Bakounine.

III

La Nación garantiza la existencia y difusión de la instrucción primaria gratuita.
Constitución de 1860.
La instrucción primaraia de primer grado es obligatoria para todos los habitantes del Perú.
Ley de Instrucción.

Como se ve, los lejisladores peruanos estatuyeron que fuera gratuita la instrucción primaria en todos sus grados, obligatoria sólo en el primero; i no agregaron católica por evitar redundancias, desde que la *Constitución* dice en su artículo 4.°: « La Nación » profesa la Relijión católica, apostólica, romana: el » Estado la proteje »...

En las escuelas fomentadas por Municipalidades i Beneficencias, los niños reciben instrucción católica, esencial i forzosamente católica. En la *Lei de Instrucción*, la Doctrina cristiana, la Historia sagrada, la Vida de nuestro señor Jesucristo, la Historia eclesiástica, figuran como una obsesión.

Todo padre de familia tiene que cumplir con el mandato legal; i ¿qué hace un hombre cuando no quiere que los suyos reciban instrucción católica? El rico puede salvar el conflicto haciendo que sus hijos s'eduquen fuera del país o reciban lecciones en su propia casa. Los que no cuentan con recursos para rentar maestros especiales ni se hallan en circunstancias de convertirse en preceptores a domicilio,

deciden algunas veces que sus hijos no pisen la escuela i les condenan a total ignorancia, pensando, talvez con razón, que tanto vale llevar la cabeza llena de aire como llena de humo.

Como el Estado subvenciona las escuelas con dinero de los contribuyentes, o con el óbolo de todos, la enseñanza católica establece un privilejio en favor de la secta más agresiva i hostil. Nadie queda escluído de la comunidad nacional ni exento de cumplir con sus deberes políticos, por no creer en el Catolicismo : ateos i librepensadores pagan contribuciones i cargan la mochila. Si hai obligaciones ¿ por qué no hai derechos? La lei, con su instrucción obligatoria i gratuita, no pasa de burla, tan grosera como escitarle a un hombre la sed i acercarle a los labios un licor saturado con salitre.

Si se alega que en el Perú los católicos forman el mayor número i que las mayorías poseen la facultad de imponer sus leyes a las minorías, entonces los católicos, que en Turquía o Inglaterra están en menor número, se hallarían en la obligación d'educar a sus hijos en escuelas mahometanas o protestantes. Sin embargo, nadie aprovecha más que los católicos la libertad d'enseñanza al establecer sus escuelas de Oriente, donde piden i obtienen del bárbaro franquicias que ellos niegan en Occidente al civilizado.

La conducta de la Iglesia merece recordarse : en naciones protestantes, como Holanda por ejemplo, todo un Arcipreste de Frisa clama por la neutralidad de las escuelas o laicismo en la instrucción, escribiendo que « para ver reinar la concordia, l'amistad » i la caridad entre las diversas relijiones, era nece-

» sario que los profesores se abstuvieran d'enseñar » los dogmas de las diferentes comuniones ; » (1) en los pueblos católicos, como Francia por ejemplo, el Clero se opone abiertamente a la secularización de la enseñanza primaria i considera las escuelas laicas como « un'abominable fábrica oficial de ateos i ene- » migos de Jesucristo ». La clerecía peruana cree tan suyo el derecho de vijilar la ortodojía en la instrucción primaria que no admite discusión sobr'el asunto, i se lanza denodadamente a las vías d'hecho cuando teme verse desposeída. Así, la vez que Pardo quiso, no secularizar las escuelas nacionales, sino contratar algunos pedagagos alemanes, nuestros clérigos i nuestros frailes removieron los bajos fondos de la sociedad hasta producir asonadas i motines.

Quien arguyera que siendo el Catolicismo la única relijión verdadera, el Estado s'encuentra en el deber de sostenerla e impedir la enseñanza pública de otras doctrinas, argumentaría con sencillez tan grande que haría sonreír al más fanático. Ya los pueblos civilizados nos enseñan que en lo tocante a creencias no se lejista, ya todos sabemos que hoi no se disputa sobre falsedad o verdad de las relijiones, pues la cuestión se limita a considerarlas como la Ciencia infantil de la Humanidad. Toda Relijión resuelve a priori los problemas físicos i morales, forma una Cosmogonía fantástica, algo así como teoría de los colores por un ciego. L'afirmación relijiosa, con su

(1) Paul Bert. *L'instruction dans une démocratie.* Conférence faite au Havre (Cercle Franklin) le 21 Mars 1880.

carácter inesperimentable i sobrehumano, adolece de anticientífica. Los dogmas no tienen que ver con las leyes cosmolójicas, i decir verdad relijiosa vale tanto como hablar de trasparencia opaca o liquidez sólida.

El Estado no busca observantes de sectas, sino cumplidores de la lei : es agrupación de individuos que practican diferentes cultos i se guían por los mismos intereses políticos, no comunidad de monjes que visten el mismo hábito i profesan « una degra- » dante uniformidad de opiniones » (1). Pero la Iglesia quiere comenzar por unjir al Estado con el óleo de una sacristía para concluír por convertirle en su ejecutor o alguacil. Como el halcón caza palomas en beneficio del halconero, así el Poder civil debe trabajar en provecho del Poder relijioso.

La Relijión pierde su carácter social, convirtiéndose en costumbre de familia, hasta en cosa secundaria del hogar. Hoi duermen bajo el mismo techo los seres de creencias más opuestas : a padre judío, madre luterana e hijos librepensadores. Los hombres se aman sin saber muchas veces las relijiones que profesan. En esta universal armonía el católico produce la única nota discordante : con él no hai paz ni tolerancia. *In cauda venenum.* Someter, pues, la educación al Catolicismo equivale a poner lo indispensable bajo lo superfluo, lo principal bajo lo accesorio.

La Relijión, que los teólogos consideran como esencial para el individuo hasta definir al hombre « un animal relijioso », no pasa de mero accidente en la

(1) Channing.

evolución mental: responde a la cultura deficiente del cerebro. Los antropoides, al acercarse al hombre, se despojan de la cola; las intelijencias, al perfeccionarse, pierden la relijiosidad. Como la hez se deposita en el fondo del vino, la Relijión se refujia en las últimas capas sociales. Los espíritus científicos son, según la palabra de Guyau, arrelijiosos; i si los políticos i guerreros invocan los sentimientos religiosos, lo hacen por conveniencia o hipocresía. Nadie creerá, por ejemplo, en el Cristianismo de un von Moltke cuando decía en 1875: « Como alemán, pido » la guerra con Francia porque Alemania s'encuen- » tra lista; como cristiano, la pido también porque » dentro de diez años ambas naciones perderán » 100,000 hombres más. »

La Relijión tiene que reducirse a cosa íntima, de gusto particular, lo mismo que la ropa interior; i así como no hai reglamento de policía que nos prescriba llevar calzoncillos de franela o camisetas de hilo, no debe haber artículo de la Constitución que implícitamente nos obligue a recibir enseñanza católica.

Desde que el Estado no dispone de recursos para fundar en cada pueblo tantas escuelas como supersticiones hai, la única manera de salvar la dificultad sería suprimir el carácter obligatorio de los cursos relijiosos, o más bien, no enseñar Relijión alguna en las escuelas nacionales. « La escuela, dice Tolstoi, » debe proponerse por único objeto de trasmisión del » saber, de la instrucción, sin tratar de inmiscuirse » en el dominio moral de las convicciones, de las » creencias ni del carácter (1) ».

(1) La liberté dans l'école.

Ya que imitamos a los revolucionarios del 89, debemos coronar la obra imitando también a los hombres de la tercera República francesa, a los que van haciendo práctico el ideal de Condorcet i profesan el aforismo : « La Ciencia en la escuela, la instrucción relijiosa en el templo. »

1892.

LIBERTAD D'ESCRIBIR

I

Cuando ejercemos cargos consejiles, pagamos contribuciones o salimos a morir en el campo de batalla, nadie averigua nuestra manera de pensar; pero el día que emitimos francamente nuestras ideas, caemos bajo la férula de ministros, fiscales, alcaldes, prefectos, subprefectos, gobernadores, comisarios, alguaciles, monaguillos, curas, canónigos, obispos i arzobispos.

En el teatro nos vemos ante la *Comisión d'Espectáculos*, especie de inquisición formada por hombres ignorantes que al ejercer la censura, se arrogan la facultad de poner límites a la inspiración del drama-

turgo i practicar con hacha de leñatero amputaciones que necesitan bisturí de cirujano.

En el periódico no tenemos la censura previa, sino la licencia difícil i morosa, la fianza personal, la caución pecuniaria, el hisopazo del obispo, la denuncia del fiscal, el sablazo del prefecto, la mordaza del intendente i la emboscada del esbirro.

II

El *Reglamento de Teatros*, vijente desde 1849, parece redactado por doncellas que hacen su primera comunión. Para juzgarle, véase una sola muestra:

Artículo 34. — « Cuando el censor sólo encuentre » impropias ó indignas de exhibirse una ó algunas » escenas, pasajes ó frases de las obras, no prohibirá » su representación, sino que suprimirá ó sustituirá las » partes censurables, si de ello no resultase deformidad ».

Así, pues, cuando la *Junta censora* (hoi *Comisión d'Espectáculos*), reciba una trajedia de Quintana, una comedia de Bretón o un drama d'Echegaray, el censor de turno, ya sea leguleyo, mercachifle o boticario, tiene derecho d'enmendar los yerros a un Echegaray, a un Bretón o a un Quintana.

I esa manía de alterar o mutilar obras ajenas se propaga de modo amenazante: cómicos de la legua, motilones hasta no leer de corrido, agregan, quitan, dislocan, descomponen i componen escenas enteras; así que muchos dramas representados en Lima no serían conocidos ni por sus mismos autores.

La *Comisión d'Espectáculos*, tan meticulosa en conceder *pase* a comedias erizadas de algunas púas contra Gobiernos o Congresos, contribuye más que nadie a convertir el escenario en plaza de toros al fomentar representaciones de inepcias concebidas por cerebros completamente desequilibrados.

Hai ojos de lince para descubrir entre renglones la más leve alusión a los hombres públicos, i ceguera de topo cuando llega el caso de ver posturas pornográficas, bambulas africanas o bailes de vientre. Especialistas en Coreografía, muchos miembros de la *Comisión* avalúan el mérito de las artistas por el diámetro de las pantorrillas, la trasparencia en el calzón de punto i la mayor amplitud del ángulo formado con las piernas.

La *Comisión*, que traquea siempre a los autores nacionales como el dómine al discípulo, no se muestra más complaciente con actores, dueños de teatros i empresarios: a todos les considera como dependientes, subordinados o domésticos de la Municipalidad. A más, algunos buenos señores, figurándose que las diversiones públicas son filones de riqueza pública, esquilman al empresario i al actor con gastos de licencia, multas i cuanta gabela cabe imajinarse. No se cuenta las entradas de favor i localidades gratis para los miembros de la *Comisión*, sus parientes i sus amigos, aunque, según declaración de un empresario, ascienden a número considerable.

Por fin, en la *Comisión d'Espectáculos*, todos hacen i deshacen de los edificios, como atacados de monomania arquitectónica: uno manda condenar una puerta, otro abrir una claraboya; este ensanchar un

pasadizo, aquel bajar un techo; sin que falte alguno que ordene dorar las cornizas o poner asientos colchados para que descanse muellemente su esposa o su querida.

En todos los países civilizados, el Gobierno, lejos de ver en los teatros un filón que beneficiar, les otorga pingües subvenciones; en el Perú se fomenta el más cruel i más repugnante de los legados españoles, la lidia de toros. Si estamos lejos de producir un Corneille i un Talma, quizá poseeremos antes de mucho, veinte rivales de Cúchares i Pepe Hillo.

III

Por un'aberración inaudita, vivimos hoi bajo la *Lei de Imprenta* promulgada en 1823, allá cuando el Perú era una especie de antropoide que no había concluido de amputarse la cola monárquica.

El Código penal de 1862 no avanza mucho sobre la *Lei orgánica* de 1823: las penas señaladas a los hombres que intenten mudar la Relijión del Estado escandalizarían a los menos intolerantes. Algunos artículos del tal Código parecen fragmentos arrancados a un concilio del siglo IV.

Setenta años de labor parlamentaria no han bastado para elaborar una buena Lei de Imprenta. I sobran razones para temer un retroceso el día que senadores i diputados modifiquen la Lei de 1823. Los Congresos del Perú se han convertido en viejos i desestañados alambiques: todo licor que destilan tiene dejo a cobre.

El escritor irrelijioso no sufre hoi la pena de asistir leprosos o enterrar muertos; pero corre peligro de verse condenado a espatriación o arresto mayor. Felizmente, la tolerancia de los pasados Gobiernos, la independencia del Jurado i el buen juicio del pueblo, sirvieron de correctivo al espíritu menguado de nuestras leyes. No puede negarse que en el carácter nacional s'encierra un fondo de tolerancia: salvo uno que otro pueblo hipnotizado i aguzado por el Clero, el Perú rechaza hoi la persecución relijiosa.

Rara vez las autoridades laicas inician la denuncia d'escritos contra el dogma o andan a caza d'herejes i librepensadores. Parodiando a Federico el Grande, los gobernantes del Perú dejan escribir herejías con tal que les dejen cometer barbaridades. L'autoridad eclesiástica da el grito de alerta, para que l'autoridad civil ordene la denuncia del escrito i abra juicio al autor; los clérigos, como sabuesos de buen olfato, husmean el rastro i menudean los latidos, para lanzar al galgo en persecución del venado.

El Gobierno toma la cuestión a cargo i despliega l'autocracia de su poder, cuando se trata d'escritores oposicionistas i periódicos que no siguen las aguas de los subvencionados: no hai voz, diario, libertad ni garantías, para el hombre que ignora la consigna ministerial, que protesta de obedecer sumisamente las órdenes prefecturales o resiste a sufrir una depresión moral en las antesalas palaciegas.

Para impedir que alguno hable, se recurre al uso primitivo de taparle la boca. I el día que se impone silencio al escritor independiente i valeroso, nadie se da por entendido, todo el mundo calla en bloque: el

Congreso discute el ascenso de un coronel o la demarcación territorial de Chumbibilcas, mientras los diarios llenan sus columnas con editoriales sobre la canalización del Rímac o la Colonia alemana del Pozuzo.

Para disimular lo tosco del uso primitivo, los Gobiernos emplean el rějimen de multas i depósitos: nadie funda periódico ni sigue publicando los fundados sin depositar 500 soles. Tras el depósito, viene inmediatamente la multa, de modo que cada artículo de oposición cuesta bien caro. Entiéndase que depósitos i multas rezan sólo con los diarios independientes, o mejor dicho, semanarios, porque la independencia se manifiesta en nuestro periodismo con intermitencias hebdomadarias. Sin embargo, esos periodiquillos intermitentes o eventuales, algunas veces heroicos, encierran la única espresión sincera del sentimiento popular.

Hoi no existe, pues, libertad en el diario n'independencia en el diarista, i la oposición anodina de uno que otro editorial se reduce a fórmula o convenio de partes con el fin de guardar las apariencias: no asistimos a batalla donde se arroja plomo, sino a simulacro donde se quema pólvora.

Todos los Gobiernos, al inaugurarse, « ofrecen garantías a la emisión del pensamiento, i se congratulan de ver en la prensa o cuarto poder del Estado » un colaborador intelijente para la magna obra de la » rejeneración nacional. » Otorgan unos pocos meses de respiro i desahogo; pero insensiblemente resbalan por la pendiente del abuso i concluyen por justificar a los anteriores Gobiernos. Entonces regresa-

mos a la vida normal: en nuestro réjimen político, la legalidad i la justicia figuran como breves interregnos.

Los Vivancos i los Echeniques, los Baltas i los Piérolas, los Iglesias i los Cáceres, fueron en la prensa del Perú como tiburones en el mar.

IV

Cuando faltan garantías para censurar a las autoridades, cuando en las graves cuestiones políticas, relijiosas i sociales no se puede emitir libremente las ideas, los hombres enmudecen o consagran toda su fuerza intelectual a discusiones insípidas, rastreras i ridículas. Toda prensa con mordaza termina por engolfarse en la pornografía, la lucha individual i el interés casero. El periódico no es ya río que sale de madre para fecundizar el campo, sino mal canalizado albañal que con sus miasmas pestilentes infecta el aire de la ciudad.

Nuestro periodismo lo comprueba. ¿Qué vemos en editoriales? pesadas adulaciones al Gobierno, escritos que infunden sueño, literatura de cachalotes, buena para leída por elefantes. ¿Qué vemos en crónicas i comunicados? improperios contra el candidato que no fomenta la impresión, insolencias que revuelven la bilis, literatura de verduleras, buena para leída por meretrices. Profesión semejante concluirá por llamarse empresa industrial de jitanos que compran a resmas el papel blanco para embadurnarle de tinta i venderle por hojas sueltas.

Para elevar el espíritu de una prensa no hai re-

medio mejor que libertarla. El diario más libre a la vez que más instructivo i moderado s'encuentra hoi en la Gran Bretaña. Cierto, el periódico inglés, sea cual fuere su tinte, defiende primero que todo los intereses británicos; pero también concede amplio lugar a los intereses ajenos: al abrir un buen diario de Londres, sabemos lo que se realiza en el mundo entero. Ahí no se acostumbra ya el pujilato ridículo de dos individuos en las columnas de un periódico; i recuérdese que Inglaterra, antes de conquistar sus libertades públicas, fué la tierra clásica del ataque virulento, del insulto procaz, del pamfleto inmundo i soez. Con la palabra sucede lo mismo que con el agua: estancada, se corrompe; movida i ajitada, conserva su frescura.

Siguiendo el ejemplo de Inglaterra, las naciones más civilizadas tienden a eliminar obstáculos para la emisión del pensamiento: los diarios d'Estados Unidos, Francia, Italia, Bélgica i hasta España, encierran enormidades que en el Perú no se imprimió nunca ni se imprimirá talvez en muchos años. Todas las cuestiones son dilucidadas; i todas las ideas, por absurdas i estrafalarias que nos parezcan, poseen su órgano i su público. I nadie goza de privilejio. No se hable d'Estados Unidos, donde el presidente de la República sufre una incesante descarga de todas las baterías demócratas si es republicano, i de todas los republicanas si es demócrata; pero hágase una lijera escursión a las monarquías, i se verá que ni el mismo soberano se libra de la caricatura o del ataque personal. En el Perú sucede lo contrario: nuestros gobernantes se consideran como

unjidos del Señor, como fetiches que no podemos tocar ni para sacudirles el polvo. No aguantan más golpe que del incensario.

Lo que en las naciones más cultas sucede con el periódico se realiza también con el teatro. Verdad, la censura no ha desaparecido, i en algunas partes reina tan mezquina i meticulosa que, en Francia por ejemplo, los autores nacionales se ven obligados a pedir la hospitalidad de los teatros belgas. Sin embargo, en medio de las restricciones, el dramaturgo dispone de grandísima latitud para evolucionar: plantea i resuelve los más arduos problemas sociales, dirije flechazos a las cabezas más levantadas. Cuando en las tablas no desfilan los individuos con sus propios nombres, figuran con señales tan marcadas que todo el público sabe de quién se trata i adónde va el tiro. En las revistas del año, la rociada empieza muchas veces con el primer mandatario i acaba con el último alguacil: cada uno con sus nombres o apodos.

I ¡aquí nos hacemos cruces con la caticatura, nos escandalizamos con el semanario picaresco donde asoman algunas punzadas contra las autoridades i ponemos el grito en el cielo por la comedia salpimentada con una que otra alusión personal! Nos pagamos de frases huecas i sofísticas, i creemos haber penetrado en el Polo Norte cuando cometemos la perogrullada de invocar « el santuario de la vida privada », hablamos de acojernos « al sagrado del hogar domés- » tico » i sentamos el principio de « combatir las ideas » del hombre público sin entrar en las faltas del in- » dividuo. »

V

Nosotros, que habitamos un verdadero limbo intelectual, que nos encontramos en condición de recibir un rayo de luz, venga de dónde viniere, necesitamos amplísima libertad en periódicos i teatros.

En el teatro, suprimamos censuras previas i *Comisiones d'Espectáculos*, alentemos al escritor nacional haciendo que sus obras sean representadas bajo su dirección, i dejemos al público frente a frente del autor para que ensalce al bueno i ejecute al malo. No temamos la invasión triunfante de lo deforme ni el entronizamiento de lo nauseabundo i pornográfico: nuestro nivel moral no lo consiente ya, i si lo consintiera, no habría por qué lamentarnos: pueblo capaz de gozarse en lo inmoral i obsceno, recibe la obra que merece.

En el periódico, no abandonemos al publicista bajo la tutela de prefectos i subprefectos, suprimamos el cúmulo de trabas para la fundación de un diario, i sólo en caso de injuria personal o calumnia, dejemos a ofensor i ofendido batallar con el Jurado.

¿Por qué autorizar la injerencia del Clero en cosas de imprenta? ¿Por qué reconocer en el Código penal delitos i faltas contra la Relijión? Si castigamos al filósofo que en sus disquisiciones no se conforma con el *Catecismo de Perseverancia* ¿por qué no castigamos también al teólogo que en sus panejíricos infrinje el *Arte de Hablar*? Pecado contra pe-

cado, tanto vale ofender el dogma como quebrantar las reglas del buen decir. Establézcase, pues, *Jurados mixtos;* i si un obispo denuncia un folleto contra la pureza de María, que un literato denuncie una pastoral contra la Gramática.

Con la libertad de imprenta se concede al Catolicismo una ocasión magnífica para confundir a sus detractores, afianzar su triunfo i más que todo justificar sus jactancias, porque verdaderamente no hai mucho mérito en dar por refutado al contendor que no pudo arguír ni por vencido al combatiente que no tuvo arena para luchar. Si la Relijión católica se llama luz ¿por qué teme las tinieblas? Si fuerza ¿por qué rehuye el combate? Si verdad ¿por qué se asusta con el error?

Los católicos arrojan el guante, desafían con altivez de caballero a sabios i filósofos; pero observan la buena precaución de cortar las manos a todo paladín que intenta recojer el guante. Es como abrir concurso de baile, i mutilar ambas piernas a cuanto bailarín se presente. La Iglesia comprende mui bien su precaria situación i no admite la lucha leal en campo abierto: sabe que basta la luz de un candil para desvanecer sus sombras chinescas, que sobran los dientes de una mediana pluma par'agujerear su Firmamento de bodrucho. De ahí su despotismo: nada tan cruel, tan opresor ni tan intolerante como una Relijión en las postrimerías de su existencia. Su rabia recuerda la rabia del tigre acorralado por los cazadores, su despecho recuerda el despecho del escorpión rodeado por carbones ardientes.

En ningun tiempo convino más la libertad d'escribir que hoi en las naciones sudamericanas. Las ideas muertas i enterradas ya en Europa, renacen para cundir i dominar en el Nuevo Mundo. Bajo diferentes disfraces i con distintos nombres, las falanjes retrógadas nos invaden. Colombia, Ecuador, Bolivia i hoi el Perú mismo, les sirven de fortalezas i cuarteles jenerales. La última batalla contra lo viejo i lo malo tiene que darse aquí, batalla formidable i tenaz, porque las preocupaciones relijiosas son como los bueyes de la Odisea, que, muertos i asados, todavía mujen.

A todas horas i en todas partes se clama por la rejeneración nacional. Pues bien, seguiremos siendo lo que somos, la forma republicana continuará como frase de lujo en Constitución de parada, mientras el último de los peruanos carezca de libertad para emitir sus ideas o no disfrute de garantías para encararse con el poder i fustigarle por las concusiones, las ilegalidades i las injusticias.

Hai hombres civilizados que saben atrofiar la cabeza de los vivos, como los Guambizas del Morona poseen el secreto de reducir a pequeñas dimensiones el cráneo de los muertos. Con nuestra *Lei de Imprenta*, los peruanos concluiremos por llevar en los hombros la cabeza de un mono microcéfalo.

1889.

PROPAGANDA I ATAQUE

I

Vicio capital de la literatura peruana, la fraseolojía. Tómese un diario i recórrase el editorial: ¿qué s'encuentra? palabras. Tómese un semanario i léase las composiciones en verso: ¿qué s'encuentra? palabras. Estamos en el caso de repetir con Hamlet: ¡palabras, palabras i palabras!

Padecemos de logomanía o logomaquia i deberíamos realizar el proyecto, concebido por Saint-Just, de imitar a los lacedemonios i fundar un premio de laconismo. Sí, laconismo, no para convertir el idioma en jerga telegráfica, sino para encerrar en el menor número de palabras el mayor número de ideas;

no para dilucidar las cuestiones en una simple jaculatoria de cinco líneas, sino para conceder al pensamiento el desarrollo conveniente i a la frase la estensión indispensable: podemos ser difusos en una línea i concisos en un volumen.

Atolondrados con el monótono chapoteo de un lenguaje campanudo i hueco, nos vemos como hundidos hasta medio cuerpo en torrente que se derrama por cauce pedregoso i ancho: el ruido nos ensordece; pero la corriente no consigue arrastrarnos.

Entre la indecisión i vaguedad de la turbamulta, se delínean dos grupos d'escritores: unos que hablan a lo Sancho Panza, con idiotismos, dicharachos i refranes; otros que s'espresan a lo don Quijote, solemnemente, en clausulones altisonantes i enrevesados.

Tenemos jerigonza judicial, jerigonza universitaria, jerigonza periodística, jerigonza criollo-arcaica, en fin, todas las jerigonzas que dicen al idioma como las erupciones cutáneas a la piel. Todo hai, menos el estilo franco i leal que precise la fisonomía del individuo, que diferencie al hombre de los otros hombres, que encierre la manifestación exacta del yó. Todo hai, menos el lenguaje claro i sustancioso, que posea la virtud del agua i del pan, no cansar.

No surje una personalidad eminente que seduzca i se imponga, lo que es un bien i un mal: un bien, porque toda eminencia literaria induce a imitación i ahoga la libre iniciativa del individuo; un mal, porque no habiendo superioridades, las falsificamos i nos convertimos en adoradores de medianías i mediocridades.

Los viejos se repiten o s'esterilizan, los jóvenes no s'estereotipan aún con rasgos definidos i claros. Muerto Althaus, paralítico i moribundo Salaberri, espatriado Arnaldo Márquez, talvez por carecer aquí de aire i espacio ¿quién nos queda? Sin embargo, naciones desdeñadas por nosotros poseen hoi en Montalvo i Llona un prosador i un poeta.

Carecemos de buenos estilistas, porque no contamos con buenos pensadores, porque el estilo no es más que sangre de las ideas: a organismo raquítico, sangre anémica. Y ¿cómo pensaremos bien, si todavía respiramos en atmósfera de la edad media, si en nuestra educación jiramos al rededor de los estériles dogmas católicos, si no logramos espeler el virus teolójico, heredado de los españoles?

Hasta en los cerebros que se precian de sanos reina espantosa confusión, pues las ideas más diverjentes i divorciadas cohabitan en amigable consorcio. No se pida lójica: soneto que se abre con apóstrofe racionalista se cierra con declaraciones de fe; discurso con exordio en favor de Darwin lleva peroración en defensa del Jénesis. Para concebir algo semejante al desorden estrambótico de nuestra verbosidad incoercible, imajínese la promiscuidad de un ejército en derrota, o el revoltijo después de un incendio: por la boca de un costal repleto con los comestibles de una bodega i las alhajas de una joyería, brotan en risible confusión, nabos i rubíes, garbanzos i brillantes, roscas de morcilla i collares de perlas.

Predomina el catolicismo liberal o liberalismo católico. Periodistas i literatos arrojan a un solo molde

el *Syllabus* i la *Declaración de los derechos del hombre*. Adoran en dos altares, como las mujeres que consagran al rezo la mitad del día i al amor libre la otra mitad. Olvidan que el liberalismo católico representa en el orden moral el mismo papel que en el orden físico representaron los lagartos voladores de la época secundaria: organismos con alas de pájaro i cuerpo de reptil, seres que hoi vuelan i mañana rastrean.

Muchos, con aire d'emprender el décimotercio trabajo d'Hércules, cojen la pluma i disertan horas de horas sobre libertad de cultos, sobre cementerios laicos i especialmente sobre su arca santa, *el patronato nacional*; pero, cuando se ofrece aceptar los principios de la Ciencia positiva i aplicar sus lójicas i tremendas conclusiones, cuando llega la ocasión de blandir el hacha para dar el golpe recio, entonces retroceden espantados, i ¡adiós décimotercio trabajo d'Hércules!

Los escritos de nuestros más audaces liberales parecen orjías bajo la cúpula de una catedral: entre choque de vasos, vapores de vino i gritos blasfemos, s'escucha de cuando en cuando el resoplido del órgano, la interminable salmodia de fraile soñoliento i el chisporroteo de velas hisopeadas con agua bendita.

En fin, el diagnóstico de la literatura peruana se resume en una línea: conjestión de palabras, anemia de ideas.

II

Muchos pueblos, al sufrir un descalabro, guardan la fuerza d'elasticidad suficiente par'ascender al punto de la caída. Nosotros, vencidos por Chile, permanecemos colados al suelo como sustancia glutinosa.

Da grima ver el apego senil al camino trillado, el culto sin disidentes a la diosa rutina, el respeto servil, no sólo a hombres huecos e instituciones apolilladas, sino a mitos aéreos i entidades metafísicas. En tanto que nuestros vecinos marchan al trote o a la carga, nosotros no salimos de marcar el paso.

Aquí no vivimos como hermanos, a la sombra del mismo techo, respirando el mismo ambiente i amando las mismas cosas, sino disputándonos un rayo de Sol, como jitanos en feria; tratando d'engañarnos sórdidamente, como tahures en mesa de garito; odiándonos interiormente con el rencor implacable de oprimidos i opresores.

A juicio de Bolívar, « no hay buena fe en Améririca ni entre los hombres ni entre las naciones. » Los tratados son papeles, las constituciones libros, » las elecciones combates, la libertad anarquía i la » vida un tormento ». En el Perú de hoi, no existe honradez privada ni pública: todo se viola i pisotea cínicamente, desde la palabra de honor hasta el documento suscrito. La vida política se funda en fraude, concusión i mentira; la vida social se resume en la modorra egoísta, cuando no en la guerra de-

fensiva contra envidia, calumnia i rapacidad del vecino.

En todo país civilizado funcionan grupos homojéneos o, cuando menos, se bosquejan embriones de partidos con sus hombres i sus credos: nosotros no conocemos armonías de cerebros, sino alianzas de vientres. No poseemos elementos individuales que reunir en un cuerpo solidario i compacto, porque los ciudadanos útiles i probos esquivan la lucha, se sustraen a l'acción i viven acurrucados en el carapacho de su yó. El malo triunfa i manda, hace i deshace; mientras el bueno resume su filosofía en cuatro palabras: tranquilidad en la dijestión.

¿Qué tenemos? en el Gobierno, manotadas inconscientes o remedos de movimientos libres; en el Poder judicial, venalidades i prevaricatos; en el Congreso, riñas grotescas sin arranques de valor i discusiones soporíferas sin chispa d'elocuencia; en el pueblo, carencia de fe porque en ningún hombre se cree ya, egoísmo de nieve porque a nadie se ama i conformidad musulmana porque nada s'espera.

Pueblo, Congreso, Poder judicial i Gobierno, todo fermenta i despide un enervante olor a mediocridad. Abunda la pequeñez en todo: pequeñez en caracteres, pequeñez en corazones, pequeñez en vicios i crímenes.

El escritor no s'exime del envilecimiento jeneral. ¿Dónde la boca libre que hable a las multitudes como se las debe hablar? ¿Qué publicista rompe la mordaza de oro? ¿Qué poeta truena con la cólera enjendrado por el odio al malo? El escritor que paladea la miel de un cargo público, enmudece o aplau-

de; el que inútilmente husmea las migajas del erario nacional, vocifera i ataca: con rarísimas escepciones, sólo hai cortesanos rastreros u opositores despechados. Los que distribuyen la propina i marchan, como ídolos de la India, contemplando a sus pies una muchedumbre de creyentes arrodillados, esos saben lo que significan las reverencias del periodista en el editorial, las congratulaciones del profesor en el discurso universitario i las lágrimas del poeta en la corona fúnebre.

Cómo profesamos un liberalismo a flor de piel, cómo nos hicimos al grillete del colono, ignoramos hacia dónde tenemos que ir i no acertamos ni a mover los pies con desembarazo. La independencia nos abruma, como si fuera montaña de plomo. Se diría que lamentamos la esclavitud perdida, como pájaros que, lanzados al aire por un descuido del amo, reregresan a revolotear i piar en derredor de la jaula. Siguiendo la tradición de los autores cortesanos que elejían sus Mecenas entre los duques i los marqueses, nosotros mendigamos patrocinio i renta de Gobiernos, Congresos i Municipalidades. A la mendicidad de los individuos responde la mendicidad colectiva: las sociedades libres demandan subvenciones i carácter oficial. Somos los hermanos mendicantes de la Ciencia i de la Literatura.

Cunde hasta el servilismo internacional: las agrupaciones literarias i científicas tienden a convertirse en academias correspondientes de las reales academias españolas. Literatos, abogados i médicos, vuelven los ojos a España en l'actitud vergonzosa de mendigar un título académico. Lacayos del mundo

intelectual, nuestros médicos, nuestros abogados i nuestros literatos, se pavonean con las medallas o emblemas de las corporaciones españolas, como los antiguos esclavos de casa grande se contoneaban i crecían con la librea del amo.

En resúmen, hoi el Perú es organismo enfermo: donde se aplica el dedo brota pus.

III

Ardua tarea corresponde al escritor nacional, como llamado a contrarrestar el pernicioso influjo del hombre público: su obra tiene que ser de propaganda i ataque. Tal vez no vivimos en condiciones de intentar l'acción colectiva, sino el esfuerzo individual i solitario; acaso no se requiere tanto el libro como el folleto, el periódico i la hoja suelta.

Hai que mostrar al pueblo el horror de su envilecimiento i de su miseria; nunca se verificó escelente autopsia sin despedazar el cadáver, ni se conoció a fondo una sociedad sin descarnar su esqueleto. ¿Por qué asustarse o escandalizarse? Cuanto se diga ¿no lo palpan nacionales i estranjeros? La lepra no se cura escondiéndola con guante blanco.

Pero de nada nos serviría revolcar siempre a la Nación en su propio lodo i enconarle noche i día sus llagas, si al mismo tiempo no levantamos el espíritu de las muchedumbres que rastrean en la costa, si no sacudimos con rudeza brutal a esos hombres soñolientos que perdurablemente cabecean en las faldas

de la Gran Cordillera, si no damos continuas descargas eléctricas al organismo amenazado de parálisis.

No temamos que mui pocos nos oigan i nos entiendan; cuando vibra una voz sincera i franca, los más ignorantes paran el oído i escuchan. Lo que tomamos por insuficiencia de las *masas* para comprender las ideas, debe llamarse muchas veces impotencia del escritor para darse a entender. « Quien des-
» precia la multitud desprecia la Razón misma, desde
» que la juzga incapaz de comunicarse i hacerse
» oír; por el contrario, sólo es verdadera filosofía la
» que se cree nacida para todos i profesa que todos
» nacieron para la más elevada verdad i deben tener
» su parte della, como del Sol » (1).

Fácilmente comprenderá el pueblo que si antes se hizo todo con él, pero en beneficio ajeno, llega la hora de que él haga todo por sí i en beneficio propio. Harto se habló a la Humanidad de sus obligaciones, para que se recuerde ya sus derechos. ¡ Abajo esas mentiras convencionales de *respeto* i *resignación!* Todas las antiguallas respetadas, aunque no respetables, sirvieron de cómplices a la tiranía relijiosa, política i social. Consideramos el trascurso de siglos como una sanción, cuando, por el contrario, los errores más antiguos merecen más odio i guerra más implacable, porque más tiempo engañaron al hombre i más perjuicios le causaron. Abramos bien los ojos i veremos claro: veremos que muchos individuos nos « parecen colosos, porque al medirnos con ellos nos arrodillamos »; veremos que respeta-

(1) Ernest Havet.

mos hoi como sagradas las abominaciones que nosotros mismos consagramos ayer; veremos que nos conducimos como el niño que vuelve sus espaldas a la bujía i s'espanta con la jigantesca proyección de su propia sombra.

Esa palabra *resignación,* inventada por los astutos que gozan, para encadenar el brazo de los inocentes que sufren iniquidades i atropellos, debe desaparecer de todos los labios, porque resuena como sinónimo de ultraje en el opresor, de cobardía en el oprimido. Quitemos al poderoso algo de su poder, al rico algo de su riqueza, i veremos si conocen i preconizan la *resignación*. Las clases desheredadas tienen derecho de usar todos los medios para sustraerse a su desgraciada condición. ¿Por qué desmayar de hambre a las puertas del festín, si violentando la entrada se consigue manjar i sitio para todos? Los despojos sociales nacieron de la violencia, se fundan en la violencia más o menos solapada, i combatirles violentamente es ejercer el derecho de contestar a la fuerza con la fuerza.

De nada serviría tampoco la más fogosa propaganda, si no viniera simultáneamente con el ataque decidido a política i políticos.

Por el rodadero de la política bajó todo a corromperse en charco cenagoso i pútrido. Las más preciosas fuerzas de la Nación fueron desperdiciadas en discusiones de forma i de palabras, cuando no en riñas de intereses individuales o de camarilla. ¿Qué sacamos de todas nuestras divagaciones bizantinas? ¿Qué de todos nuestros pandillajes berberiscos? ¿Qué libertades conquistamos, después de las consignadas en las primeras Constituciones? Eman-

cipamos al esclavo negro para sustituírle con el esclavo amarillo — el chino. El verdadero *substratum* nacional permanece como en tiempo de los españoles: hasta vamos haciendo el milagro de matar en el indio lo que rara vez muere en el hombre, la esperanza. Muchas reformas politicas en ciernes, adelantos sociales, casi ninguno; porque la civilización de una sociedad no se mide por la riqueza de unos pocos i la ilustración de unos cuantos, sino por el bienestar común i el nivel intelectual de las masas.

« ¿Qué fué nuestra política? » el arte de gobernar » a los hombres como se gobierna una máquina o un rebaño. » (1)» I sin embargo, personifica todo el ideal de la juventud. Salidos apenas de las universidadades ¡ qué ! hasta en los bancos del colejio, los adolescentes refrenan sus arranques de libertad, se adaptan a las pequeñeces del *medio* i adquieren todos los refinamientos i malicias del pretendiente en corte. Su físico mismo les distingue: la humildad del semblante, la curvatura del cuerpo i la sumisa inflexión de la voz, denuncian al oficinista en remojo, al empleado en camino de senador o ministro. Hombres, que habrían dejado huella luminosa en las ciencias, las artes o las industrias, malograron sus buenas facultades i en lo mejor de la vida se hicieron inválidos de la intelijencia. A las puertas del Congreso, de Palacio i de las oficinas públicas, deberíamos repetir las lamentaciones del poeta inglés en el cementerio de un'aldea.

---

(1) Renan *Questions contemporaines.*

IV

¿Quiénes formaron la flor i nata de nuestros políticos? El médico sin clientela, el banquero en liquidación, el periodista sin suscritores, el hacendado en ruina, el comerciante en quiebra, el injeniero sin contratas, el militar sin hoja de servicios i señaladamente el abogado sin pleitos. Son el verdadero enemigo; con ellos se necesita, no sólo el ataque jeneral i en globo, sino la espurgación individual para cojerles uno por uno i practicar una vivisección moral.

Desde que l'actividad pública se resume en el choque de intereses individuales, hai que derrocar personas antes d'elucidar principios, ¿A qué revestirnos de mansedumbre que no poseemos? ¿A qué endulzar jesuíticamente las frases que destilan veneno? ¿A qué finjir que tiramos al aire, cuando dirijimos la flecha contra el ojo derecho de Filipo? En vez de alusiones hipócritas i solapadas, en vez de murmuraciones callejeras o comunicados anónimos, venga el leal i desembozado ataque al grupo i al individuo. Hasta en la lucha de ideas sirven de blanco los hombres que las encarnan; de otro modo, la vida se convertiría en guerra de sombras, la historia en procesión d'espectros. Cuando combaten dos ejércitos no s'entretienen en destrozar a balazos las banderas enemigas; dirijen el tiro al pecho de los soldados que las tremolan.

Y ¡qué! el agresor ¿se libra de convertirse en agredido? Quien da estocadas certeras ¿no se pone a

recibir mandobles mortales? Los políticos se defenderán astuta i eficazmente, porque no usarán el ataque de los galos, que se desnudaban el pecho, sino la emboscada de los *pabellones negros* que abren su agujero en la tierra, se ocultan, i el instante menos pensado descargan el rifle a la espalda del enemigo.

La distinción entre vida pública i vida privada es otra invención de los astutos para blindarse el sitio vulnerable. A más, presenta su lado cómico, pues el individuo que al sentirse herido por un saetazo demanda si el tiro va lanzado contra el hombre público ú el privado, no hace más que parodiar a Maître Jacques, al anfibio criado de Harpagón, cuando preguntaba socarronamente a su amo: «¿Con el cochero habla usted o con el cocinero?»

La vida pública se reduce a la prolongación de la vida privada, como la sociedad se reduce también al ensanchamiento de la familia, i nadie, por más agudeza de injenio que tenga, puede señalar dónde acaba o dónde empieza la publicidad de un acto. Con uniforme oficial o traje casero, en el sillón de la oficina o en el sofá del dormitorio, el hombre conserva su identidad i vive la misma vida. El criminal es tan criminal en su casa como en la plazuela, la hiena es tan hiena en la jaula como en el desierto.

Lo que irónicamente dijo Larra de la *berruga* i de la *moza* debe tomarse a lo serio, si para derribar, por ejemplo, a un mal ministro, hacer destituír a un juez prevaricador o dar en tierra con un prefecto rapaz, no se conoce medios más eficaces que cebarse en la *moza* i la *berruga*. ¿Por qué no insistir en el

defecto corporal? Quién sabe la sicolojía de ciertos individuos s'esplica bien con la desviación siniestra de los ojos o el arqueo de la espina dorsal. Las anomalías de conformación suelen acarrear imperfecciones morales. No se cura al enfermo colocándale bajo su almohada un libro de Terapéutica o Cirujía, sino propinándole drogas o ejecutándole operaciones quirúrjicas; no s'escarmienta ni se corrije a un mal hombre público regalándole el *Espíritu de las Leyes*, sino haciéndole beber tinta saturada con hiel o clavándole la pluma unos cuantos milímetros más allá de la epidermis.

« Los hombres que gastan su actividad en las lu-
» chas políticas i ejercen acción sobre los aconteci-
» mientos del mundo, pertenecen a la discusión i no
» s'escaparán con la muerte ni con el tiempo ». En la historia de la Humanidad abundan exhumaciones de vidas privadas, i nadie protesta. Si juzgamos a los muertos, que no pueden defenderse ni atacarnos ¿por qué no juzgaremos de igual modo a los vivos, que tienen lengua para hablar i manos para mover la pluma i la espada?

No hai, pues, derecho de abroquelarse en la inviolabilidad del hogar, mucho menos cuando se aparenta vivir como la doncella en el claustro i se vive como el cerdo en la pocilga. Por el contrario, todos deben allanar la casa del hipócrita para exhibirle i escarnecerle, par'hacer que su castigo sirva de provechosa lección. El hombre público no queda salvo ni se reviste de carácter sagrado, por acuelillarse en un rincón de su alcoba o introducir la cabeza en su vaso de noche. Porque la víbora se guarece en su

nido ¿dejamos de aplastarla? Por que el tigre s'esconde en su cubil ¿dejamos de abalearle?

Una sola cosa debemos a nuestros semejantes, la verdad; por lo demás, siendo irrefragables como un axioma, podemos ser violentos como una tempestad. No importa que a l'altivez i franqueza en el hablar llamen difamación los pecadores impócritas, pero no arrempentidos, que sientan zumbar el azote justiciero.

Los políticos de profesión, los que se desvelan por ganarse prosélitos, hablan siempre con atenuaciones, circunloquios i estratajemas; pero el hombre verdaderamente libre lanza el pensamiento en su más cruda integridad, pues no le importa herir los intereses de las clases acomodadas ni sublevar la cólera de agrupaciones ignorantes i fanáticas.

1888.

CUARTA PARTE

VICTOR HUGO

I

Victor Hugo ha muerto. El poeta del Siglo, el eco sonoro colocado en el centro de nuestra sociedad acaba d'estinguirse.

Para escribir la vida del ilustre muerto se necesitaría compendiar la historia literaria de nuestro siglo. Lo que un autor francés afirmaba de Sainte-Beuve debe con más razón aplicarse a Victor Hugo: « Ningún hombre de su época se rozó con mayor » número de ideas. » Ninguno, talvez, realizó con la pluma prodijios mayores. Él destruyó para construir, sublevó el espíritu nuevo contra el espíritu viejo i convirtió en campo de batalla la república literaria del siglo XIX.

Su nombre, como el *Islam i sangre* de los mahometanos o el *Cierra Santiago* de las huestes castellanas, repercutía como grito de combate. Cuando el cuerno d'Hernani resonaba, todos los espíritus independientes se apercibían a luchar, porque el romanticismo francés, que empezó con Chateaubriand por una exaltación algo mística i algo monárquica, se fué modificando con Victor Hugo hasta significar emancipación del pensamiento, quiere decir, libertad en la Ciencia, en el Arte i en la Literatura.

Siempre que Victor Hugo quiso levantar su voz de bronce, todos guardaron silencio para recojer las palabras i entregarlas a los vientos de la Tierra. Los escritores de su tiempo le apostrofaban como Dante a Virgilio: « Tú eres el guía, el señor i el maestro. » (1)

Aunque los naturalistas pretendan derivarse de Stendhal i Balzac, revelan a cada paso la filiación romántica, dejan ver que avanzan en la inmensa trocha descubierta por el hacha de Victor Hugo. Zola, en sus continuos arranques de mal humor, rabia de seguir involuntariamente el impulso del *Maestro* i no poderse quitar el penacho romántico.

Ser traducido al español, inglés, italiano, alemán, griego i ruso, saliendo a luz lo mismo en París que en Madrid, Londres, Roma, Berlín, Atenas i Sanpetersburgo, sólo él lo consiguió. En todas partes se introdujo a dominar, a imponerse. ¿Qué literatura no conserva hoi huellas de imitación romántica?

---

(1) Tu duca, tu signore e tu maestro.

II

Victor María Hugo nació en Besançon el 26 de Febrero de 1802, i fueron sus padres el Jeneral José Leopoldo Sejisberto Hugo, hijo de un carpintero de Nancy, (1) i Sofía Francisca Trébuchet, hija de un armador de Nantes. Vivió, pues, más de ochenta i tres años, viendo desaparecer a los principales autores de su tiempo, A. de Musset, Vigny, Lamartine, Sainte-Beuve, Dumas, George Sand, etc., a sus hermanos Eujenio i Abel, a su hija Leopoldina, a su esposa i a sus hijos Carlos i Francisco. De sus descendientes le quedaban, su hija Adela, encerrada desde 1872 en una casa de locos, i sus nietos Jorje i Juana.

Hijo de un soldado que hoi atravesaba los Alpes i mañana los Pirineos, Victor Hugo, a las seis semanas de nacido, fué llevado por sus padres a Marsella i después siguió residiendo en Córcega, la Isla de Elba, París, Turín, Florencia, Roma, Nápoles i Madrid, donde permaneció en el Colejio de Nobles desde principios de 1811 hasta la Primavera de 1812.

A los diez años intentaba versificar sin conocer la métrica, a los doce componía sus primeros versos consagrados a Orlando, i de los trece a los dieciseis, no sólo había escrito innumerables composiciones, tanto orijinales como traducidas del latín o imitadas de Ossian, sino un poema sobre el diluvio, el

(1) E. Fournier. — *Souvenirs poétiques de l'école romantique.* E. Biré. — *Victor Hugo avant 1830.*

cuento *Bug Jargal*, la trajedia *Irtameno*, la zarzuela *De algo sirve el acaso*, el melodrama *Inés de Castro*, etc. A los quince años obtuvo una mención en el concurso de la Academia francesa, i a los dieciocho ganó el título de maestre en los Juegos florales de Tolosa. Chateaubriand le llamaba con justicia « el niño sublime. »

Desde fines de 1819 hasta principios de 1821 colaboró asiduamente en el *Conservador literario*, periódico bimensual, fundado por él i sus hermanos. Sus escritos del *Conservador* se distinguen por el subido tinte monárquico, relijioso i hasta clásico.

En 1822 dió a luz con el título de *Odas i Poesías diversas* su primera colección de versos, obtuvo de Luis XVIII una pensión anual de 1000 francos i contrajo matrimonio con Adela Foucher, la virjen celebrada en el libro V de las *Odas*, la esposa glorificada en los *Cantos del Crepúsculo*.

De 1823 hasta 1830 inclusive, publicó *Han de Islanda* (1823), *Nuevas Odas* (1824), la redición esplanada de *Bug Jargal* (1826), *Odas i Baladas* (1826), *Cromwell* (1827), las *Orientales* (1829), el *Ultimo día de un condenado a muerte* (1829), *Marion de Lorme* (1829), i *Hernani* (1830) Estas obras levantaron una tempestad de aplausos i recriminaciones.

El prefacio de *Cromwell* produjo tanta resonancia que alguien le llamó el decálogo del romanticismo. La primera representación *d'Hernani* se convirtió en la encarnizada lucha de dos partidos, en el Waterloo de la clásica trajedia francesa. Con la obra de Victor Hugo se impuso el drama romántico, rematándose la campaña empezada por Alejandro Dumas

con *Enrique III* i por Alfred de Vigny con la traducción de *Otelo*. Como los veteranos del Imperio s'enorgullecían de haber peleado en Austerlitz, así los viejos románticos se vanagloriaban de haber asistido a la jornada *d'Hernani*. « Esa noche, dice » Théophile Gautier, decidió de nuestra vida. » (1)

En aquella época, antes de los treinta años, Victor Hugo había inspirado ya el odio implacable que Byron infundió en ciertos meticulosos espíritus de Inglaterra i el amor llevado al delirio que Gœthe despertó en algunas nobles almas de Alemania. Si no faltó quien l'execrara como al Atila de la Literatura, hubo también hombres acometidos de hugolatría. Refiere Théophile Gautier que al ser presentado a Victor Hugo por Petrus Borel i Gérard de Nerval le faltó poco para desmayarse como Ester en presencia de Asuero. Lo que más le sorprendía en Victor Hugo era « la frente monumental, de amplitud » i belleza sobrehumanas, frente digna de llevar la » corona de un Dios o un César. » (2)

De 1830 en adelante la fecundidad de Victor Hugo raya en asombrosa; como Lope de Vega i Gœthe, lo abarca todo, lo emprende todo i lo puede todo. Cuando los demás incuban una estrofa o un canto, él produce un poema o un libro. Unos brillan como poetas líricos, otros como épicos o dramáticos; pero él se destaca sobre todos como el poeta único i de una pieza. Todo lo canta, desde la concha del Océa-

(1) *Histoire du romantisme.*

(2) Soumet escribía en 1820 a un amigo: « Cet enfant (V. Hugo), « a une tête bien remarquable, une véritable étude de Lavater. » (E. Biré. — *Victor Hugo avant 1830.*)

no hasta el musgo de las montañas, desd'el sapo hasta la estrella, i desd'el amor que hace morir hasta el odio que hace matar. Vuela como el cóndor i trabaja como la hormiga. Asombra con la intensidad i estensión de su vida: no se abruma con la faena diaria, no siente la impotencia de la vejez, i por más de medio siglo publica volúmenes tras volúmenes que vienen al campo de la literatura francesa, como la creciente inundación de un Nilo inagotable.

III

Su obra, semejante al escudo de Aquiles, encierra la completa figuración de la vida, merece titularse como el libro de Humboldt, *Cosmos*.

Para estudiar el espíritu de nuestro siglo necesitamos leer las pájinas del gran poeta: conociendo a Victor Hugo, sabemos lo que fuimos, lo que somos, lo que anhelamos ser. Más que el tipo de una raza, debe llamarse el hombre representativo de una época.

Victor Hugo pertenece a la familia de los jenios eminentemente progresivos que se despojan hoi del error adquirido ayer: pájaros en eterna muda, a cada movimiento de sus alas dejan caer una pluma descolorida i muerta. Realista en l'adolescencia, bonapartista en la juventud, republicano en la edad viril, socialista en la vejez, sintetiza la evolución de un cerebro que avanza en espiral ascendente. Vilipendiarle por la variación de sus ideas vale tanto

como acusar a la semilla de trasformarse en árbol. La piedra que baja en virtud de su peso, traza la línea recta; pero el tren, el humo i hasta el águila, siguen las entrantes i salientes de una curva para ganar en altura. Pasar de monarquista a republicano, de creyente a librepensador, significa ascender. Con razón, en 1853, comparando su vida intelectual con la tempestuosa carrera de Ney i Murat, esclamaba que « el orgullo en l'ascensión era permitido cuando » en el último tramo de la escala luminosa se habia » encontrado la proscripción ».

Erró al figurarse que la Restauración borbónica daría libertad al pueblo francés i que el Pontificado de Mastai Ferretti sería l'alianza entre la Iglesia i la civilización; pero combatió infatigablemente por la segunda República, vivió cerca de veinte años en el destierro, i clavó en la picota de los *Castigos* al Emperador de Sedán i al Pontífice de Mentana.

Su acción política no se iguala con su influencia literaria. Como *par* de Francia sostuvo duelos de palabra, tan gloriosos como las justas de los antiguos paladines; pero no arrastró con sus discursos a las muchedumbres, no tuvo en sus manos la suerte de Francia, no representó el encumbrado papel de Lamartine. Su gloria como político se funda en haber sido un Homero con gorro frijio i blusa democrática.

La lectura de Victor Hugo, como poderoso estimulante, hace brotar ideas; sus palabras actúan en el cerebro como el abono en la tierra. Cuanto produce atesora el calor de la vida. Sus poemas no se limitan a cristalizaciones minerales con las facetas del diamante; son cuerpos organizados en que se palpa el

movimiento de la savia o la circulación de la sangre. Al leerle, « esperimentamos l'admiración por el es» crito i el gozo d'encontrar en el poeta al pensador » ligado con todos los problemas que interesan a la » Humanidad. » (1) Como lo confiesa él mismo, tiene « corazón hasta en la cabeza, entrañas en la intelijencia. » En su poesía desborda la piedad hacia los desgraciados i relampaguea la ira contra los opresores. Él no renegó como Byron ni desesperó como Leopardi, i si alguna vez blandió la espada de fuego, siempre mostró en su frente olímpica el nimbo de la esperanza.

Si no deja como Gœthe una huella indeleble en las Ciencias naturales, imprimió en el idioma francés la efijie inalterable de su jenio: queda como el insuperable maestro de la forma i del colorido. Él dió a las palabras la ductilidad del oro i la maleabilidad de l'arcilla plástica. Las frases dijeron siempre cuanto les mandó decir, produjeron las grandisonancias que les ordenó producir. Los ritmos le obedecieron como a César sus lejiones. Tiene versos lapidarios que encierran síntesis admirables, ideas que parecen presentimientos de leyes científicas o tajos de luz abiertos en lo impenetrable. Cuando el pensamiento se pierde en las abstracciones metafísicas o en las nebulosidades apocalípticas, el verso conserva su inimitable sonoridad, i produce el efecto de una música subterránea o recuerda el rítmico galope de un caballo en las tinieblas.

El adolescente que en 1816 escribía: « Quiero ser

(1) E. Véron. — *L'Esthétique.*

Chateaubriand o nada », consiguió más de lo deseado, fué el poeta del Siglo.

IV

Voltaire se levanta como el escritor francés más digno de colocarse frente a Victor Hugo; la tarea demoledora del uno en el siglo XVIII vale tanto como la obra literaria del otro en el siglo XIX. Voltaire, que se realza con el mérito de haber escrito a riesgo de la libertad i la vida, presenta una desventaja. Sin decir con Pascal: « injenio burlón, mal injenio », puede asegurarse que si la Humanidad ríe con los escritores alegres, no adora más que a los hombres serios. Momo no será nunca la divinidad de un pueblo. Injenio esencialmente satírico, aguzado por irresistible comezón de risa, Voltaire lo sacrifica todo al placer de lanzar un chiste i descubrir la parte vulnerable de sus adversarios. Victor Hugo es un carácter radicalmente grave: la chispa francesa no brota en él espontánea, sino estudiadamente. Lo que en Voltaire concluye por una risotada rabelesiana, en Victor Hugo termina por estupendos estallidos de cólera dantesca. Voltaire aplica en la piel de su enemigo vejigatorios microscópicos; Victor Hugo descarga mandobles que matan o dejan cicatrices indelebles. Voltaire no causa respeto i, como un viejo medio alegre i medio libertino, hace que le llamemos *el papá Voltaire*; Victor Hugo infunde cierto alejamiento i, como en patriarca optimista i bondadoso, hace que le llamemos *el padre Hugo*. Sin embargo, el uno

se completa con el otro, i algo habría faltado a la Humanidad si no hubieran existido Voltaire i Victor Hugo. Ambos poseyeron l'audacia en las ideas, la universalidad de la inspiración, la constancia en el trabajo, la combatibidad infatigable, la vejez sin decrepitud i la fuerza tenaz de arraigarse a la vida.

Francia tuvo la gloria de producir a Napoleón Bonaparte — el hombre de la espada, i a Victor Hugo — el hombre de la pluma. El uno abre el Siglo con sus campañas, el otro le cierra con sus libros. El uno representa la plenitud en la vida de l'acción, el otro la exuberancia en la vida del pensamiento. Victor Hugo es el Napoleón de la palabra, Napoleón el Victor Hugo del hierro. Soldado i poeta se distinguen por la enormidad i la fuerza. Si el uno gana batallas, el otro escribe poemas; i el artista no cede ante el guerrero, pues tanto valen los *Castigos* o la *Leyenda de los Siglos* como las Pirámides o Marengo. Ambos sintieron los éstasis de la victoria, ambos probaron las amarguras del destierro, ambos sembraron amores profundos i odios implacables, ambos hicieron repercutir su nombre en los más apartados rincones del Globo. Reyes d'Europa rindieron vasallaje a Napoleón; esceptuando a Lamartine i A. de Vigny, los poetas franceses del poeta romántico (1) siguieron las huellas de Victor Hugo. Como Bonaparte, muere en Mayo, mes de las aves, de las flores i de los poetas. Hai una diferencia: Napoleón terminó su vida, triste, desesperado, en una isla estéril; Victor Hugo

(1) « La littérature romantique s'étend pour nous de 1820 à 1842. » — ASSELINEAU.

acaba de morir tranquilo, en el seno de sus amigos, llorado por un pueblo noble i grande teniendo por catafalco el Arco de Triunfo. La muerte así equivale a una trasfiguración.

Los siglos correrán, i todas las medianías que surjen para deslumbrar a sus contemporáneos desaparecerán en las tinieblas del olvido, mientras la figura ideal de Victor Hugo irá creciendo en proporción a la distancia que la separe de nosotros. Como se dice, la Grecia de Homero, la Italia de Dante, la España de Cervantes i l'Alemania de Gœthe, se dirá la Francia de Victor Hugo.

1885.

RENAN

I

Al mismo tiempo que Victor Hugo hizo de la poesía un arma democrática, vino Renan a convertir la erudición en arte májica de infundir la incredulidad.

Después de Lutero i Voltaire, pocos hombres encendieron polémicas más virulentas ni desencadenaron cóleras más furibundas.

Al traducir el *Libro de Job*, Renan se presentó como un nuevo escomulgado entre los mil autores inscritos en el Indice; al perder su cátedra en el Colejio de Francia, por haber negado los dogmas del Catolicismo, se rodeó de celebridad entre librepensa-

dores i eruditos; pero al escribir la *Vida de Jesús*, se convirtió en objeto d'execración universal, en cabeza de turco donde los más inofensivos se juzgaron con derecho de asestar un puñetazo.

Como en tiempo de las Cruzadas, justos i pecadores se creían obligados a romper una lanza en Tierra santa, así, desde 1863 hasta 1870, los buenos i malos discípulos del Nazareno tomaron a punto de honra esgrimir la pluma contra Renan. Mil salieron a la palestra, desde Pío IX que le llamó « el blasfemador francés », hasta el obispo Dupanloup que le amenazaba con los « rigores del brazo secular ».

Hubo más: protestante i papista, que nunca logran ponerse de acuerdo, se confabularon amigablemente para denigrar el libro i escarnecer al autor. No se concibe hoi la ira que sintieron algunos protestantes porque el hijo de Athanase Coquerel dió a Renan el tratamiento de *querido amigo*.

Hubo más todavía: los librepensadores le atacaron por razones contrarias, pues encontraron la obra llena de miramientos, transacciones i reticencias, cuando habrían querido que la pluma de Renan se hubiera trasformado en arma hiriente i cortante, en la segunda lanza de Lonjino.

Se formaría una biblioteca mui voluminosa, aunque no mui amena, con todo lo escrito para insultar a Renan i combatir la *Vida de Jesús*. Al estallar la guerra franco-prusiana, comenzó el apaciguamiento hacia el hereje i declinó una literatura cultivada por hombres de buenas intenciones, a falta de jenio.

Renan, que no tuvo mui desarrollado el órgano de la combatibidad, continuó encerrado entre sus pape-

les, sin dejar su siriaco, su hebreo, su arábigo ni su griego, mientras zumbaba el huracán i se desencadenaban los truenos. Apenas si concedió importancia al decreto imperial que le destituía de la cátedra en el Colejio de Francia, apenas si una que otra vez se sulfuró con los repetidos i malévolos ataques de Dupanloup. La controversia con adversarios intransijentes i de male fe, el combate rastrero donde se gasta más lodo que tinta, no cuadraban con la índole del hombre que reunía la mansedumbre de Kant a la sencillez de Spinoza.

Calumniado como nadie, nunca se vindicó, porque « no creía en la eficacia de las calumnias, porque » estaba persuadido que para los espíritus serios la » rectitud del hombre honrado se revela siempre (1). Nunca sostuvo polémicas. « En la polémica, decía, » hai que saber encontrar el lado frájil de sus ad- » versarios i cebarse en él, no tocar las cuestiones » inciertas, guardarse de toda concesión, en fin, re- » nunciar a la esencia misma del espíritu científico » (2).

Los enemigos de Renan eran lobos que aullaban inútilmente; él, un termite infatigable i silencioso que seguía corcomiendo el madero del Calvario.

II

Hoi nos admira el escándalo que la *Vida de Jesús* produjo en la Francia bonapartista i gazmoña. Un

(1) La chaire d'hébreu au Collège de France.
(2) Études d'histoire religieuse. Préface.

pueblo donde escribieron Bayle, Fréret, Diderot, Voltaire i D'Alembert, donde pasó el soplo racionalista i laico de la Revolución, donde Dupuis i Volney redujeron toda la leyenda del Evanjelio a un mito solar, donde Parny cantó la *Guerra de los Dioses*, donde Laplace, Stendhal i Proudhon hicieron gala de ateísmo ¡ s'escandalizaba porque un erudito negaba la divinidad de Jesús !

Sin embargo, muchos contemporáneos de Renan hicieron tanto como él i acaso más en lenguaje menos apacible, sin que el aire se cargara de tempestades. No contando con las traducciones de Strauss, Feuerbach i algunos otros alemanes, merece recordarse a Patrice Larroque (1), que niega el orijen sobrehumano de la Biblia i combate uno por uno todos los dogmas cristianos; a A. Peyrat (2), que destruye la divinidad de Jesucrisio i l'autenticidad de los cuatro Evanjelios; a Félix Pécaut (3), que no admite la perfección humana de Jesús.

Si Renan procede con atenuaciones, circunloquios i cortesía, no debe inferirse que intenta une obra de transacción entr' el fanático i el ateo, ni afimar con Jules Levallois que la *Vida de Jesús* levantó unánime tempestad en los bandos más opuestos, porque « nada separa tanto a los hombres como una » tentativa de reconciliación que no se realiza (4) ». Cierto, Renán al convertir en hombre al Dios usa de gran cautela; pero todos los subterfujios mora-

(1) Examen critique des doctrines de la religion chrétienne.
(2) Histoire élémentaire et critique de Jésus.
(3) Le Christ et la conscience.
(4) Déisme et Christianisme.

les, todas las edulcoraciones de lenguaje, no pasan de recursos literarios para ganarse la benevolencia del lector. Jesús se diseña con rasgos tan admirables i simpáticos, se ha embellecido tanto con los adornos adventicios de la leyenda, representa un modelo de mansedumbre tan sublime, que al embestirle con odio i rabia se despierta la invencible antipatía de los lectores, se pierde toda probabilidad de buen éxito en el ataque, s'emprende una obra perjudicial i contraproducente.

Renan mide mui bien la magnitud de su demolición, sabe que basta despojar a Cristo del barniz divino para que venga por tierra el edificio inmenso del Catolicismo. Emprende con toda consciencia una labor profundamente radical, i sólo por maquiavelismo puede calificarse de « respetuoso disidente » i pronosticar que « algún día la Iglesia le invocará » como un apolojista ».

No : la Iglesia le anatematizará siempre como al peor enemigo, i con razón, por incurrir en el imperdonable delito de hacerse leer, por causar a la fe católica el mismo daño que puñal escondido en ramo de flores o veneno en copa de oro. Jeneralmente, las vidas de Jesús pecan de ilejibles i enojosas, en tanto que la de Renan es atrayente, lijera, por decirlo así, alada. Tiene sabor helénico, i en muchas pajinas trasciende a idilio virjiliano. Si no merece titularse un libro divino, en el sentido que los ortodojos dan a la palabra, debe llamarse algo que vale mucho más, un libro perfectamente humano. Al terminar su lectura, se ve que el hijo de María gana inmensamente con perder la divinidad, pues de som-

bra mítica i lejendaria se trasforma en personaje real e histórico. Ningún hombre puede quejarse de que se le haya consagrado monumento igual, i si volviera Jesús al mundo, talvez preferiría ver encarecidas sus acciones puramente humanas en el libro de Renan a ver glorificados sus prodijios de taumaturgo en los Evanjelios.

La *Vida de Jesús* posee un mérito indiscutible, una escelencia que la impone i l'hará vivir, la forma. Renan confiesa que gastó un año en correjirla, porque el asunto requería toda sobriedad i toda simpleza. I con su trabajo asiduo consiguió lo que más enorgullece al artista, disimular el arte. En las muchas cualidades del estilo resalta la suprema, la que parece resumirlas todas, la claridad: no se necesita volver sobre una frase para comprender el sentido, no hai que desperdiciar en interpretarla el tiempo que debe aprovecharse en meditarla. Como decía Joubert de Platón, « el lenguaje se colora con el » esplendor del pensamiento ».

La *Vida de Jesús* comprueba una vez más el dón que tienen algunos escritores franceses de componer con materiales ajenos un libro de apariencia orijinal. La indijesta erudición de los exejetas alemanes se convierte con Renan en disertación agradable; o de otro modo: la melaza turbia de los autores jermánicos, al sufrir las manipulaciones del gran estilista francés, se clarifica, i se cristaliza con las facetas del diamante.

III

A Renan hai que examinarle por distintos lados, porque no es una esfera sino un poledro irregular.

Él se pinta así: « Estuve predestinado a ser lo » que soi: un romántico que protesta del romanti- » cismo, un utopista que predica en política el a ras » del suelo, un idealista que inútilmente se afana en » parecer burgués, un tejido de contradicciones que » recuerdan el hicocervo de la escolástica, dotado » de dos naturalezas. Una de mis mitades se ocupa » en demoler a la otra, como el animal fabuloso de » Ctesias se comía las patas sin notarlo (1) ».

Si un tonsurado cuelga los hábitos, se convierte a menudo en enemigo implacable del Catolicismo i en el más terco refutador de sus dogmas. Sólo en un fraile ex-papista como Lutero se concibe una cólera tan violenta contra los papas. Renan se manifiesta impío sin hiel, hereje con la seráfica unción de un eclesiástico. Habla del Catolicismo con respeto, casi con veneración; rebosando de ternura inefable, recuerda sus primeros años de fe; confiesa que a la educación relijiosa debe todo lo bueno que hai en su naturaleza; i se lamenta de haber contristado con sus ideas heterodojas a sus primeros institutores, los venerables sacerdotes de Tréguier. De ahí nace que sus libros encierren un mérito raro en nuestro siglo — la serenidad. Aunque Renan se manifieste

(1) Souvenirs.

sentimental i melancólico, se aleja mucho de los autores que escriben en continua exaltación nerviosa. Se cierne sobre los acontecimientos i las personas como si fuera de otro planeta, muchas veces como el Micrómegas de Voltaire.

Renan no pasó del misticismo a la voluptuosidad. Cortó su carrera eclesiástica i abandonó el seminario de San Sulpicio, no para entregarse libremente a sus pasiones, sino porque la meditación i la lectura de los alemanes, particularmente de Hegel, le probaron que sus antiguos maestros no eran infalibles. Confiesa que toda la vida se mantuvo casto, que sólo amó a cuatro mujeres, su madre, su hermana Enriqueta, su esposa i su hija, que en los dinteles de la vejez vino a comprender las palabras del Eclesiastés: « Anda, pues, come tu pan i regocíjate con la mujer » que amaste un día ». Sin embargo, « desde niño » entrevía la hermosura como dón tan superior que » el talento, el jenio, la virtud misma, eran nada en » comparación »; i en su vejez escribe frases que recuerdan a Heine predicando la rehabilitación de la carne o a Zola defendiendo la dignidad i nobleza del acto jenésico : « ¡ Qué, dice, la obra por escelencia, la » continuación de la vida estará ligada con un acto » ridículo ú grosero ! » Quizá en el erotismo senil de Renan hai un simple recurso literario, un contajio del naturalismo. Sólo así puede esplicarse que haya escrito : « El libertino tiene razón i practica la ver- » dadera filosofía de la vida. »

Renan se presenta como ave rara en su época i en su nación, por el desinterés o « desprendimiento » de los bienes temporales », según decia. Sus obras

le produjeron mui poco: mientras novelistas i dramaturgos acumulaban sumas injentes i vivían rejiamente, él vejetaba en la medianía i, a no ser por el Gobierno de la República, habría muerto en la escasés. Cuando el Imperio, al quitarle la cátedra d'hebreo, quiso darle una compensación, él la renunció altivamente. Sin ser despilfarrador como Lamartine o pródigo como Dumas, no tuvo como Voltaire i Victor Hugo la ciencia práctica de la vida. Su felicidad habría consistido en que alguien hubiera tomado a cargo alojarle, alimentarle, vestirle i calentarle, dejándole su completa libertad. Poco más o menos, la dicha del buen abad que pide una buena biblioteca i no desdeña un buen refectorio.

Contrariamente al pesimismo jeneral, Renan se regocijaba de haber nacido i proclamaba el placer de vivir. Siempre se mostró satisfecho, salvo que toda su satisfacción no pasara de un velo discreto para disimular los combates interiores. Quizá ni su alegría ni su tristeza fueron mui profundas, porque el verdadero fondo de su carácter parecía un egoísmo sonriente, amable i de buen tono. Él mismo declara con llaneza que de su educación clerical guardaba el horror a las amistades particulares, que nunca prestó servicios a sus amigos i por consiguiente a nadie. Es probable que todos los dolores de la Humanidad no le quitaron una hora de sueño. Le tocó buen asiento para ver la representación del drama, i se divertía sin cuidarse mucho de averiguar si sus prójimos se divertían también. Hombre ajeno a las pasiones profundas i por consiguiente a los dolores profundos, miraba el Universo por el

lado bueno i profesaba un optimismo tan exajerado que más de una vez parecía irónico. Quién sabe si toda su filosofía optimista s'esplica por este arranque: « Debemos la virtud al Eterno; pero, como » desquite personal, tenemos derecho de juntarle la » ironía. Así devolvemos a quien lo merece, burla » por burla: hacemos la misma pasada que nos » hicieron ».

IV

Paul Bourget afirma que la obra de Renan, tomada en conjunto, es una obra de ciencia. ¿ Erudición no convendría más? Una serie d'encadenamientos lójicos i sin contradicciones, un todo inatacable i compacto, en fin, una gran pirámide de observaciones rematada con l'afirmación de una lei, eso no se busque en los escritos de Renan. Él mismo lo conoce cuando en su vejez se lastima de haberse consagrado a investigaciones « que nunca lograrán imponerse i » quedarán siempre como interesantes consideracio- » nes acerca de una realidad desaparecida para no » volver (1) ».

Renan costeó el continente científico a manera de un Américo Vespucci; pero no penetró en él como un Hernán Cortés o un Pizarro. Así, recordando a Schopenhauer, llama al amor « voz lejana de un » mundo que quiere existir » ; recordando a Darwin, afirma que « el amor orijinó la belleza en el animal »;

(1) Souvenirs.

recordando a Jacobi, dice que « sus antepasados le » legaron sus añejas economías de vida, que piensa » por ellos » ; recordando a Flammarion, escribe : « Pensemos que todo lo existido existe aún en al- » guna parte como imajen capaz de ser reani- » mada. Los *clichés* de todas las cosas se conservan. » Los astros de la estremidad del Universo reciben » actualmente la imajen de acontecimientos reali- » zados hace muchos siglos. Las matrices de todo » lo existido viven escalonadas en las diversas zonas » del espacio infinito ». Pero ninguna consecuencia debemos sacar de semejantes salidas o ráfagas : en otras pájinas, a veces en la misma, insinúa lo contrario.

Al leer su *Porvenir de la Ciencia*, al recordar que alguna vez otorgó a los futuros químicos un poder sobrehumano, al oírle sostener que « el mundo » nos revela un'ausencia completa de plan reflexio- » nado a la vez que el mismo esfuerzo espontáneo » del embrión hacia la vida i la consciencia », se le creería un sabio moderno; pero al ver sus continuas divagaciones en la esfera del misticismo, al escucharle profetizar la inmortalidad del sentimiento relijioso i proferir que « sólo un materialismo grosero » puede atacar esa necesidad eterna de nuestra naturaleza », se le distingue a mil años de un Taine declarando que el vicio i la virtud son productos naturales como el vitriolo i el azúcar, o de una madame Ackermann proclamando que « el elemento de las » relijiones es la ignorancia », que « la Fe desapare- » cerá con la Ciencia », que « una Humanidad más » civilizada no necesitará creer sino saber ».

No se le compare con Darwin o Spencer, no se le pida tampoco l'audacia de un Feuerbach para derribar todo el edificio relijioso de la Humanidad, ni de un Hæckel para reconstituír la evolución de la vida en el Planeta; pero, sin salir de Francia ni penetrar en el dominio de las Ciencias naturales, compáresele con Letourneau, André Lefèvre o Guyau. Junto a la *Irrelijión del Porvenir* o al *Bosquejo de una Moral sin obligación ni sanción*, muchos libros de Renan parecen anticuados i retrógrados. Hasta Vacherot llegó a conclusiones más atrevidas sobre el porvenir sicolójico de la Relijión. Su gran audacia consistió en negar la divinidad de Cristo i sostener, aunque no siempre, la concepción hejeliana del Universo, es decir, considerarle como un sér en la jestación de Dios.

Por diferentes razones, los escritores ortodojos le acusan de autor escéptico i frívolo. No, Renan no debe llamarse un escéptico, porque si puso en duda lo dudable i lo dudoso, como son las cosas relijiosas i morales, creyó ciegamente en la demostración matemática i aceptó el hecho comprobado con la observación i el esperimento. Tampoco merece llamarse frívolo, porque la *Misión de Fenicia*, la *Historia de los orijenes del Cristianismo*, la *Historia del pueblo de Israel*, la *Historia jeneral de las lenguas semíticas* i el *Corpus semiticarum inscriptionum*, revelan profunda erudición i larguísimo estudio, son obras de benedictino. Cierto, Renan pagó tributo a su época, escribiendo volúmenes de simples amenidades o amplificaciones; pero, semejantes libros, compuestos muchas veces para ceder a la petulancia

voraz de los editores, no encerraban la savia ni el meollo de su jenio : eran cosas análogas a los entretenimientos o desahogos del artista que después de fabricar una basílica iluminaba una miniatura o cincelaba una copa.

Todos los defectos de Renan s'esplican por la exageración del espíritu crítico : el temor d'engañarse i la manía de creerse un « espíritu delicado i libre « de pasión », le hacían muchas veces afirmar todo con reticencias o negar todo con restricciones, es decir, no afirmar ni negar i hasta contradecirse, pues le acontecía emitir una idea i en seguida, valiéndose de un *pero*, defender lo contrario. De ahí su escasa popularidad : la multitud sólo comprende i sigue a los hombres que franca i hasta brutalmente afirman, con las palabras como Mirabeau, con los hechos como Napoleón.

V

José Ernesto Renan, nacido en Tréguier el 27 d'Enero de 1823, murió en París el 2 de Octubre de 1892.

Él, que solía poner en duda la existencia de Dios i la inmortalidad del alma, nada temió tanto como la decadencia cerebral i de nada cuidó más que de su fama póstuma. « ¡ Cuánto me dolería, dice, el atra- » vesar un período de apocamiento en que el hombre » antes fuerte i virtuoso queda reducido a la sombra » i a la ruina de sí mismo, causando muchas veces » el regocijo de los tontos al ocuparse en destruír la

» vida que laboriosamente edificó ! Semejante vejez
» es el peor dón que los dioses otorgan al hombre.
» Si tal suerte me cabe, protesto de antemano contra
» las flaquezas que un cerebro reblandecido me haga
» decir o firmar. A Renan sano d'espíritu i de cora-
» zón, como estoi ahora ; no a Renan medio destruído
» por la muerte i no siendo ya el mismo, como seré
» si me descompongo lentamente, es a quien yo quiero
» que se oiga i crea ».

Había deseado morir violentamente en el campo de batalla o asesinado en la curul del senador, i en algo se cumplieron sus deseos, pues s'estinguió dulcemente, sin agonía dolorosa, conservando hasta los últimos momentos la lucidez cerebral. Con él no hubo mascaradas relijiosas ni se pudo fraguar leyendas de muerte desesperada a lo Juliano el Apóstata ni arrepentimiento *in extremis* a lo Littré o Claude Bernard. Al sentirse grave, hizo prometer a su familia que no le llamarían sacerdotes aunque en el delirio de l'agonía le oyeran clamar por los auxilios espirituales. Casado con una protestante, el asalto clerical fué imposible.

Al compulsar hoi los trabajos de Renán, se admira dos cosas : la flexibilidad del talento i la inmensa laboriosidad. El mismo hombre que descifra una vieja i borrosa inscripción semítica, escribe los *Dramas filosóficos* o los *Recuerdos de infancia i juventud*. Como Voltaire, maneja la pluma con mano moribunda i sólo descansa al hundirse en el sepulcro. Achacoso, amenazado ya por la muerte, dicta dos cursos en el Colejio de Francia i trabaja sin reposo en concluír su *Historia del pueblo de Israel*. Más di-

choso que su amigo Taine, no deja inconclusa ninguna de sus grandes obras.

¿Cuál de sus trabajos sobrenadará en el futuro naufrajio de lo escrito en el siglo XIX? ¿Quién acierta en profetizar la selección que realice el porvenir? Quevedo, uno de los hombres más sabios de su tiempo, vive por las letrillas i romances, por lo que él consideraba como lo superfluo de su injenio. Ni los autores mismos conocen la suerte de sus obras: dicen que Petrarca cifraba la gloria en sus versos latinos, que Newton apreciaba tanto su libro sobre el Apocalipsis como sus tratados de Matemáticas.

Algo semejante sucede ya con Renan: se olvida al colaborador de Victor Leclerc, al autor de *Averroes i el Averroísmo*, la *Misión de Fenicia* o la *Historia jeneral de las lenguas semíticas*, para sólo recordar al estilista de la *Vida de Jesús*. Él escribe que de todas sus obras prefiere el *Corpus semiticarum inscriptionum* (1).

Puede la Ciencia destruír una parte de su obra, como sucede ya con el *Orijen del lenguaje* o la *Historia jeneral de las lenguas semíticas;* pero el Arte conservará siempre mil i mil de sus pájinas donde s'exhala el aliento de una juventud eterna i se aspira el inefable aroma de la vida.

Renan se dibuja como un erudito que se duele de haberse consagrado a la erudición i como un literato que s'enorgullece de tener en menos la literatura. Dice que no adolece de vanidad literaria, que algún tiempo de su vida hizo caso de la literatura por sólo

(1) James Darmesteter. — *Revue Bleue*, 21 *octobre* 1893.

complacer a Sainte-Beuve que ejercía mucha influencia en él. Sin embargo, antes de conocer íntimamente a Sainte-Beuve i después de haber escapado a su influencia, escribió frases, pájinas i libros enteros de simple literatura. Cuando se afirma que « el » desierto es monoteísta », que « las paralelas s'en- » cuentran en lo Infinito », qué « si la Naturaleza » fuera mala sería fea », que « Dios es ya bueno; » pero no todopoderoso i que sin duda lo será un » día » ¿no se construye frases puramente literarias? Cuando s'escribe la *Plegaria en el Acrópolis* o *Emma Kosilis* ¿no se llena pájinas puramente literarias? Cuando se compone los *Recuerdos de infancia i juventud* ¿no se hace libros puramente literarios i hasta lamartinianos con una Graziella en forma de Noemí?

En fin, Renan es un eximio estilista i, sobre todo, un vulgarizador que realizó con la Exejesis alemana lo mismo que madame Staël i Egger intentaron con la literatura i la filolojía jermánicas. En el panteón ideal del Arte francés ocupará un lugar cerca de Lamartine, porque no media gran distancia entre *Jocelyn* i la *Vida de Jesús*. Si Lamartine fué poeta estraviado en la política o abeja que labró su panal en el gorro frijio, Renan fué poeta emparedado en la erudición o un Ariel que llevó en sus alas el polvo de una biblioteca.

1893.

VALERA

I

Con siete laminitas de marfil, que representan cinco triángulos i dos cuadriláteros, se divierten los chinos en formar cientos i cientos de las figuras más caprichosas. En análogo juego de paciencia s'ejercitan hoi muchos versificadores americanos i españoles, pues con cinco adjetivos, una frase del siglo XVI i otra frase traducida o imitada de algún escritor francés, componen redondillas, décimas, sonetos, silvas i cuantas combinaciones métricas conocieron Renjifo i Hermosilla.

¿Se quiere adjetivos en las composiciones poéticas de Valera?

Y de mi triste llanto se burlaban
Los tibios rayos de la luna, el aura
Efervesciente en chispas vividoras
Y las antes recónditas estrellas.

Un poeta más conciso habría encerrado lo mismo en dos versos :

Y se burlaban de mi llanto, el aura,
La Luna i las estrellas ;

pero tenía que haber un « llanto triste », unos « ra» yos tibios », un « aura efervesciente », unas « chis» pas vividoras » i unas « antes recónditas estre» llas ». Lo curioso es que no la Luna, sino sus rayos, se burlaban del autor i que los burladores rayos eran *tibios*.

¿Se quiere frases hechas?

La espéranza, esa flor de primavera,
Fresca i lozana cuando Dios quería.

El « cuando Dios quería » estuvo mandado archivar en tiempo de Garcilaso i fué usado por Sancho Panza al lamentar en Sierra Morena la pérdida del rucio. El mismo Valera confiesa que « en cualquiera » época hai un estilo de convención, un enjambre de » frases hechas, una manera, en suma, a la que se » adapta la turbamulta de poetas ».

¿Se quiere traducciones o imitaciones? La respuesta merece algunos párrafos.

Muchos atenúan el plajio con el eufemismo de traducción o imitación i consideran como corsarios con patente legal o marinos *caleteros* a los más desca-

rados piratas. Supongamos un Derecho marítimo redactado por la tripulación del Draque.

A un crítico madrileño se le antojó escribir que don Ramón de Campoamor metía con alguna libertad su hoz en la mies de Victor Hugo, i Valera entabló polémica en defensa del acusado. Defensa i polémica inútiles, porque nadie necesita de menos abogados i abogacías que el poeta de las *Doloras*. Por su rica fantasía, por su profunda intención filosófica, por su verso unas veces gráfico i otras alado, por su estilo viviente i personal, Campoamor compite con los mejores poetas del mundo. Es tan individual, *tan él*, que se denuncia en una línea; pero no dejenera en monótono ni obstruye con su personalidad i su egotismo. Su imajinación, como las rosas de Oriente, perfuma lo que toca. ¿Hai muchos hombres capaces d'escribir hoi las *Fábulas* o las *Polémicas* i mañana *Colón* o los cuadros dantescos del *Drama universal*? Los Tennyson, los Leconte de Lisle i los Carducci, no están encima de Campoamor ni l'eclipsan.

Lo que resultaría de la polémica puede calcularse recordando que las controversias literarias, como fogatas de leña húmeda, producen más humo que fuego. Conforme a las teorías sentadas por Valera, no plajia quien pone en consonante ajenos pensamientos consignados en prosa llana, o traduce en verso una poesía con tal de conservar o mejorar la hermosura del orijinal. Hurto es apropiarse brillantes u onzas; pero no diamantes en bruto para lapidarlos nosotros mismos, ni lingotes de oro para convertirles en bajillas grabada con nuestro monogra-

ma. Consecuencia práctica : al acercarse el Invierno, róbate la capa del vecino, i para que no te acusen de ratero, mándala teñir

Estos cuantos párrafos relevan de citar imitaciones i traducciones.

Con todo, Valera se cree poeta, como Lamartine se creía gran arquitecto, Chateaubriand gran diplomático, Ingres gran músico i Gavarni gran matemático.

II

Desde la malhadada polémica, Valera no desperdicia ocasión de zaherir a Victor Hugo, porque le guarda la ojeriza de Sancho a la manta. Se maneja con el poeta francés como el mozo chulo que de mala fe nos pisa un callo, i en el acto nos pide mil perdones i nos hace mil reverencias.

Una vez le censuró haber llamado a la Creación o Universo *le crachat de Dieu*, el esputo de Dios; no recordamos qué *magister* colombiano contestó que *crachat* debía de traducirse en ese caso por *condecoración;* i sobre si el Universo era condecoración o esputo, se renovó entre colombiano i español la disputa famosa de los *Dos Preceptores*.

Atacar todo lo francés, achaque de todo buen español. Algunos escritores castellanos copian, imitan o traducen a Victor Hugo, i apenas acaban de hacerlo, l'embisten i le denigran. Cosa mui natural : cuando un amigo nos convida la sopa, nos hartamos bien, i en seguida hablamos mal de la sopa i del amigo.

A más de la ojeriza con Victor Hugo, Valera tiene su pequeña neurosis, o como dicen los franceses, *son dada*, creerse escéptico. « Yo que soy un poco es- » céptico » dice a menudo. Cada uno está en su derecho para creer o no creer lo que se le antoja, i muchos no creerán semejante escepticismo, como no creen el republicanismo de Castelar. Diez contra uno, se puede apostar que Valera se hace cruces al abrir la boca, i bendice el plato antes de meter la cuchara.

Luis Carreras asegura, en sus *Prosistas contemporáneos de Madrid*, que Valera « no se atreverá » jamás a adoptar un estilo volteriano, por recelo de » los abanicos de cuatro emperifolladas i embarni- » zadas marquesas, » i agrega que « que antes de to- » mar la pluma, enciende a su derecha una vela á » Dios, á su izquierda otra al Diablo, i enfrente una » lámpara incandescente á la ninfa Comodidad. »

Lo seguro es que la teomanía i la cristolatría resaltan en sus obras. Todo es Dios, en Dios, con Dios, por Dios i para Dios; i en todo, con todo, por todo i para todo, está la divina Providencia. Posee la cólera santa del justo i el regocijo inefable del bienaventurado. No puedo mentar a Maquiavelli sin anteponerle el calificativo de impío, i s'enfurece contra Pi i Margall porque niega la vida futura; pero se conmueve hasta casi derramar lágrimas porque l'Avellaneda esperimenta en sus últimos años el histerismo ascético, i eleva un gran Te Deum porque el grotesco Adolfo de Castro « se convierte de sus antiguas ideas » de librepensador a ferviente católico. »

S'escarniza contra el bueno de Aparisi i Guijarro con una crueldad felina, i después de haberle destro-

zado i desmenuzado, se arrepiente i sufre los remordimientos « del seminarista que regresa de cometer » un pecado contra el pudor. » Al fin, Aparisi i Guijarro, que vivió i murió en el seno de la Iglesia, merecía más consideraciones.

Si Valera no niega ningún dogma, si hace gala de buen católico, si aboga por el *Syllabus*, si hasta padece del *odium teologicum* contra el hereje i el impío ¿de qué duda? Ese escepticismo de académico que asiste anualmente a la misa por el alma de Cervantes, es un recurso oratorio, un dandismo literario, un préstamo de Renan.

Menéndez Pelayo compara unos versos de Valera con una oda escrita por Sinesio de Cirene, obispo de Tolemaida. El paralelo sería más curioso entre hombre i hombre. Como los primitivos obispos semipaganos, continuaban en vida conyugal con sus mujeres lejítimas; así Valera, con todas sus dudas i todo su escepticismo, sigue viviendo a pan i manteles con su esposa la Santa Madre Iglesia.

III

Valera consagra hoi sus ocios de cesante o diplomático a escribir *Cartas sudamericanas*, i probablemente conseguirá en el Nuevo Mundo más lectores i mayor provecho que en España, donde, según sus propias lamentaciones, no ganó mucho dinero con sus obras.

En esas *Cartas*, que deberían llamarse Epístolas de un nuevo San Pablo a los efesos, revela intencio-

nes de convertirse en apóstol o emisario de la buena palabra. Se desvela por hacernos el bien, no como ese pícaro arriero de Cervantes, que se pasaba la noche en blanco porque le « tenían despierto sus » malos deseos » de refocilarse con Maritornes. Considerando con razón a España como nuestra madre i creyendo posible nuestro regreso a la vida de feto, quiere convertirse en el cordón umbilical.

Con sus críticas d'esportación ultramarina, va propagando tal afición hacia el jénero epistolar que los escritores sudamericanos concluirán por llamarse, no clásicos ni románticos, idealistas ni naturalistas, sino epistolarios. Toda república de lengua española se ilustra hoi con algún seudo Valera que en cada día de vapor escribe tantas pájinas como líneas escribió el Tostado en diez años. Gracias a tanto lord Chesterfield con faldas o tanta madame de Sevigné con pantalones, vamos en camino de ver constituírse un'asociación internacional de alabanzas mutuas i chismes caseros.

Como los devotos anhelan por la bendición pontifical, así los autores sueñan con una epístola de Valera, que saca del limbo literario i posee más virtudes que bula de la santa cruzada. Novelistas de agua chirle, versificadores de tres al cuarto, filósofos en conserva i críticos en agraz, todos l'envían el primer ejemplar de sus obras, con la esperanza de recibir en pago la carta congratulatoria.

Valera suele contestar burlándose del libro i ridiculizando al autor; pero los infelices toman la cosa por el lado serio i pasan su buen cuarto de hora figurándose en posesión de un salvoconducto para la

inmortalidad. Hasta vilipendiados, quedan contentos: hai individuos que por la comezón de darse a conocer, atravesarían la ciudad montados en un asno, vestidos de plumas i anunciados por las vociferaciones de un pregonero.

I ¡cómo los escarnece! Verdad que muchas veces con justicia, porque no faltan *chauvins* que en los modernos españoles vengarían la degollación de Atahualpa, ni lacrimosos literatos que con la pérdida de la poesía incaica vivan tan inconsolables como Sancho con el robo de alforjas i fiambre. Se deleita pájinas de pájinas en hacer la vivisección de un pobre diablo, hasta que por clemencia o capricho varía de tono i quiere justificarle con atenuaciones i alabanzas. Inútilmente: quita la buena reputación i no logra devolverla. Como aprendiz de brujo, Valera puede sacar al diablo de una botella, mas no volverle a meter.

Para esas críticas de doble efecto se pinta solo. Hermosilla i Clarín, no sólo aplican banderillas de fuego, sino estocadas: son los dos grandes matadores de la crítica española; pero agradan con toda su injusticia i toda su acrimonia, por la franqueza en emitir sus convicciones i el valor de acometer a cuerpo desnudo sin abroquelarse con frases ambiguas. Valera, con aire de deslizarse sobre su víctima, suavemente, en el sentido de la hebra, asienta la mano i pasa como peine a contrapelo. *Quand il fait patte de velours* o se calza guantes, cuida de agujerear con disimulo las puntas para que la uña funcione alevosamente. En lugar de hacer cosquillas como Renan o Anatole France, escoría la piel

como navaja roma. Escribe sus alabanzas en papel sinapismado, sus denigraciones en el reverso de un parche de ungüento rosado. Asperjea con vitriolo i en seguida pone cataplasmas. La ironía, ese grano de sal en unos o cucharada de salsa inglesa en otros, es en Valera un lazo gaucho para detener a los audaces o cuchilla traidora para desjarretar a los fuertes.

IV

Negado como poeta por su amigo Revilla, discutible como dramaturgo i novelista, admirado como gran erudito, Valera se impone como traductor i ocupa ya en la literatura española un lugar superior a los Eujenio de Ochoa i los Ventura de la Vega. Al revés de muchos traductores americanos i españoles, que traducen de traducciones francesas las obras de ingleses o alemanes, él acude a la fuente i nos ofrece un agua fresca i pura, recojida con sus manos. Las traducciones cortas de Uhland i Gœthe, principalmente las hechas en romance octosilábico, rivalizan con los orijinales. Esas baladas, esos liedes, admirablemente *confeccionados* por Valera, serán en la poesía castellana, como son en la confitería las azucaradas perlas que encierran una lágrima d'esquisita mistela.

Sin embargo, en sus medianos fragmentos del *Fausto*, descubre al versificador que desesperadamente lucha con la ritma i el ritmo, mientras en su

magnífica traducción de von Schack (1) cede a escrúpulos monjiles que no conocieron ni los antiguos frailes españoles al interpretar la *Égloga II* de Virgilio. La pudicicia de Valera, ruborizándose ante cosas aná logas al

> Formosum pastor Corydon ardebat Alexin,
> Delicias domini,

le granjeó las alabanzas de un señor Marqués de Valmar. Hai algunos santos varones que encuentran mui diáfano el peplum, i vestirían a las Musas griegas, como una vieja de Paul de Kock pretendía vestir a hombres i mujeres, con media docena de calzoncillos.

Imitando probablemente a Chateaubriand i Lamartine, que en los últimos años de su vida menospreciaban la literatura, Valera confiesa con cierto desdén que no escribe sino por divertirse i divertir a sus lectores. Lo segundo no sucede siempre: muchas veces narcotiza con sus frases pesadas i monótonas, que producen el mismo efecto de una tertulia formada por viejos que bostezan, cabecean i hasta roncan. Con sus frases cortas i lijeras, estamos como en sociedad de pisaverdes que no atraviesan un jardín por conservar el lustre de sus botines, ni abrazan fuertemente a una mujer por miedo de arrugarse la pechera.

Su estilo carece d'empuje masculino, de sabor medular, i todas sus obras parecen vertebrados con

(1) Cette traduction faite avec talent serait, peut-être, son principal titre littéraire. Louis Lande. — *Revue des Deux Mondes*, janvier 1875.

el hueso convertido en jelatina. En sus novelas es un Daudet desteñido en agua de Javel. Aunque nada tenga que decir, escribe porque sabe disimular la vaciedad del fondo con períodos estoraqueados i relamidos. Al leerle, nos acordamos de los viejos verdes que tienen unas cuantas mechas de pelo, las dejan crecer, las dan mil vueltas, las pegan con goma i piensan haber ocultado la calva.

No vuela libremente: sujeto por la Relijión i la Monarquía, se mueve i cabecea como globo cautivo. Espíritu esencialmente burgués, adorador del justo medio, no tolera el desquiciamiento del orden establecido ni la plena libertad en la concepción filosófica. En presencia de un librepensador o revolucionario, ve rojo i embiste, no con franqueza, sino con su buena dosis de subterfujios. En ese caso, su crítica se metamorfosea en toro jarameño con pitones agudos pero dorados. Ya vimos cómo se manejó con Pi i Margall; mas no queda en eso. Llevando más allá l'antigua costumbre francesa de azotar al paje del delfín cuando el delfín merecía los azotes, se va contra unos cuando delinquen otros, como sucede con Guyau i Comte, que pagan lo que otros pecan. En unas cuantas líneas o pájinas, escritas al correr de la pluma, como si se tratara de los primeros advenedizos, clava puazos a Guyau i deja como nuevo al pobre Auguste Comte.

Nada que se levante un palmo del suelo: fuera el águila, paso a *l'avenida* o gusanillo alado que vuela un momento para caer i no remontarse nunca; abajo el cedro, arriba la grama. Cambiemos el Océano por una pila de agua bendita; dejemos las selvas

ecuatoriales por el jardín de Tartarin de Tarascon.

Un crítico español tuvo la ocurrencia de comparar a Valera con Gœthe. Distingamos: Valera es a Gœthe como el padre Claret a Strauss, como Cánovas del Castillo a Bismarck, como Martínez Campos a von Moltke, como Ferrán a Koch i como el mismo crítico es a Hegel.

CASTELAR

abracadabrous

I

Castelar seduce por el arte de rejuvenecer en España las ideas envejecidas en Europa, i arrebata por su estilo de períodos ciceronianos i cervantinos; pero cansa con l'amplificación interminable de los mismos pensamientos, i hace sonreír con su lenguaje sesquipedal, heteróclito, abracadabrante, palinjenésico, caótico, superplanetario i cosmogónico.

No contiene un ápice del jeneroso espíritu pagano que animó a los grandes oradores de l'antigüedad; por el contrario, personifica la neurosis mística que desde hace 1800 años inficiona los pueblos de Occidente. Parece un Fénelon que llevara en sus venas

unos cuantos glóbulos rojos de la sangre impía i revolucionaria de Victor Hugo, i muestra visos de un san Luis Gonzaga hipnotizado por un descreído como Pi i Margall.

Su corazón exhala vapores de falso sentimentalismo que perturban las funciones del cerebro. De ahí su carencia de lójica: librepensador, « no consiente que » derriben los altares donde repitia sus oraciones » de niño »; apóstol de la democracia universal, se opone a que la « Monarquía española deje caer de su » manto la hermosa perla nombrada Cuba. »

Los años pasan con sus tempestades i sus cataclismos, sin grabarle el sello de austeridad que la lluvia i el viento imprimen hasta en los monumentos de piedra. Viejo, escribe hoi con la misma lijereza i la misma superficialidad de hace 40 años, i no descubre en ninguna de sus obras lo que Michelet llama « una madurez potente, un dulce i rico sabor de « Otoño. »

El cráneo deste hombre maravilloso semeja la retorta de un alquimista, o más bien, un caos mental donde accionan i reaccionan las utopías de todos los soñadores, las negaciones de todos los incrédulos i las afirmaciones de todos los creyentes. Nadie tiene derecho de creerle materialista o espiritualista, librepensador o católico, monarquista o republicano, pues con un fragmento de sus libros se refuta lo que se prueba con un trozo de sus discursos, pues todas sus producciones se reducen a « magnífica i abiga- » rrada procesión de pensamientos desordenados i » rapsódicos. » (1)

(1) E. Poë.

II

Como politico i propagandista, como literato i orador, Castelar no pertenece a la familia de los hombres que amenazan desequilibrar la Tierra cuando la golpean con los pies.

Él causó mayores daños a España con su liberalismo espectante i emoliente, que Bonaparte con su invasión sangrienta, que Isabel II con su reinado gangrenoso, que los Prim i los Martínez Campos con todas sus iniquidades. Como el Nerón de Soumet asfixió a sus convidados con una lluvia de rosas, así Castelar ha concluído por ahogar la democracia española en un diluvio de flores oratorias. Él más que nadie merece el título de « ilustre calamidad. »

En Sociolojía i Moral, sólo divaga cuando intenta vulgarizar, como en Ciencias naturales lo consiguen Figuier, Foinville, Verne o Flammarion. En Historia, desnaturaliza el arte que Michelet poseía d'evocar una época: la Humanidad que nos presenta en sus narraciones aparece desfigurada, contrahecha, como cuerpo retratado en caprichosa combinación d'espejos cóncavos i convexos. Ve cosas i acontecimientos como si adoleciera de daltonismo intelectual. Cuando en sus biografías pretende reconstituír un personaje, procede como el paleontolojista que para restaurar un fósil uniera el cráneo de un hombre, las alas de un pterodáctilo i el tronco de un megaterio.

Como orador, con todo su descomunal talento, es un capuchino estraviado en la política: ha converti-

do la tribuna en púlpito. De sus creaciones oratorias debe repetirse lo que Villergas dijo de los dramas escritos por Gil i Zárate: « Empiezan en la Tierra » acaban en el Cielo. »

En Castelar los órganos fonolójicos se nutren a espensas dél juicio. Su palabra tiene la inconsciencia de una función animal, habla como los otros dijieren. Es el Zorrilla de la elocuencia. Adjetiva como el poeta de *Granada*: los sustantivos de Castelar desfilan con sus adjetivos, como interminable hilera de cojos i paralíticos apoyados en sus muletas. Posee la verbosidad inagotable sin el razonamiento irresistible. No convence, porque sus argumentos se reducen a perisolojías declamatorias o meros arranques de sentimentalismo. Tiene relampagueos i auroras, pero no la luz meridiana de los clásicos griegos; arranques enérjicos, pero no las frases decisivas i matadoras del gran historiador latino.

Teórico primero que todo, no recula ante un aluvión de palabras, cuando ceja i cede ante el hecho que presenta la magnitud de un grano de arena. No aterra como enemigo: acomete al adversario, l'envuelve i l'estrecha i pero no le desarma ni le vence: abraza con descomunales brazos de jigante, i aprieta con fuerzas de pigmeo. Cuando s'encoleriza i cree pulverizar a su contendor, no hace más que ensordecerle con una sinfonía o abofetearle con pétalos de rosa. Su elocuencia se parece a la de Mirabeau, como la espuma del Champagne al hervidero de un mar en tempestad.

III

Se le debe clasificar entre los músicos, lejos de Mozart o Wagner, cerca del hombre-orquesta que azora i divierte a las muchedumbres en las ferias. Considerándolo bien, es el tambor mayor del siglo XIX: marcha presidiendo el bullicioso batallón de los hombres locuaces, de todos esos inagotables habladores que hablan i hablan por el solo prurito de hablar.

Niño por sus caprichos, hembra por sus veleidades, no espresa el vigor del carácter varonil. Nunca nos hace sentir el salto de la carne herida por el amor, nunca el estremecimiento del corazón estrujado por mano de una mujer. Este hombre, o no amó jamás o sólo amó lo que no debe amarse. Todo en él prueba l'atrofia de los órganos viriles o la perversión del instinto jenésico.

En Demóstenes, en Cicerón, en Mirabeau, descubrimos al individuo; en Castelar vemos siempre al actor. Como su personalidad se reduce a casi nada, puede hacer suyo el dicho del orador latino ; « Yo » sólo suministro las palabras, que nunca me faltan ».

Él no se pinta como individuo, sino como colectividad : no como cóndor capaz de fatigarnos i derribarnos a fuerza de aletazos, sino como enjambre de insectos multicolores que nos marean con su incesante revoloteo i nos embriagan con el aroma reco-

jido en el nectario de las flores o con el zahumerio aspirado en el incensario de una catedral.

Tenor que grita siempre i alguna vez arranca el do de pecho, pintor que sin cuidarse de medias tintas hermana todos los colores de la paleta, danzante que empieza a moverse en curvas regulares i acaba por entradas i salidas angulosas, estatuario que pone plinto de barro a un coloso de bronce, arquitecto que remata el Partenón con el techo de una cabaña mozambique : todo eso i mucho más es Castelar cuando habla o escribe.

Gorgoritos de la Patti acabados en rêsponsos, retorcimientos de jimnasta, unidos a contorciones d'epiléptico, sacrílegas crispaturas de puño que terminan en señales de la cruz, ascenciones al Olimpo que paran en descensos a una sacristía, ahitamientos de ambrosía regada con agua de Lourdes : todo eso i mucho más hai en el estilo de Castelar

Cuando recorre las épocas jeolójicas desde la solidificación del Globo hasta el nacimiento del hombre, i la historia desde la edad de piedra hasta nuestros días, suceden dos cosas mui naturales : el público se duerme como el individuo que bebe la dosis máxima de cloral; Castelar se duerme también sobre la palabra i habla dormido, como esos viejos soldados que se duermen en la marcha i marchan durmiendo.

Tal es el hombre que lleva sobre sí tres enormes pecados : haber convertido el idioma castellano en orquesta cosmopolita i churrigueresca donde predominan el bombo, el tantán chinesco i la esquila del convento ; haber hecho de la Historia, ya una leyenda inverosímil como las novelas de Dumas, ya una mas-

carada trájica como los Jirondinos de Lamartine; i haber representado el papel de colaborador inconsciente del carlismo, contribuyendo a que España sea lo que es hoi : el clericalismo conduciendo a la monarquía, el ciego cargando al paralítico.

QUINTA PARTE

LOS FRAGMENTOS DE LUZBEL

I

Núñez de Arce ha subido hasta una eminencia donde no llegan venablos de críticos malévolos ni recriminaciones d'envidiosos. Posee títulos de reyecía literaria en *Raimundo Lulio*, la *Pesca*, el *Idiliò*, la *Visión de Fray Martín* i cien producciones más, que vivirán tanto como la lengua castellana.

Verdadero portacetro de la poesía, marcha seguido por innumerables lejiones de incipientes versificadores que desean escribir su *Idilio*, como ayer quisieron componer su oda, su canto a Teresa, su oriental, su dolora, su cantar o su rima.

II

Aseguran que las obras publicadas hasta hoi por Núñez de Arce fueron simples ensayos, ejecutados con el fin de amaestrarse en lo mecánico del verso, antes de lanzarse a la composición de un gran poema. El *Idilio* i la *Pesca* figurarían como campañas d'Ejipto que anuncian un Austerlitz.

Luzbel ¿es el grande i aguardado poema? Los *Fragmentos* ¿ vienen como globo d'ensayo? Sea lo que fuese, los 134 endecasílabos, lejos d'eclipsar al *Raimundo Lulio*, patentizan que « algunas veces » dormita el buen Homero ». Abundan fraseolojías, prosaísmos i revoques usados por malos versificadores para resanar grietas del edificio. Lunares que ni siquiera se hacen notar en proveedores de álbums o abastecedores de abanicos, resaltan mucho en los grandes poetas como Núñez de Arce.

« Luz de ópalo i grana », « majestad i pompa soberana », « corriente bullidora », « confín lejano », etc., son monedas gastadas por el vulgo consonantero. Destas frases hechas i otras análogas, como « blanca vestidura de la inocencia » o « campiñas » esmaltadas de flores », decía Johnson que « habían » sido imajinación, i ya eran memoria ».

En los dos versos referentes al Sol :

> Y cuando por los términos de Oriente
> En tu carro de llamas centelleas,

no sólo recordamos el carro d'Helios en Grecia, sino el de Surya en la India. Hecho curioso : los poetas

modernos, al cantar los fenómenos celestes, usan jeneralmente las mismas figuras que los antiguos; así, cuando falta « l'aurora que abre con dedos de » rosa las puertas del Oriente », viene de seguro « el carro de llamas que centellea en el zenit ».

Luzbel

De pie sobre el granítico cimiento....
Volvía en torno
Sus pupilas candentes como un horno;
Y al resplandor de la siniestra hoguera
Que en sus ojos radiaba, su figura,
Semejante al dolor que nada espera,
Destacábase hermosa, pero oscura.

Si en prosa escribiéramos: « al resplandor de sus » pupilas, candentes como un horno, se destacaba » su figura hermosa, pero oscura, semejante al do- » lor que nada espera », sobraría lo demás: « la » siniestra hoguera que en sus ojos ardía », no pasa de redundancia.

Ya que los *Fragmentos* recuerdan la *Fin de Satan*, véase cómo pinta Victor Hugo los ojos del Diablo:

La rondeur de sa rouge et luisante prunelle
Semblait, dans la terreur de ces lieux inouïs,
Une goutte de flamme au fond du puits des nuits.

Encima de Luzbel

Brilla y arde,
Con todo el esplendor de una corona,
La solitaria estrella de la tarde.

En el *arde* hai un pleonasmo i una impropiedad de lenguaje: los soles arden, los planetas brillan. Y ¿por qué llamar *solitaria* la estrella de la

tarde, si antes dijo que había multitud de luceros, que la Luna s'elevaba?

Y fiel (*el Sol*) á su promesa halagadora,
Con majestad y pompa soberana,
Torna otra vez al despuntar la aurora.

A más de los muchos asonantes en *oa* i de los *tor*, *tra* i *tar*, que endurecen el verso, choca el prosaico ripio de *otra vez*.

S'esperimenta la obsesión de cumbres i alturas:

Sobre estéril *picacho* que cubría...
Por las vertientes ásperas del *monte*...
Al trasponer espléndido una *cumbre*...
El Sol, al esconderse tras la *sierra*...
Pero invencible, y por el *monte y llano* ...
Que se elevaba coronando un *risco*...
... Luzbel alzado
Sobre *peñón* altísimo...
De pie sobre el *granítico cimiento*...

Respecto a los adjetivos, hai *habitada* tierra, *fiero* orgullo, soberbia *fiera*, caricias *inefables*, *siniestra* hoguera, i un disco de Luna *ardiente*, *jigantesco i fantástico*. ¡Qué diferentes de los adjetivos homéricos i virjilianos! El mérito de un adjetivo consiste en no admitir sustitución por adherirse al sustantivo, como la carne al hueso, como el tegumento al músculo. Muchos calificativos de Núñez de Arce pueden faltar o separarse del sustantivo, como la ropa del cuerpo, como el parásito del tronco.

El idioma castellano continúa en el período mórbido del adjetivo: prosa o verso, cada sustantivo lleva su apéndice adjetival, i ¡ojalá lleyara uno solo!

Como los preceptistas afirman que existe lenguaje de la prosa i lenguaje del verso, que las voces bajas o plebeyas s'ennoblecen con adjetivos, i que la poesía se diferencia de la prosa en admitir mayor número de calificativos, los poetas se creen con derecho de adjetivar cada sustantivo, olvidando que todo prosaísmo se reduce por lo jeneral a simple infracción del ritmo i que el verso, lejos de contener un'amplificación inútil i vacía, debe espresar las ideas en forma concisa i lapidaria. El verso se parece a la prosa como el alcohol al vino. Un pensamiento rítmico tiene algo definitivo que recuerda la infranjibilidad del vidrio vulcanizado. Victor Hugo decía: « La » idea templada en el verso, adquiere de pronto » algo más incisivo i más brillante. Es el hierro » que se convierte en acero (1). »

III

Los *Fragmentos* abundan en descripciones i comparaciones.

Sin la descripción, no conoceríamos el medio ambiente i veríamos accionar a los personajes como sombras en el vacío. Describiendo con tino, resaltan las figuras i se vivifica l'acción; pero haciéndolo inmoderadamente, los personajes desaparecen entre el aparato escénico i el argumento se desenvuelve con insufrible languidez. Entre los cuentos de Perrault los poemas de Delille ¿quién no prefiere *Nene Pulgar* a los *Jardines?*

(1) *Cromwell.* Préface.

El autor minuciosamente descriptivo se iguala con la mujer que no da un paso sin detenerse a desenvolver o replegar la cola de largo vestido. Los escritores que al nombrar cada objeto se creen obligados a describirle, olvidan que todo concluye por cansar, hasta el recojer rosas. Pope, aficionado en la juventud a descripciones, terminó por llamar a la poesía descriptiva « un guiso compuesto de sólo » salsas ».

Núñez de Arce suele pintar figuras mui pequeñas, en telas mui grandes, con marcos jigantescos. En algunos de sus poemas consagra más versos a las descripciones que a la narración, más al escenario que a los personajes; pero lo hace con tanta delicadeza i maestría, que no cansa ni aburre al lector. ¡Quién sabe si l'absorción del individuo por el escenario simboliza la pequeñez o nada del hombre en presencia de la Naturaleza! Sin embargo, las figuras creadas por Núñez de Arce ocupan alguna vez más lugar que el paisaje, como sucede en el *Idilio*, en ese poema tan único en la literatura española que para citar algo parecido se necesita recurrir al *Hermann i Dorotea* de Gœthe o a la *Evanjelina* de Longfellow.

Fidias blasonaba de que al esculpir el Zeus olimpiano se había inspirado en los versos de Homero. Ningún artista figuraría en la tela o el mármol lo que muchos poetas describen hoi con la pluma. No quiere decir que el mérito de una descripción se mida por la facilidad de ser pintada o esculpida. Todos los cuadros i estatuas de los mejores artistas no alcanzan donde llega la palabra: la idea conoce

gradaciones que no caben en la gama del color ni en el ritmo de la línea.

Las Artes plásticas representan el momento, la Poesía espresa el momento i la continuidad: un cuadro es como una fotografía instantánea; una estatua, como una escena petrificada; un poema, como el desenvolvimiento sucesivo de figuras en diferentes posiciones i bajo diversa luz. Como la Escultura i la Pintura suplen con símbolos a su deficiencia en la espresion de ideas i acciones, encierran algo convencional que escapa muchas veces a la intelijencia de los profanos: necesitamos la clave de la Mitolojía para saber lo que representan algunas estatuas i algunos cuadros.

Si la Poesía lleva superioridades a las Artes plásticas, no carece de inferioridades. Théophile Gautier no reconoce ideas inesprimibles; sin embargo, basta leer una descripción delante del objeto descrito, para convenerse que la palabra no logra espresar todos los matices del color ni todas las inflexiones de la línea: una estampa mediocre nos da mejor idea de Nuestra Señora de París que todas las descripciones de Victor Hugo, más conocemos a Napoleón por la estatua de Canova o el medallón de David que por todas las pájinas de los historiadores.

Aunque las artes posean dominios propios, no viven separadas por barreras infranqueables; i Lessing anduvo exajerado i esclusivista cuando afirmó que « a la Poesía pertenecen las acciones i a la Pin- » tura los cuerpos con sus cualidades visibles (1) »;

(1) Laocoon.

tan exajerado i esclusivista como Voltaire cuando dijo que « las metáforas, para ser buenas, deben » formar imajen verdadera i sensible, i suministrar » al pintor materia para un cuadro ». Lo que debemos exijir al poeta, cuando invada el terreno de las Artes plásticas, es que haga lo posible por manifestarse pintor si pinta, escultor si esculpe i arquitecto si construye.

Cuando Alfred de Vigny describe a Eloa, diciendo:

Ses ailes sont d'argent : sous une pâle robe,
Son pied blanc tour à tour se montre et se dérobe,
Et son sein agité, mais à peine aperçu,
Soulève les contours du céleste tissu...

el poeta rivaliza con el pintor, quizá le supera. Se ve al personaje con las alas de plata, con el tejido celeste que baja i sube a impulso del ajitado pecho; hasta se le ve caminar con el blanco pie que asoma i se oculta bajo la fimbria del pálido vestido.

En estos versos de Catulle Mendès :

L'œil clos, les bras croisés et, sans qu'un poil ne bouge
De sa barbe touffue et de ses blancs sourcils,
Cet homme a l'air d'un mort qui se tiendrait assis,
Tant sa forme est rigide en sa tunique rouge (1),

el poeta rivaliza también con el escultor.

Lo mismo sucede en el cuarteto de Leconte de Lisle, que resume todos los *Fragmentos* i parece haberles servido de modelo :

Silencieux, les poings aux dents, le dos ployé,
Enveloppé du noir manteau de ses deux ailes,

(1) Contes épiques.

Sur un pic hérissé de neiges éternelles,
Une nuit s'arrôta l'antique Foudroyé (1).

Théophile Gautier, no satisfecho con la escultura policroma del verso, cincela estrofas que compiten con la blancura del Paros: en sus *Emaux et Camées* algunas composiciones son como sinfonías de inmaculado mármol.

Cuando Núñez de Arce, queriendo pintar a Luzbel, escribe:

Ráfagas de huracán eran sus alas,
Rojo su traje, desceñido y suelto,
Y á imagen del pesar, negras sus galas

no dice mucho, principalmente con el ripio *a imajen del pesar*.

En los *Fragmentos* se suceden auroras, tardes, noches, etc.; pero los cuadros carecen de perspectiva i hasta de luz.

Hai descripciones bellísimas:

Por las vertientes ásperas del monte
La niebla en sueltas ráfagas caía.

¡Qué poética la siguiente enumeración!:

Es cada rayo un beso, cada rama
Un arpa sacudida por el viento,
Un incensario cada flor.

Algunas de sus comparaciones, cortas pero vagas i confusas, recuerdan el perfil trazado por mano de paralítico. Ya se ha visto unas « galas negras como » el pesar », una « estrella que brilla como una » corona » cuando sería mejor una corona que bri-

(1) Poèmes barbares.

llara como una estrella, i una « figura que se des-
» taca hermosa, pero oscura, como el dolor que
» nada espera ».

¿Qué valen los símiles que no embellecen o aclaran el estilo? En Homero, que tiene la claridad del Sol, las comparaciones pomposas i teatrales embellecen la narración épica; en Victor Hugo, que suele presentar la oscuridad de un pozo estrellado, las metáforas iluminan la idea filosófica,

Núñez de Arce despierta i recobra toda su inspiración cuando hace comparaciones como las siguientes:

... La tierra se desnuda
De su atavío, y cual doliente viuda,
Las negras tocas de la noche viste.

Ancha masa de sombra se extendía
Como legión conquistadora, muda,
Pero invencible.

No vale más la metáfora de Victor Hugo:

L'hydre immense de l'ombre ouvre ses ailes noires (1).

IV

Nuñez de Arce comete graves inexactitudes i errores científicos: pecado no esclusivamente suyo, sino de casi todos los poetas modernos, pues no sobran hombres que hoi escriben el *Gran Galeoto* i mañana resuelven una ecuación o disertan sobre las aplicaciones de la electricidad. Valdría la pena com-

(1) *La Fin de Satan.*

poner un índice espurgatorio de las científicas herejías en que diariamente incurren los más notables autores de versos.

¡Qué diferentes los poetas clásicos! Forman la enciclopedia de l'antigüedad. Agradan por el buen sentido, por las pocas salidas de tono, por la estricta conformidad con el espíritu de su época. Yerran con el error de su tiempo; i, quién sabe, « si » cuando las ideas de los antiguos suelen parecernos » absurdas, debemos culpar a nuestra intelijencia » más bien que las de un Homero i un Hesiodo (1) ».

Déjese la bobería de llamar apóstoles o profetas a los escritores de buenos versos; pero no se olvide que el poeta debe sintetizar las ideas analíticas de su época, sirviendo de intermediario entre el sabio abstruso i las multitudes insipientes. Como los antiguos lo comprendieron así, viven hoi i parecen más modernos que los modernos mismos. Si nuestras poesías adquieren a los veinte o veinticinco años un aire vetusto, mientras las composiciones de los griegos conservan toda su lozanía juvenil, es porque los poetas se fijan más en los arabescos de la frase que en la solidez del pensamiento. Usan en las formas algo como una tela i un corte de moda; pasada la moda, pasó lo escrito.

El Ramayana patentiza las luchas étnicas del Indostán, la Iliada i la Odisea, sirven de testimonio en Arqueolojía helénica, Virgilio ayuda tanto como Tito Livio a conocer el orijen fabuloso de Roma, Lucrecio suministra inestimables datos para estudiar el

(1) L. Ménard. — *Du Polythéisme hellénique.*

epicureísmo latino, i hasta el decadente Ausonio proporcionó materiales a Cuvier para la descripción de algunos peces. « Ensayad », decía irónicamente Martha, « ensayad el modo de infundar la más leve » noción de Astronomía moderna con todos nues- » tros versos dirijidos a Luna i estrellas ». Efectivamente, ciñéndonos a los poetas, sabemos hoi del cielo tanto como supo Tolomeo, quizá menos: con versos de autores modernos se conseguiría probar que el Sol iguala en superficie al Peloponeso. Hoi no se afirmará con los retóricos antiguos que « la Poesía es más verdadera que la Historia ».

¿Quiere decir que toda composición poética resuma un aforismo de Hijiene, un teorema de Jeometría o un problema de Aljebra? No; pero, si toda verdad contiene un fondo de poesía ¿por qué toda poesía no ha de contener un fondo de verdad? ¿Por qué, si la Ciencia no es antipoética, la Poesía ha de ser anticientífica? Los mejores poemas modernos no almacenan un adarme de ciencia, en tanto que las obras científicas rebosan de poesía. Las producciones maestras viven no sólo por el estilo, sino por la cantidad de verdades que atesoran. El almizcle sirve para fijar el olor de las esencias fujitivas : la verdad hace en los versos un papel semejante.

Unos cuantos rengloes de crítica minuciosa i pedantesca pondrán de manifiesto algunas inexactitudes i errores científicos.

¡Siempre es bello el crepúsculo! Ese *instante*
Melancólico y dulce en que palpita
El alma universal, es semejante

Al ósculo postrer con que un amante
Pone forzoso término á la cita.

Los crepúsculos son larguísimos en las rejiones tropicales. En el solsticio de Verano, el crepúsculo de algunos países dura toda la noche, fenómeno que Victor Hugo pinta diciendo que el día

Semble toute la nuit trainer au bas du ciel.

¿Se alegará que Núñez de Arce toma la palabra *instante* por un tiempo indeterminado? No, al comparar el crepúsculo con uno cosa de breve duración, « el ósculo postrer que pone forzoso término á la cita ».

La vida entonces se despierta: el germen
Vibra en el surco, en la arboleda el ave,
El pez en la corriente bullidora;
Hasta á los monstruos que en el seno duermen
Del tenebroso mar, alcanza el suave
Efluvio de la luz reparadora.

Guyau habla de « las vibraciones que ajitan al » jermen en los meses de aparente inercia ». Vibran los jérmenes, atmósfera i montes vibra también por l'acción solar; pero ¿vibran un ave i un pez? Usando vibrar por cantar, vibra el ave; mas el verbo no puede aplicarse en el mismo sentido al jermen i al pez. A más, los peces no abundan en las corrientes bullidoras, porque prefieren los remansos o aguas profundas i no mui rápidas.

¿A qué animales se refiere Núñez de Arce al decir « hasta a los monstruos que en el seno duermen » del tenebroso mar »? Por lo *tenebroso*, parece que a los habitantes de las profundidades oceánicas; i en

este caso l'afirmación resulta falsa, porque semejantes animales no sienten la influencia de la luz, no saben si el Sol nace o muere. ¿Por qué llamarles *monstruos?* La palabra monstruo va perdiendo la significación vulgar de cosas mui grandes o estrañas para ceñirse a la científica de « grave anomalía en la » conformación de un individuo ». Se admite decir que Nerón era un monstruo de perversidad; pero choca llamar con Cervantes a Lope de Vega « un monstruo de injenio », cuando tenemos el vocablo prodijio. Lo contrario sucede con la palabra fenómeno que antes implicaba monstruosidad, i hoi tiende a sólo significar un hecho de la Naturaleza.

El adjetivo *suave* ¿conviene al *efluvio* de la luz? Venga Núñez de Arce a nuestra zona tórrida, esperimente el fuego del Sol matutino, i díganos si la luz se distingue por la suavidad. Aquí *suave* figura para rimar con *ave*, lo mismo que *reparadora* con *bullidora*. La luz solar, no sólo repara, crea: desde la fragancia exhalada por la flor hasta la idea elaborada por el cerebro, todo, en la superficie de la Tierra, viene del Sol.

Núñez de Arce, con sus *efluvios de la luz*, o junta palabras que nada significan o nos hace retrogradar a la teoría newtoniana de las emanaciones, cuando en Física reina hoi la hipótesis cartesiana de las ondulaciones.

La sombra s'estendía

... por el monte, el llano,
La selva, el mar que indómito rugía...

Enumeración imperfecta, hechos inexactos; la os

curidad no comienza por los montes; al contrario, puesto ya el Sol, conservan iluminadas las cumbres.

... Con su disco ardiente,
Gigantesco y fantástico la Luna.

Pase lo jigantesco, perdónese lo fantástico; pero ¡ardiente! Respondan los astrónomos que consideran nuestro satélite como un astro apagado, sin luz propia. Luna i frío andan tan unidos en el lenguaje vulgar que el pueblo canta:

Primero que yo te olvide
¡Miren qué comparación!
Ha de calentar la Luna
I ha de refrescar el Sol.

Talvez Núñez de Arce quiso referirse con el vocablo *ardiente* al color rojizo que algunas veces presenta el disco lunar. Quevedo tuvo una idea felicísima cuando, al hablar de un prócer español, dijo que tendría « d'epitafio la sangrienta Luna ».

Luzbel, sumido en su dolor eterno,
Sobre estéril picacho, que cubría
De inmaculada *nieve el* duro *invierno*,
Surgió de pronto...

... Luzbel alzado
Sobre peñón altísimo, que alfombra
nieve perpetua.

Aquí tenemos una nieve perpetua en unos versos i de Invierno en otros, cosas mui diferentes: las nieves de Invierno aparecen al venir la estación fría, mientras las llamadas perpetuas dependen de l'altura sobre el mar o de la latitud.

Luzbel

Se parece á un planeta condenado
A recorrer en sideral concierto
Su órbita inmensa, siempre inhabitado,
Arido y sin color; pero no muerto!

Concierto sideral trasciende a ripio i contradice la idea que los ortodojos conciben del Diablo: al moverse como un planeta en su órbita, Luzbel obedece una lei, se convierte en siervo sumiso, deja de ser el símbolo clásico de la rebeldía. « Un planeta inha- » bitado, árido i sin calor; pero no muerto », raya en cosmogónicamente imposible. Para la Ciencia, el cuerpo celeste, ya solidificado, sin luz propia, habitantes, vejetación ni color, está muerto. Vida sin calor, no se concibe, siendo el calórico un ajente inseparable de la vida, talvez la vida misma. O ¿considerará Núñez de Arce a los astros como especie de catalépticos que hoi pierden las apariencias de vida i mañana las recobran?

V

Imajinemos que de hoi en 1000 años algún erudito exhume los *Fragmentos de Luzbel* i comente verso por verso, como los modernos comentan hoi los Vedas o las Rapsodias homéricas ¿qué deduciría? que los hombres del siglo XIX creíamos a la Luna con luz propia, que nos figurábamos al Sol en un carro semejante al d'Helios, que admitíamos la teoría de los efluvios o emanaciones de la luz, i lo peor aún, que éramos mazdeístas o maniqueos.

Dios al ver vencido a Luzbel

... Compartió su imperio
Con él, y le entregó la noche oscura
Y la mitad de la consciencia humana.

Pensándolo bien, no hubo tal vencimiento : Luzbel perdiendo, ganó; i por mui ambicioso que haya sido, estará satisfecho con haber logrado la mitad del imperio, alentándose con la esperanza de adquirir la otra mitad en la segunda revolución. Su rival, sí, no queda mui bien parado hasta en concepto del hombre. ¿Qué significa un vencedor que divide su imperio con el vencido? A ese Jucz supremo que consiente de asesor al Diablo ¿quién no prefiere el Zeus pelasgo que vivía en coloquio eterno con la justicia? ¿Quién no prefiere también el Khrisna indostánico que sin conocer superior, sostenía de su mano todos los mundos, como perlas ensartadas en un hilo? Vale más el ateísmo franco i leal, la negación en bloque de todos los dioses unos i trinos, que la mezquina concepción teolójica de una Divinidad infinitamente buena, limitada por la intervención de otra Divinidad esencialmente mala.

Los versos no contradicen la ortodojía, desde que el Catolicismo jira sobre dos puntos de apoyo, Dios i el Diablo, i desde que suprimido el Diablo, todo el Catolicismo se derrumba. Efectivamente: sin Luzbel no hai tentación d'Eva, sin tentación no hai pecado orijinal, i sin pecado no hai redención. Si el Catolicismo fuera una secta lójica, rendiría el mismo culto a Dios que al Diablo. Pero ¿se concibe que un hombre de nuestro siglo tome a lo serio la

demonolojía de la edad media? Sólo por conveniencia deberíamos aceptarla: si la mitad de nuestra consciencia pertenece al Diablo i la otra mitad pertenece a Dios, nada de consciencia nos queda, somos inconscientes ó irresponsables i podemos delinquir con toda impunidad.

Seguramente, Núñez de Arce no profesa el Maniqueísmo cuando afirma que Dios comparte su imperio con el Diablo, como tampoco profesa el Panteísmo al hablarnos del « alma universal que palpita en el crepúsculo », usando los mismos términos en que un poeta védico nos hablaría de « Paramatman o el alma » suprema del Universo. » Entonces ¿qué espíritu filosófico encierra la obra del poeta que en unos versos parece maniqueo i en otros panteísta? Hai derecho de preguntarlo al escritor que dijo un día: « La época presente reclama de sus poetas algo más » que versos sonoros, imágenes deslumbradoras, re- » cuerdos históricos i sentimientos de pura conven- » ción. » (1) Hai derecho de preguntarlo si se recuerda también que Núñez de Arce atacó duramente a Darwin, al hombre acusado de tímido por sus discípulos, al tipo de observación despreocupada, al modelo de probidad científica.

IV

¿Que se propone el nuevo cantor del Anjel caído? Por los *Fragmentos* no se conoce la índole del poema, i sólo se ve que el Diablo, sumido en su dolor

(1) Gritos del Combate. Prólogo.

eterno, s'encuentra de pie sobre una montaña, al venir la noche. Sin embargo, se presume algo. El poeta que cerró con maldiciones injustas un magnífico soneto a Voltaire, escribirá un poema ortodojo, un poema digno de atraerse las palabras de Lessing: « La obra en que predominan rasgos de convenien- » cias relijiosas no debe llamarse artística, desde que » ahí el Arte no actúa en plena libertad sino como » auxiliar de la Relijión. » (1)

Como el Diablo, con su rebelión i caída no pasa de un mito solar, el poema concebido por Núñez de Arce pertenece al jénero ultrahumano i alegórico: todos los personajes que rodeen a Luzbel parecerán un sistema de astros agrupados al rededor de un sol-fantasma. ¿Hai algo más helado que un'alegoría? El *Satanás* de Milton concluye por agotar la paciencia del lector, i el *Paraíso perdido* vive únicamente por los amores humanos de Adán i Eva. El *Fausto* de Gœthe conserva el interés, porque todas las máquinas alegóricas i fantásticas se mueven al rededor de un hombre.

A más, los poemas de las caídas anjélicas resultan contraproducendentes: el poeta, queriendo glorificar al Dios vencedor, engrandece al Anjel vencido. Toda rebelión implica valor, i valor heróico si el soberano disfruta de un poder sin límites: a mayor encumbramiento del autócrata, mayor mérito del rebelde. El heroísmo está, pues, en el Diablo, que representa el valor temerario; no en el Dios omnipotente, que triunfa sin practicar la menor hazaña.

(1) Laocoon IX.

Por otra parte, como nuestra razón i nuestro sentimiento rechazan la idea de culpas irredimibles i d'espiaciones eternas, Dios aparece como sér inhumano i antipático, hasta inferior a los dioses i héroes escandinavos, que durante el día se acuchillaban en los campos de batalla, i de noche bebían amigablemente el hidromel en los festines del Walhalla.

Victor Hugo, que llevó su piedad hasta decir

Je sauverais Judas si j'étais Jésus-Christ,

comprendió el gran inconveniente, i en una de sus obras póstumas, *La Fin de Satan*, admite el arrepentimiento del culpable i

La disparition du mal dans l'infini.

Sin embargo, el gran poeta francés, con todo su jenio creador i con toda su potencia rítmica, no logró componer un poema orijinal, digno de coronar la *Leyenda de los Siglos*. Su *Anjel Libertad*, nacido de una pluma de Satanás, recuerda palpablemente a *Eloa*, nacida de una lágrima derramada por Jesucristo, con la diferencia que el *Anjel Libertad* no pasa de una fría concepción metafísica mientras *Eloa* tiene la realidad i tristeza de la vida. La redención del Diablo, idea capital del poema, no pertenece a Victor Hugo: ya Klopstock cantó en su *Mesías* el arrepentimiento i perdón de Abbadona, ya Lamartine concibió la odisea de un ánjel caído que recupera la gloria por medio de sucesivas espiaciones, (1) ya Soumet, en la *Divina Epopeya*, llevó al

(1) *La Chute d'un ange* i *Jocelyn* forman el principio i el fin de la obra proyectada por Lamartine.

último estremo la piedad celeste haciendo que Idameel fuera redimido por una segunda pasión de Cristo en el infierno.

En fin, los poemas que se desenvuelven sin traspasar el horizonte de la Teolojía se reducen a *pastichos* sin vida, ques on a las leyendas bíblicas como los evanjelios apócrifos a los canónicos, o las epopeyas alejandrinas a la Iliada de Homero. Semejantes obras, por muy buena versificación que atesoren, a pesar de los bellos episodios que amenicen la inevitable monotonía del argumento, no satisfacen la necesidad poética del Siglo, no cuadran con el espíritu de la época, parecen anacronismos.

Hoi nos deleitamos con la imaginación científica qne enjendra el *Viaje al centro de la Tierra* o la *Pluralidad de Mundos habitados*, i rechazamos la imajinación mórbida que aborta dioses teolójicos, demonios rebeldes i hechiceros o brujas. Concebimos que hasta las quimeras de un sér racional deben respetar la lójica: quien dice poeta, dice visión fantástica; pero no sueño incoherente.

La Ciencia posee su maravilloso lójico, diametralmente opuesto al maravilloso absurdo de las relijiones. I la inspiración no carece de pábulo al abandonar el caos teolójico, pues hai más poesía en la duda varonil del sabio que en las afirmaciones pueriles del creyente: derribadas las barreras de las relijiones caducas, el hombre tiene a su disposición lo Desconocido para colmarlo de hipótesis racionales.

1886.

NOTAS ACERCA DEL IDIOMA

Lamartine lamentaba que el pueblo i los escritores no hablaran la misma lengua i decía: « Al escritor le cumple trasformarse e inclinarse a fin de poner la verdad al alcance de las muchedumbres: inclinarse así, no es rebajar el talento, es humanizarle. »

Los sabios poseen su tecnicismo abstruso, i nadie les exije que en libros de pura Ciencia se hagan comprender por el individuo más intonso. La oscuridad relativa de las obras científicas no se puede evitar, i pretender que un ignorante las entienda con

sólo abrirlas, vale tanto como intentar que se traduzca un idioma sin haberle estudiado. ¿Cómo esponer en el vocabulario vulgar nomenclaturas químicas i clasificaciones botánicas? ¿Cómo dar a conocer las teorías i sistemas de los modernos? No será escribiendo llegar a ser por *devenir*, otrismo por *altruísmo*, ni salto atrás por *atavismo*.

En la simple literatura no sucede lo mismo. Los lectores de novelas, dramas, poesías, etc., pertenecen a la clase medianamente ilustrada, i piden un lenguaje fácil, natural, comprensible sin necesidad de recurrir constantemente al diccionario. Para el conocimiento perfecto de un idioma se requiere años enteros de contracción asidua, i no todos los hombres se hallan en condiciones de pasar la vida estudiando gramáticas i consultando léxicos. El que se suscribe al diario i compra la novela i el drama, está en el caso de exijir que le hablen comprensible i claramente. La lectura debe proporcionar el goce d'entender, no el suplicio de adivinar.

Las obras maestras se distinguen por *l'accesibilidad*, pues no forman el patrimonio de unos cuantos iniciados, sino la herencia de todos los hombres con sentido común. Homero i Cervantes son injenios democráticos: un niño les entiende. Los talentos que presumen de aristocráticos, los inaccesibles a la muchedumbre, disimulan lo vacío del fondo con lo tenebroso de la forma: tienen la profundidad del pozo que no da en agua i la elevación del monte que esconde en las nubes un pico desmochado.

Los autores franceses dominan i se imponen al

mundo entero, porque hacen gala de claros i profesan que « lo claro es francés », que « l'oscuro no es « humano ni divino. » I no creamos que la claridad estribe en decirlo todo i esplicarlo todo, cuando suele consistir en callar algo dejando que el público pueda leer entre renglones. Nada tan fatigoso como los autores que esplican hasta las esplicaciones, cómo si el lector careciera de ojos i cerebro.

Las obras que la Humanidad lee i relee, sin cansarse nunca, no poseen la sutileza del bordado, sino la hermosura de un poliedro regular o el grandioso desorden de una cordillera; porque los buenos autores, como los buenos arquitectos, se valen de grandes líneas i desdeñan las ornamentaciones minuciosas i pueriles. En el buen estilo, como en los bellos edificios, hai amplia luz i vastas comunicaciones, no intrincados laberintos ni angostos vericuetos.

El abuso de retruécanos i paranomasias deja de ser vicio literario i entra en la condición de síntoma patolójico. Media poca distancia entre el monómano que vive torturando los vocablos para sacarles un'agudeza i el loco que se agujereaba el cráneo para estraerse la paloma del Espíritu Santo. « Le » calembour est la fiente de l'esprit qui vole. » (1)

Las coqueterías i amaneramientos de lenguaje seducen a imajinaciones frívolas que se alucinan con victorias académicas i aplausos de corrillo; pero « no » cuadran con los espíritus serios que se arrojan va- » lerosamente a las luchas morales de su siglo. » (2)

---

(1) Victor Hugo.
(2) Saint-René Taillandier.

Para ejercer acción eficaz en el ánimo de sus contemporáneos, el escritor debe amalgamar la frescura juvenil del lenguaje i la sustancia medular del pensamiento. Sin naturalidad i sin claridad, todas las perfecciones se amenguan, quedan eclipsadas. Si Heródoto hubiera escrito como Gracián, si Píndaro hubiera cantado como Góngora ¿habrían sido escuchados i aplaudidos en los juegos olímpicos? Ahí están los grandes ajitadores de almas en los siglos XVI i XVIII, ahí está particularmente Voltaire con su prosa, natural como un movimiento respiratorio, clara como un alcohol rectificado.

II

Afanarse por que el hombre de hoi ¡hable como el de ayer, vale tanto como trabajar porque el bronce de una corneta vibre como el parche de un tambor. Pureza incólume de la lengua, capricho académico. ¿Cuándo el castellano fué puro? ¿En qué época i por quién se habló ese idioma ideal? ¿Dónde el escritor impecable i modelo? ¿Cuál el tipo acabado de nuestra lengua? ¿Puede un idioma cristalizarse i adoptar una forma definitiva, sin seguir las evoluciones de la sociedad ni adaptarse al medio?

En las lenguas, como en los seres orgánicos, se verifican movimientos de asimilación i movimientos de segregación; de ahí los neolojismos o células nuevas i los arcaísmos o detritus. Como el hombre adulto guarda la identidad personal, aunque no conserva en su organismo las células de la niñez, así

los idiomas renuevan su vocabulario sin perder su forma sintáxica. Gonzalo de Berceo i el Arcipreste de Hita requieren un glosario, lo mismo Juan de Mena, i Cervantes le pedirá mui pronto. I los movimientos se realizan, quiérase o no se quiera: « la lengua sigue su curso, indiferente a quejas de gramáticos i lamentaciones de puristas (1). »

El francés, el italiano, el inglés i el alemán acometen i abren cuatro enormes brechas en el viejo castillo de nuestro idioma: el francés, a tambor batiente, penetra ya en el corazón del recinto. Baralt, el severo autor del *Diccionario de Galicismos*, confesó en sus últimos años lo irresistible de la invasión francesa en el idioma castellano; pero algunos escritores d'España no lo ven o finjen no verlo, i continúan encareciendo la pureza en la lengua, semejantes a la madre candorosa que pregona la virtud de una hija siete veces pecadora.

La corrupción de las lenguas ¿implica un mal? Si por infiltraciones recíprocas, el castellano, el inglés, el alemán, el francés i el italiano se corrompieran tanto que lo hablado en Madrid fuera entendido en Londres, Berlín, París i Roma ¿no se realizaría un bien? Por cinco arroyos tendríamos un río; en vez de cinco metales, un nuevo metal de Corinto. Habría para la Humanidad, inmensa economía de fuerza cerebral, la fuerza que se desperdicia hoi en aprender tres o cuatro lenguas vivas, es decir, centones de palabras i cúmulos de reglas gramaticales.

El sánscrito, el griego i el latín pasaron a lenguas

(1) Arsène Darmesteter. — *La Vie des mots.*

muertas sin que las civilizaciones indostánicas, griegas i romanas enmudecieran completamente. Se apagó su voz, pero su eco sigue repercutiendo. Sus mejores libros reviven traducidos. Talvez, con la melodía poética desos idiomas, perdimos la flor de l'antigüedad; pero conservamos el fruto; i ¿quién nos dice que nuestro ritmo de acento valga menos que el ritmo de cantidad?

Cuando nuestras lenguas vivas pasen a lenguas muertas o se modifiquen tan radicalmente que no sean comprendidas por los descendientes de los hombres que las hablan hoi ¿habrá sufrido la Humanidad una pérdida irremediable? A no ser un cataclismo jeneral que apague los focos de civilización, el verdadero tesoro, el tesoro científico, se conservará ileso. Las conquistas civilizatrices no son palabras almacenadas en diccionarios ni frases disecadas en disertaciones eruditas, sino ideas morales trasmitidas de hombre a hombre i hechos consignados en los libros de Ciencia. La Química i la Física ¿serán menos Química i menos Física en ruso que en chino? ¿Murió la Jeometría d'Euclides cuando murió la lengua en que está escrita? Si el inglés desaparece mañana ¿desaparecerá con él la teoría de Darwin?

En el idioma s'encastilla el mezquino espíritu de nacionalidad. Cada pueblo admira en su lengua el *nec plus ultra* de la perfección, i se imajina que los demás tartamudean una tosca jerga. Los griegos menospreciaban el latín, i los romanos s'escandalizaban de que Ovidio hubiera poetizado en lengua de hiperbóreos. Si los teólogos de la edad media vilependiaban a Mahoma por haber escrito el Korán en

arábigo i no en hebreo, griego ni latín, en cambio los árabes se figuran su lengua como la única gramaticalmente construida (1). Tras del francés, que no reconoce *esprit* fuera de su Rabelais, viene el inglés, que mira un inferior en el extranjero incapaz de traducir a Shakspeare, i sigue el español, que ensalza el castellano como la lengua más digna de comunicarse con Dios.

A más, en el idioma se contiene el archivo sagrado de nuestros errores i preocupaciones: tocarle nos parece una profanación. Hai hombres que si dejaran de practicar la lengua nativa, cambiarían su manera de pensar; nuestras creencias se reducen muchas veces a fetiquismos de palabras. Se concibe el apego senil del ultramontano al vocablo viejo, porque las ideas retrógradas se pegan a los jiros anticuados como el sable oxidado se adhiere a la vaina. Se concibe también el horror sacrílego al vocablo nuevo, principalmente cuando se trata de un galicismo, porque el francés significa impiedad i revolución, *Enciclopedia i Declaración de los derechos del hombre*. Hai motivos para guarecerse de la *peste negra* i establecer cordón sanitario entre la lengua de Cervantes i la lengua de Voltaire.

Nada tan risible como la rabia de algunos puristas contra el neolojismo, rabia que les induce a reconocer en ciertas palabras un enemigo personal. Discutiéndose en l'Academia francesa l'aceptación de cierta voz, usada en toda Francia, pero no castiza, un académico esclamó ciego de ira: « Si esa palabra entra, salgo yo ».

(1) Renan. — *Mahomet et les origines de l'Islamisme.*

III

El castellano se recomienda por la enerjía, como idioma de pueblo guerrero i varonil. Puede haber lengua más armoniosa, más rica, más científica; pero no más enérjica: tiene frases que aplastan como la masa d'Hércules, o parten en dos como la espada de Carlomagno. Hoi nos sorprende la ruda franqueza, el crudo naturalismo, de algunos escritores antiguos que lo dicen todo sin valerse de rodeos i disimulos. Hasta parece que pasáramos a lengua estranjera cuando, después de leer por ejemplo a Quevedo, al Quevedo de las buenas horas, leemos a esos autores neoclásicos que usan d'estilo una fraseolojía correcta i castiza.

La frase pierde algo de su virilidad con l'abundancia de artículos, pronombres, preposiciones i conjunciones relativas. Con tanto *él* i *la*, *los* i *las*, *él* i *ellas*, *quien* i *quienes*, *cuyo* i *cuya*, *el cual* i *la cual*, etc., las oraciones parecen redes con hilos tan enmarañados como frájiles. Nada relaja más el vigor que ese abuso en el relativo *que* i en la preposición *de*. El pensamiento espresado en inglés con verbo, sustantivo, adjetivo i adverbio, necesita en el castellano de muchos españoles una retahíla de pronombres, artículos i preposiciones. Si, conforme a la teoría *spenceriana*, el lenguaje se reduce a máquina de trasmitir ideas ¿qué se dirá del mecánico que malgasta fuerza en rozamientos innecesarios i conexiones inútiles?

Si nuestra lengua cede en concisión al inglés, com-

pite en riqueza con el alemán, aunque no le iguala en libertad de componer voces nuevas con voces simples, de aclimatar las exóticas i hasta de inventar palabras. Lo último dejenera en calamidad jermánica, pues cada filósofo que fabrica un nuevo sistema, se crea vocabulario especial, haciendo algo como l'aplicación del libre examen al lenguaje. L'asombrosa flexibilidad del idioma alemán se manifiesta en la poesía: los poetas jermánicos traducen con fiel maestría larguísimas composiciones, usando el mismo número de versos que el orijinal i hasta el mismo número de sílabas. A más, no admiten lenguaje convencional de la poesía, i cantan con admirable sencillez cosas tan llanas i domésticas, que traducirlas en nuestra lengua sería imposible o dificilísimo. Mientras en castellano la forma conduce al poeta, en alemán el poeta subyuga rima i ritmo. Los versos americanos i españoles ofrecen hoi algo duro, irreductible, como sustancia rebelde a las manipulaciones del obrero: los endecasílabos sobre todo, parecen barras de hierro simétricamente colocadas. En muí reducido número de autores, señaladamente en Campoamor, se descubre la flexibilidad jermánica, el poder soberano de infundir vida i movimiento a la frase poética.

Pero, no sólo tenemos lenguaje convencional en la poesía, sino lenguaje hablado i lenguaje escrito: hombres que en la conversación discurren llanamente, como lo hace cualquiera, s'espresan estrafalaria i oscuramente cuando manejan la pluma: son como botellas de prestidijitador, que chorrean vino i en seguida vinagre.

Cierto, la palabra requiere matices particulares, desde que no se perora en club revolucionario como se cuchichea en locutorio de monjas. Tal sociedad i tal hombre, tal lenguaje. En la corte gazmoña de un Carlos el Hechizado, se chichisvea en términos que recuerdan los remilgamientos de viejas devotas i las jenuflexiones de cortesanos; mientras en el pueblo libre de Grecia se truena con acento en que reviven las artísticas evoluciones de los juegos píticos i la irresistible acometida de las falanjes macedónicas.

A Montaigne le gustaba « un hablar simple i sen- » cillo, tal en el papel como en la boca, un hablar » suculento, corto i nervudo, no tanto delicado i » peinado como vehemente i brusco. » Hoi le gustaría un hablar moderno. ¿Hai algo más ridículo que salir con *magüer*, *aina mais*, *cabe el arroyo i no embargante*, mientras vibra el alambre de un telégrafo, cruje la hélice de un vapor, silba el pito de una locomotora i pasa por encima de nuestras cabezas un globo aerostático?

Aquí, en América i en nuestro siglo, necesitamos una lengua condensada, jugosa i alimenticia, como estracto de carne; una lengua fecunda, como riego en tierra de labor; una lengua que desenvuelva períodos con el estruendo i valentía de las olas en la playa; una lengua democrática que no se arredre con nombres propios ni con frases crudas como juramento de soldado; una lengua, en fin, donde se perciba el golpe del martillo en el yunque, el estridor de la locomotora en el riel, la fulguración de la luz en el foco eléctrico i hasta el olor del ácido fénico, el humo de la chimenea o el chirrido de la polea en el eje.

1889

LA REVOLUCION FRANCESA

I

Hai épocas en que las naciones, sumerjidas en profunda modorra, oyen i ven sin tener aliento de hablar ni fuerza para sostenerse de pie; otras épocas en que se fatigan sin avanzar un palmo, como atacadas de parálisis ajitante; i otras épocas en que se rejeneran con el soplo de un viento jeneroso, traspasan las barreras de la tradición, i caminan adelante, siempre adelante, como atraídas por irresistible imán. A estas últimas épocas pertenece la Francia de la Revolución.

Los hombres de aquellos días poseen una gloria

que no supieron conquistar los revolucionarios de otras naciones ni de otros siglos : haber trabajado en provecho inmediato de la Humanidad. Es que Francia, por su carácter cosmopolita, siembra para que la Tierra coseche. Los acontecimientos que en los demás países no salen de las fronteras i permanecen adheridos al terreno propio, como los minerales i vejetales, adquieren en el territorio francés la movilidad de los seres animados i s'esparcen por todos los ámbitos del Globo.

La Revolución inglesa i la Independencia norteamericana presentaron, por decirlo así, un carácter insular, fueron evoluciones locales que sólo interesaron a la dinastía de un reino i a los pobladores de un estado; pero la Revolución francesa vino como sacudida continental, hizo despertar a todos como toque de clarín en campamento dormido, se convirtió en la causa de todos. Con razón dijo Edgar Quinet que « si la Iglesia se llama romana i católica, » la Revolución tiene lejítimo derecho de llamarse » francesa i universal, porque el pueblo que la hizo es el que menos l'aprovecha. » (1)

La Revolución significa ruptura con las malas tradiciones de lo pasado, golpe de muerte a los últimos restos del feudalismo i establecimiento de los poderes públicos sobre la base de la soberanía nacional. El 4 de Agosto muere l'antigua sociedad francesa con sus privilejios i sus castas; pero el día que l'Asamblea Constituyente declara, no los derechos del francés, sino los derechos del hombre, surje

(1) Le Christianisme et la Révolution française.

para la Humanidad un nuevo mundo moral: desaparece el siervo i nace el ciudadano, al derecho divino de los reyes sucede el derecho de rebelión, i el principio de autoridad pierde l'aureola que le ciñeron la ignorancia i el servilismo.

Largas i tremendas luchas sostuvieron aquellos innovadores que todo lo atacaban i todo lo derribaban; pero ante nada se amilanaron, ante nada retrocedieron. Europa les apretaba con argolla de hierro, Francia misma les amagaba con esplosiones intestinas; ellos rechazaban transacciones, se negaban a demandar o conceder tregua, i según la frase de Saint Just, « no recibían de sus enemigos i no les en- » viaban sino plomo. » Los revolucionarios combatieron en el cráter de un volcán, rodeados de llamas, pisando un terreno movedizo que amenazaba hundirse bajo sus plantas.

Vencidas en el interior las resistencias de la nobleza i del clero, arrollados en la frontera los ejércitos de los monarcas europeos, no estaba concluida la obra: faltaba que la Revolución se pusiera en marcha, que volara de pueblo en pueblo, que dejara de ser arma defensiva para convertirse en arma ofensora. Entonces surjió Napoleón.

Como ciego de nacimiento que lleva en sus manos un'antorcha, ese tirano, que no conoció respeto a la libertad ni amor a la justicia, caminó de reino en reino, propagando luz de libertad i justicia. El divinizó la fuerza i, como nuevo Mesías de una éra nueva, rejeneró a las naciones con un bautismo de sangre. Fué el Mahoma de Occidente, un Mahoma sin Alá ni Korán, sin otra lei que su ambición ni

otro Dios que su persona. Sabía magnetizar las muchedumbres, subyugarlas con una palabra, i arrastrarlas ciegamente al pillaje i a la gloria, al crimen i al heroísmo, a la muerte i a l'apoteosis. Con sus invencibles lejiones se precipitaba sobre la Tierra, unas veces devastando como un ciclón, otras fertilizando como una creciente del Nilo. Era el hombre del 18 Brumario, la negación de las ideas modernas, la personificación del cesarismo retrógado; pero sus soldados llevaban de pueblo en pueblo los jérmenes revolucionarios, como los insectos conducen de flor en flor el polen fecundante. De las naciones mutiladas por las armas nacía la libertad, como la savia corre del tronco rajado por el hacha. « Los » pueblos, dice Michelet, despertaban heridos por » el hierro; mas agradecían el golpe salvador que » rompía su funesto sueño i disipaba el deplorable » encantamiento en que por más de mil años langui» decían como bestias que pacen la yerba de los » campos ».

En vano asomó la Restauración apoyada en los ejércitos de la Santa Alianza; en vano desfilaron, como espectros de otras edades, Luís XVIII, Carlos X, i Luis Felipe; en vano quiso Napoleón III seguir las huellas jigantescas de Bonaparte; Francia esperimentó siempre la nostaljia de la libertad i regresó a la república como a fuente de rejeneración i vida.

II

La Revolución no se reduce al populacho ebrio i desenfrenado que apagaba con sarcasmos la voz de las víctimas acuchilladas en las prisiones o guillotinadas en las plazas públicas. Frente a los energúmenos que herían sin saber a quién ni porqué, como arrastrados por un vértigo de sangre, se levantaban los filósofos i reformadores que vivían soñando con la fraternidad de los pueblos i morían creyendo en el definitivo reinado de la justicia.

Si no faltaron bárbaros que ante el cadáver de un Lavoisier proclamaban que « la Revolución no ne- » cesitaba de sabios », sobraron también hombres que, según la gráfica espresión de Víctor Hugo, buscaban « con Rousseau lo justo, con Turgot lo útil, con » Voltaire lo verdadero i con Diderot lo bello ». ¿Quién no les conoce? Lalande, Lagrange, Laplace, Berthollet, Daubenton, Lamarck, Parmentier, Monge, Bailly, Condorcet, Lakanal i otros mil, pertenecen a la Revolución, brillan como estela de luz en mar de sangre.

Verdad, hubo momentos en que Francia parecía retrogradar a la barbarie; pero verdad también que tras de l'acción impulsiva i perjudicial, vino inmediatamente la reacción meditada i reparadora. La Revolución, la buena Revolución, se mostró siempre intelijente : fué movimiento libre de hombres pensadores, no arranque ciego de multitudes inconscientes.

« Hasta en pleno Terror, los revolucionarios ofre-
» cen ejemplos de habilidad i prudencia que no
» siempre fueron imitados en épocas más tranqui-
» las... » Esos hombres « dan a la Ciencia vida po-
» lítica i la emplean como medio de infundir con-
» fianza, preparar victorias i ganar batallas » (1). Piensan en todo, desde aplicar a la guerra el telégrafo i los globos hasta uniformar pesos i medidas con el sistema métrico decimal. Confinados en el territorio francés, se bastan a sí, de nadie necesitan: mientras unos fabrican lápices o enseñan a estraer alquitrán del pino, otros vulgarizan un nuevo procedimiento para curtir pieles o hallan la manera de obtener acero i hierro.

Francia vacilaba en la orilla de un precipicio. Las flotas enemigas dominaban el mar, bloqueaban los puertos i efectuaban continuos desembarcos. Tolón había caído en manos de los ingleses, mientras Landrecies, le Quesnoy, Condé i Valenciennes estaban en poder de los aliados. La contra revolución batía pendones en la Vendée, Marsella i Lyon, a la vez que el hambre i el Terror imperaban en todo el territorio francés. Era indispensable armar 300,000 soldados, i la pólvora escaseaba, pues el bloqueo cerraba el paso al salitre de las Indias. La Convención acude a los hombres de ciencia, pide milagros a la Química; i los sabios inventan en poco tiempo la elaboración i purificación del salitre. Según la frase de un con-

(1) Biot. — *Essai sur l'histoire général des sciences pendant la Révolution française.*

vencional, « a los cinco días d'encontrada la tierra » salitrosa se carga el cañón » (1).

Los hombres de acción secundan, superan a los hombres de saber. Brotan jenerales de veinte años que enseñan el Arte de la Guerra a los encanecidos mariscales d'Europa, surjen reclutas que hacen morder el polvo a los veteranos de cien campañas. Los ejércitos de la Revolución carecen de todo i suplen a todo : ganan batallas sin tener cañones, pasan ríos sin puentes, hacen marchas forzadas sin zapatos, bivaquean sin ron i muchas veces sin pan (2). En sólo cinco meses aplastan a los ingleses i holandeses en Hondschoote, derrotan a los austriacos en Wattignies, rechazan a los piamonteses, contienen a los españoles, recuperan las líneas de Weissemburg, libertan Landau, reconquistan Alsacia, espantan a los aliados, sofocan las sublevaciones de Lyon, arrancan Tolón a los ingleses i someten la Vendée (3).

Francia, como círculo de fuego, s'ensancha prodijiosamente, arrojando por todas partes muerte i luz. El toque de la *Marsellesa* resuena desde el Tajo hasta el Tíber i desde la tumba de Carlomagno hasta el sepulcro de los Faraones. Hai florescencia de vida, exuberancia de fuerza, desbordamiento de actividad. Todas las enerjías acopiadas durante si-

---

(1) Biot. — Idem.

(2) Dénués de tout, vous avez suppléé à tout. Vous avez gagné des batailles sans canons, passé des rivières sans ponts, fait des marches forcées sans souliers, bivaqué sans eau-de-vie et souvent sans pain. (Napoleón.—*Proclamation à l'armée d'Italie.*)

(3) Louis Blanc. — *Histoire de la Révolution française.*

glos estallan a la vez. Como se ordena la construcción de un dique o el trazo de un camino, se decreta la victoria. Se trasmonta los Alpes como Aníbal i se atraviesa los desiertos como Cambises. Hoi se combate en la nieve que entumece, mañana en el arenal que sofoca. Parece que la carne no siente dolor i que el miedo ha dejado de habitar la Tierra. Se sufre cantando i se muere riendo. Francia celebra las panateneas del heroísmo.

La historia i la fábula no refieren nada igual a la epopeya que se abre con el ¡ adelante! de Kellermann en Valmy para cerrarse con la soldadesca interjeción de Cambronne en Waterloo.

III

Cuando asomó la Revolución, parecía que sobre la Tierra hubiera descendido un espíritu nuevo, que la Humanidad acabara d'encontrar el camino de una rejión iluminada por interminable aurora boreal. Desde el Manzanares hasta el Rhin i desde el Támesis hasta el Volga, hubo una esplosión de recocijo. En las calles de Sanpetersburgo los hombre se abrazaban llorando. Todos los poetas cantaron el 89, desde Burns i Klopstock hasta Schiller. Todos s'enorgullecían con merecer él título de ciudadanos franceses. Gœthe, el impasible Gœthe, confesó que la victoria de los revolucionarios franceses en Valmy señalaba el principio de una éra nueva.

Francia, en un deliquio de amor, salvaba las fron-

teras i estendía los brazos para estrechar a todas las naciones del Globo. Los odios vinieron más tarde: el pueblo francés hizo el 89, los reyes provocaron el 93. Si algo debe censurarse a los revolucionarios es la exajeración en el ideal humanitario: quisieron convertir a Francia en el caballero andante de las naciones. A los dos meses de Valmy, el 19 de Noviembre de 1792, la Convención Nacional promulga un decreto para socorrer a los pueblos que quieran recobrar su independencia i auxiliar a los ciudadanos que sufran o hayan sufrido vejámenes por la causa de la libertad (1).

La Revolución nos parece una pesadillla de sangre cuando la vemos como hecho aislado i no como consecuencia lójica, cuando contamos las centenas de hombres que arrastró a la guillotina i no los millares de víctimas que vengó. La estupenda cólera popular, que hoi nos admira i espanta, fué reventazón de mina cargada grano a grano, durante siglos enteros, por nobleza, clero i reyecía.

Hai que aceptarla como aceptamos un fenómeno atmosférico, sin contar los desastres, aprovechando los beneficios. Los hombres del 93 destruyeron, pero también construyeron; segaron plantas fecundas, pero a la vez arrojaron buenas semillas; se manifestaron pródigos de la vida ajena, pero no fueron avaros de la propia; sintieron la embriaguez del

(1) « La Convention nationale déclare qu'elle accordera secours et fraternité à tous les peuples qui voudront recouvrer leur liberté, et elle charge le pouvoir exécutif de donner des ordres aux généraux des armées françaises pour secourir les citoyens qui auraient été ou qui seraient vexés pour la cause de la liberté ».

bandido en la emboscada, pero también conocieron las alucinaciones del apóstol i del mártir.

No debe considerársela como una obra consumada, sino como un acontecimiento en marcha; ella fermenta inconscientemente en el corazón de sus propios enemigos, desaparece como locomotora en el túnel, i de cuando en cuando estalla en medio de un pueblo, como la súbita llamarada de un fuego subterráneo.

Todo paso de las naciones hacia la emancipación relijiosa, política o social, viene como repercutimiento del empuje dado a la Humanidad por los hombres del 93. Los pueblos, que ya entrevieron anchos horizontes de luz, no se resignan hoi a tantear en el limbo ni a tener por código el amalgama de la inicua lejislación romana con las absurdas decisiones canónicas. Coronando el Renacimiento i la Reforma, la Revolución servirá de correctivo a la propaganda retrógrada de las comuniones relijiosas i cortará el vuelo a la dejeneración del *tercer estado*, a la burguesía implacable i avara. De 1789 a 1793 se fraguó las armas que tarde o temprano herirán de muerte a los seculares enemigos de la libre espansión individual.

Imajinemos lo que sería hoi Europa sin la Revolución francesa. Hubo entonces crímenes i horrores; pero ¿cuándo las naciones combatieron el mal con sólo el bien, se libertaron de la esclavitud con sólo la persuasión o entraron en pleno ejercicio de su derecho con sólo amigables convenios? Las cuestiones sociales son problemas, planteados con la pluma en el silencio del gabinete, resueltos con pólvora

en el fragor de las barricadas. Los Enciclopedistas plantearon la ecuación, el pueblo francés encontró la incógnita. Las ideas que en el principio de su jestación se limitan a palabras o sombras, se convierten después en hechos o cuerpos; actúan, débiles primero, irresistibles luego, como viento que empieza por rizar la superficie de los mares i acaba por levantar la marejada tremenda i purificadora.

¿Cuándo la Humanidad ejecutó algo bueno sin lágrimas ni sangre? ¿Cuándo lo ejecuta la Naturaleza? Las lentas evoluciones del Universo ¿cuestan menos sacrificios que las violentas revoluciones de las sociedades? Cada época en la existencia de la Tierra se marca por una carnicería universal, todas las capas jeolójicas encierran cementerios de mil i mil especies desaparecidas. Si culpamos a la Revolución francesa porque avanzó pisando escombros i cadáveres, acusemos también a la Naturaleza porque marcha eternamente sobre las lágrimas del hombre, sobre las ruinas de los mundos, sobre la tumba de todos los seres.

1889.

LA MUERTE I LA VIDA

I

Nacidos en chozas o palacios, pobres o ricos, ignorantes o sabios, al fin tenemos por abrigo la mortaja, por lecho la tierra, por Sol la oscuridad, por únicos amigos los gusanos i la podre. La tumba ¡ digno desenlace del drama !

¿Hai gran dolor en morir, o precede a la última crisis un insensible estado comatoso? La muerte unas veces nos deja morir i otras nos asesina. Algunos presentan indicios de consumirse con suave lentitud, como esencia que s'escurre del frasco por imperceptible rajadura; pero otros sucumben deses-

peradamente, como si les arrancaran la vida, pedazo a pedazo, con tenazas de fuego. En la vejez se capitula, en la juventud se combate. Quién sabe la muerte sea: primero, un gran dolor o un pesado amodorramiento; después, un sueño invencible; en seguida, un frío polar; i por último, algo que s'evapora en el cerebro i algo que se marmoliza en el resto del organismo.

No pasa de ilusión poética o recurso teolójico, el encarecer la belleza i majestad del cadáver. ¿Quién concibe a Romeo encontrando a Julieta más hermosa de muerta que de viva? Un cadáver infunde alejamiento, repugnancia; estatua sin la pureza del mármol, con todos los horrores i miserias de la carne. Los muertos sólo se muestran grandes en el campo de batalla, donde se ve ojos que amenazan con imponente virilidad, manos en actitud de cojer una espada, labios que parecen concluír una interrumpida voz de mando.

El cadáver en descomposición, eso que según Bossuet no tiene nombre en idioma alguno, resume para el vulgo lo más tremendo i espantoso de la muerte. Parece que la póstuma conservación de la forma implicara la supervivencia del dolor. Los hombres se imajinan, no sólo muertos, sino muriendo a pausas, durante largo tiempo. Cuando la tumba se cambie por el horno crematorio, cuando la carne infecta se trasforme en llamas azuladas, i al esqueleto aprisionado en el ataúd suceda el puñado de polvo en la urna cineraria, el fanatismo habrá perdido una de sus más eficaces armas.

¿Existe algo más allá del sepulcro? ¿Conserva-

mos nuestra personalidad o somos absorvidos por el Todo, como una gota por el Océano? ¿Renacemos en la Tierra o vamos a los astros para seguir una serie planetaria i estelaria de nuevas i variadas existencias? Nada sabemos: céntuple muralla de granito separa la vida de la muerte, i hace siglos de siglos que los hombres queremos perforar el muro con la punta de un alfiler. Decir esto «cabe en lo posible, esto no cabe», llega al colmo de la presunción o locura. Filosofía i Religión declaman i anatematizan; pero declamaciones i anatemas nada prueban. ¿Dónde los hechos?

Entonces ¿qué esperanza debemos alimentar al hundirnos en ese abismo que hacía temblar a Turenne i horripilarse a Pascal? ninguna, para no resultar engañados, o gozar con la sorpresa si hai algo. La Naturaleza, que sabe crear flores para ser comidas por gusanos i planetas para ser destruídos en una esplosión, puede crear Humanidades para ser anonadadas por la muerte. ¿A quién acojernos? a nadie. Desmenuzadas todas las creencias tradicionales, quedan de pie dos problemas, dos magnas cuestiones que todavía no han obtenido una prueba científica ni una refutación lójica: la inmortalidad del alma i la existencia de un «Dios distinto i personal, » de un Dios ausente del Universo», como decía Hegel. Hasta hoi ¿a qué se reducen Dios i el alma? a dos entidades hipotéticas, imajinadas para esplicar el orijen de las cosas i las funciones del cerebro.

Si escapamos al naufrajio de la tumba, nada nos autoriza para inferir que arribemos a playas más hospitalarias que la Tierra. Quizás no tengamos de-

recho de jactarnos con el estoico de « poseer en la » muerte un bien que el mundo entero no puede arre- » batarnos », porque no sabemos si la puerta del sepulcro nos conduce al salón de un festín o a la caverna de unos bandoleros. Acaso tuvo razón Aquiles cuando entre las sombras del Erebo respondió a Ulises con estas melancólicas palabras: « No inten- » tes consolarme de la muerte; preferiría cultivar la » tierra al servicio de un hombre pobre y sin recur- » sos, á reinar entre todas las sombras de los que » ya no existen. » (1).

En el miedo a la muerte ¿hai un simple ardid de la Naturaleza para encadenarnos a la vida o un presentimiento de venideros infortunios? Al acercarse la hora suprema, todas las células del organismo parece que sintieran el horror de morir i temblaran como soldados al entrar en batalla.

En la Tierra no se realizan esclarecimientos de derechos, sino concursos de fuerzas; en la historia de la Humanidad no se ve apoteosis de justos, sino eliminaciones del débil; pero nosotros aplazamos el desenlace del drama terrestre, para darle un fin moral: hacemos una *berquinada*. Aplicando a la Naturaleza el sistema de compensaciones, estendiendo a todo lo creado nuestra concepción puramente humana de la justicia, imajinamos que si la Naturaleza nos prodiga hoi males, nos reserva para mañana bienes: abrimos con ella una *cuenta corriente*, pensamos tener un *debe* i un *haber*. Toda doctrina de penas i recompensas se funda en l'aplicación de la Teneduría de Libros a la Moral.

(1) *Odisea*. Canto XI. Traducción de R. Canales.

La Naturaleza no aparece injusta ni justa, sino creadora. No da señales de conocer la sensibilidad humana, el odio ni el amor: infinito vaso de concepción, divinidad en interminable alumbramiento, madre toda seno i nada corazón, crea i crea para destruír i volver a crear i volver a destruír. En un soplo desbarata la obra de mil i mil años: no ahorra siglos ni vidas, porque cuenta con dos cosas inagotables — el tiempo i la fecundidad. Con tanta indiferencia mira el nacimiento de un microbio como la desaparición de un astro, i rellenaría un abismo con el cadáver de la Humanidad para que sirviera de puente a una hormiga.

La Naturaleza, indiferente para los hombres en la Tierra ¿se volverá justa o clemente porque bajemos al sepulcro i revistamos otra forma? Vale tanto como figurarnos que un monarca dejará de ser sordo al clamor de la desgracia porque sus súbditos varíen de habitación o cambien de harapos. Vayamos donde vayamos, no saldremos del Universo, no escaparemos a leyes inviolables i eternas.

Amilana i aterra considerar a qué parajes, a qué trasformaciones, puede conducirnos el torbellino de la vida. Nacer parece entrar en una danza macabra para nunca salir, caer en un vertijinoso torbellino para jirar eternamente sin saber cómo ni por qué.

¿Hai algo más desolado que nuestra suerte? ¿más lúgubre que nuestra esclavitud? Nacemos sin que nos hayan consultado, morimos cuando no lo queremos, vamos donde talvez no desearíamos ir. Años de años peregrinamos en un desierto, i el día que fijamos tienda i abrimos una cisterna i sembramos

una palma i nos apercibimos a descansar, asoma la muerte. ¿Queremos vivir? pues la muerte. ¿Queremos morir? pues la vida. ¿Qué distancia media entre la piedra atraída al centro del Globo, i el hombre arrastrado por una fuerza invencible hacia un paraje desconocido?

¿Por qué no somos dueños ni de nosotros mismos? Cuando la cabeza gravita sobre nuestros hombros con el peso de una montaña, cuando el corazón se retuerce en nuestro pecho, como tigre vencido pero no domesticado, cuando el último átomo de nuestro sér esperimenta el odio i la náusea de la existencia, cuando nos mordemos la lengua para detener la esplosión de una estúpida blasfemia ¿porqué no tenemos poder de anonadarnos con un acto de la voluntad?

¿Acaso todos los hombres desean la inmortalidad? Para muchos, la Nada se presenta como inmersión deliciosa en mar sin fondo, como desvanecimiento voluptuoso en atmósfera infinita, como sueño sin pesadillas en noche sin término. Mirabeau, moribundo, se regocijaba con la idea de anonadarse. ¿Acaso siempre resolvemos de igual modo el problema de la inmortalidad? Unas veces, hastiados de sentir i fatigados de pensar, nos desconsolamos con la perspectiva de un'actividad eterna i envidiamos el ocio estéril de la nada; otras veces esperimentamos insaciable sed de sabiduría, curiosidad inmensa, i anhelamos existir como esencia impalpable i ascendente, para viajar de mundo en mundo, viéndolo todo, escudriñándolo todo, sabiéndolo todo; otras veces deseamos yacer en una especie de nir-

vana, i de cuando en cuando recuperar la consciencia por un solo instante, para gozar la dicha de haber muerto.

Pero ¿a qué amilanarse? Venga lo que viniere. El miedo, como las sulfataras de Nápoles, puede asfixiar a los animales que llevan la frente ras con ras del suelo, no a los seres que levantan la cabeza unos palmos de la tierra. Cuando la muerte se aproxime, salgamos a su encuentro, i muramos de pie como el Emperador romano. Fijemos los ojos en el misterio, aunque veamos espectros amenazantes i furiosos; estendamos las manos hacia lo Desconocido, aunque sintamos la punta de mil puñales. Como dice Guyau, « que nuestro último dolor sea nuestra última » curiosidad. » (1)

Hai modos i modos de morir: unos salen de la vida, como espantadizo reptil que se guarece en las rajaduras de una peña; otros se van a lo tenebroso, como águila que atraviesa un nubarrón cargado de tormentas. Hablando aquí sin preocupaciones gazmoñas, es indigno de un hombre morir demandando el último puesto en el banquete de la Eternidad, como el mendigo pide una migaja de pan a las puertas del señor feudal que siempre le vapuló sin misericordia. Vale más aceptar la responsabilidad de sus acciones i lanzarse a lo Desconocido, como sin papeles ni bandera, el pirata se arroja a las inmensidades del mar.

(1) L'irréligion de l'avenir.

II

Nosotros nos figuramos al Todo como una repetición inacabable del espectáculo que ven nuestros ojos o fantasea nuestra imajinación; pero ¿qué importa el diminuto radio de nuestras observaciones? ¿qué valor objetivo poseen nuestras concepciones cerebrales? Probamos la unidad de las fuerzas físicas i la unidad material del Universo; i ¡quién sabe si nos encontramos en el caso del espectador iluso que toma por escenario i actores las simples figuras del telón!

Estendemos brazos de pigmeo para cojer i abarcar lo que dista de nosotros una eternidad de tiempo i una inmensidad d'espacio. Nos enorgullecemos con haber encontrado la verdad; cuando, en lo más dulce de las ilusiones, la observación i el esperimento derriban todos nuestros sistemas i todas nuestras relijiones, como el mar desbarata en sus playas los montículos de arena levantados por un niño. Todas las jeneraciones se afanan por descubrir el secreto de la vida, todas repiten la misma interrogación; pero la Naturaleza responde a cada hombre con diversas palabras i guarda eternamente su misterio.

¿Qué separa la cristalización mineral, la célula de las plantas i la membrana de los animales? ¿Qué diferencia media entre savia i sangre? El hombre ¿representa el último eslabón de los seres terrestres o algún dia quedará desposeído de su actual supre-

macía? Cuando nacemos ¿surjimos de la nada o sólo realizamos una metempsícosis? ¿A qué venimos a la Tierra?... Todo lo creeríamos un sueño, si el dolor no probara la realidad de las cosas.

La duda, como noche polar, lo envuelve todo; lo evidente, lo innegable, es que en el drama de la existencia todos los individuos representamos el doble papel de verdugos i víctimas. Vivir significa matar a otros; crecer, asimilarse el cadáver de muchos. Somos un cementerio ambulante donde miriadas de seres s'entierran para darnos vida con su muerte. El hombre, con su vientre insaciable i omnívoro, hace del Universo un festín de cien manjares; mas no creamos en la resignación inerme de todo lo creado: el mineral i la planta esconden sus venenos, el animal posee sus garras i sus dientes. El microbio carcome i destruye al organismo del hombre: lo más humilde abate a lo más soberbio.

¿Para qué este hambre de vivir? Si la vida fuera un bien, bastaría la seguridad de perderla para convertirla en mal. Si cada segundo marca l'agonía de un hombre ¿cuántas lágrimas se derrama en sólo un día? ¿Cuántas se ha derramado desde que la Humaninad existe? Los nacidos superan a los muertos; pero ¿gozamos al venir al mundo? Esa masa de carne que llamamos un recién nacido, ese frájil ente que dormita con ojos abiertos, como si no hubiera concluído de sacudir la somnolencia de la nada, sabe quejarse, mas no reírse. El alumbramiento ¿no causa el dolor de los dolores? En el lecho de la mujer que alumbra se realiza un duelo entre el sér estúpido i egoísta que pugna por nacer

i la persona intelijente i abnegada que batalla por dar a otro la vida.

¿Por qué hai un Sol hermoso para iluminar escenas tristes? Cuando se ve sonreír a los niños, cuando se piensa que mañana morirán en el dolor o vivirán en amarguras más acerbas que la muerte, un inefable sentimiento de conmiseración se apodera de los corazones más endurecidos. Si un tirano quería que el pueblo de Roma poseyera una sola cabeza, para cercenársela de un tajo; si un humorista inglés deseaba que las caras de todos los hombres se redujeran a una sola, para darse el gusto d'escupirla ¿quién no anhelaría que la Humanidad tuviera un solo rostro, para poderla enjugar todas sus lágrimas?

Hai horas de solidarismo jeneroso en que no sólo amamos a la Humanidad entera, sino a brutos i aves, plantas i lagos, nubes i piedras; hasta querríamos poseer brazos inmensos para estrechar a todos los seres que habitan los globos del Firmamento. En esas horas admiramos la magnanimidad de los eleusinos que en sus leyes prescribían « no » matar animales (1) », i concebimos la esquisita sensibilidad de los antiguos arianos que en sus oraciones a Indra le imploraban que hiciera descender bendición i felicidad sobre los entes animados i las cosas inanimadas. La verdadera caridad no se circunscribe al hombre: como ala jigantesca, s'entiende para cobijar todo el Universo.

¿Por qué negar la perversidad humana? Hai

(1) Selon Porphyre, on gardait à Éleusis trois lois qui remontaient à Déméter elle-même: Honore tes parents, offre aux Dieux des fruits, ne tue pas les animaux. (L. Ménard).

hombres que matan con su sombra, como el manzanillo de Cuba o el duho-upas de Java. El mérito enjendra la envidia, el beneficio produce la ingratitud, el bien acarrea el mal. Nuestros amigos parecen terrenos malditos donde sembramos trigo i cosechamos malas yerbas; las mujeres que amamos con todo el calor de nuestras entrañas, son impuras como el lodo de los caminos o ingratas como las víboras calentadas en el seno. Pero ¿qué orijina la perversidad? Un infeliz ¿puede ser bueno i sufrido? Toda carne desgarrada se revela contra Cielo i Tierra.

Si el hombre sufre una crucifixión ¿s'eximen de padecer el animal, la planta i la roca? ¿Qué realidad encierran nuestras casuísticas diferencias de materia inanimada i animada, de seres inorgánicos i orgánicos? El gran paquidermo i el arador, el cedro del Líbano i el liquen de Islanda, el bloque de la cordillera i l'arenilla del mar, todos « son nuestros » compañeros en la vida », (1) nuestros hermanos en el infortunio. Filósofos antiguos creían a los astros unos animales jigantescos. La celeste armonía que Pitágoras escuchaba ¿no será el jemido exhalado por las humanidades que habitan en las moles del Firmamento? Quien dijo existencia dijo dolor; i la obra más digna de un Dios consistiría en reducir el Universo a la nada.

En este martirolojio infinito, no hai ironía más sangrienta que la imperturbable serenidad de las leyes naturales. Mas el Universo ¿es actor, cómplice, ver-

(1) L. Ménard.

dugo, víctima o sólo instrumento i escenario del mal? ¡ Quién lo sabe! Sin embargo, se diría muchas veces que en medio del horror universal i eterno *alguien* goza i se pasea, como Nerón se paseaba entre el clamor de hombres, lentamente devorados por el fuego i convertidos en luminarias.

Mas ¿ qué determinación seguir en la guerra de todos contra uno i de uno contra todos? Si con la muerte no queda más refujio que el sometimiento mudo, porque toda rebelión es no sólo inútil sino ridícula, con la vida nos toca l'acción, la lucha. No vejetemos, ocupados únicamente en sacar tierra de nuestra fosa, ni nos petrifiquemos en la inmovilidad hasta el punto que aniden pájaros en nuestra cabeza.

Poco, nada, vale un hombre: pero ¿ sabemos el destino de la Humanidad? De que hasta hoi no hayamos resuelto el problema de la vida ¿ se deduce que no le resolveremos un día? Viendo de qué lugar salimos i dónde nos encontramos, comparando lo que fuimos i lo que somos, puede calcularse a dónde llegaremos i lo que seremos mañana. Habitábamos en la caverna, i ya vivimos en el palacio; rastreábamos en las tinieblas de la bestialidad, i ya sentimos la sacudida vigorosa de alas interiores que nos levantan a rejiones de serenidad i luz. El animal batallador i carnicero, produce hoi abnegados tipos que defienden al débil, se hacen paladines de la justicia i se inoculan enfermedades para encontrar el medio de combatirlas: el salvaje, feliz antes con dormir, comer i procrear, escribe la Iliada, erije el Partenón i mide el curso de los astros.

Ninguna luz sobrehumana nos alumbró en nuestra

noche, ninguna voz amiga nos animó en nuestros desfallecimientos, ningún brazo invisible combatió por nosotros en la guerra secular con los elementos i las fieras: lo que fuimos, lo que somos, nos lo debemos a nosotros mismos. Lo que podamos ser nos lo deberemos también. Para marchar, no necesitamos ver arriba, sino adelante.

No pedimos la existencia; pero, con el hecho de vivir, aceptamos la vida. Asceptémosla pues, sin monopolizarla ni quererla eternizar en nuestro beneficio esclusivo: nosotros reímos i nos amamos sobre la tumba de nuestros padres; nuestros hijos reirán i se amarán sobre la nuestra.

1890.

ADVERTENCIAS

Este libro debería titularse *Refundiciones*, porque la mayor parte sale hoi mui alterada. Si los discursos en el Politeama i en el entierro de Luis Márquez no presentan casi ninguna modificación, ofrecen muchas la conferencia en el Ateneo i el discurso en el Olimpo. Deste último se desgloba el juicio sobre Castelar, juicio desproporcionado con la estensión del trabajo. Pero los cambios de forma no acarrean variaciones de fondo; por el contrario, algunas ideas quedan acentuadas con mayor crudeza i tosquedad. Aunque habría sido fácil suprimir ciertas repeticiones o redundancias, se prefiere conservarlas : en algunas cosas, conviene la insistencia.

Las modificaciones ortográficas parecerán atrevimientos a los defensores del *statu quo* en la lengua, timideces a los partidarios de reformas violentas i radicales.

Las más notables son :

Cambiar por *s* la *x* en la preposición latina *ex*, antes de consonante; pero conservarla en espresiones como *ex*-ministro, *ex*-papista.

Suprimir la *n* en la partícula *trans*, antes de consonante.

Poner *i* en lugar de la *y* vocal i conjuntiva.

Usar *j* en los sonidos fuertes de la *g*.

No acentuar la preposición *a* ni las conjunciones *e*, *o*, *u*.

Restablecer las contracciones *dél* i *dellos*, *della* i *dellas*, *deste* i *destos*, *desta* i *destas*, *dese* i *desos*, *desa* i *desas*, *desto i deso*.

Elidir vocales por medio del apóstrofo : sin escepción, entre artículos o preposiciones i las otras palabras; algunas veces, entre pronombres o conjunciones i las demás partes de la oración; nunca, entre verbo i verbo, sustantivo i sustantivo, verbo i adjetivo, etc.

En las citas se conserva la ortografía de los autores.

No será estraño si en el cuerpo del libro faltan algunas elisiones i figura una *g* por una *j* o una *y* por una *i*, desde que entre los errores tipográficos se ha notado después de la impresión : le-

tras cambiadas, como en *desca* por *desea* (páj. 22), *Baudelaine* por *Baudelaire* (32), *vedagagos* por *pedagogos* (131), *acuelillarse* por *acuclillarse* (160), *impócritas* por *hipócritas* (161), *corcomiendo* por *carcomiendo* (178), *Jesucrisio* por *Jesucristo* (179), *intenta une obra* por *intenta una obra* (179); letras suprimidas, como en *Si los privilejiados adquieran* por *Si los privilejiados adquirieran* (120), *Perrault los poemas de Delille* por *Pérrault i los poemas de Delille* (217), *rengloes* por *renglones* (224); letras agregadas, como en *sinceridades de* por *sinceridad de* (114), *se pintarrajea* por *se pintarraja* (128), *universidadades* por *universidades* (157), *arrempentidos* por *arrepentidos* (161), *quizás* por *quizá* (257); i hasta palabras sustituidas con otras, como en *los poetas franceses del poeta romántico* por *los poetas franceses del periodo romántico* (174), *¿Para qué este hambre* por *para qué el hambre.* Hai *Ahasverus* por *Ahasvérus* (48), *¿Que se propone* por *¿Qué se propone* (230), *Con tanto él* por *Con tanto el* (241), *merecer él* por *merecer el* (251).

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Conferencia en el Ateneo de Lima. 3
Discurso en el Palacio de la Esposición. 35
« « « teatro Olimpo. 39
« « « entierro de Luis Márquez. 53

SEGUNDA PARTE.

Grau. 59
Discurso en el Politeama. 68
Perú i Chile. 77
15 de Julio. 90

TERCERA PARTE.

Vijil. 97
Instrucción laica. 115
Libertad d'escribir. 135
Propaganda i ataque. 147

CUARTA PARTE

Victor Hugo. 165
Renan. 176
Valera. 192
Castelar. 204

QUINTA PARTE.

Los Fragmentos de Luzbel. 213
Notas acerca del idioma. 234
La revolución francesa. 244
La muerte i la vida 255

París. — Tip. de Paul Dupont, 4, rue du Bouloi. — 391.7.94.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

318 2051

DEC 07 '70 H

Cancelled

JAN 12 '72 H

3 2 4 8 3

5 2 4 5 6 7

MAY 10 '

5543711

DEC 20 '76 H

DEC 16 1976

WIDENER

BOOK DUE

FEB 20 1981

6 5 6 8 9 4

WIDENER

CANCELLED

OCT 7 0 1988

2 7 8 2 6 7